LIBRO 2

LOS REMINGTON DE LA REGENCIA



El Secreto del Apuesto Detective

Ellie St. Clair

EL SECRETO DEL APUESTO DETECTIVE

LOS REMINGTON EN LA REGENCIA

LIBRO DOS



ELLIE ST. CLAIR



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Un anticipo de La pista del bastardo brillante

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

© Copyright 2022 Ellie St. Clair

© de la traducción 2025

Título original: *The Secret of the Dashing Detective*

Reservados todos los derechos.

Este libro, tanto completo como sus partes, no puede reproducirse de ninguna forma, ni almacenarse mediante ningún sistema, ni transmitirse por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, en fotocopias, o de cualquier otra manera, sin permiso previo del editor.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

* * *

www.elliestclair.com

CAPÍTULO 1

—Puedes llamarlo una prisión, pero ciertamente es la prisión más hermosa que jamás haya visto.

Juliana no pudo evitar reírse de su más querida amiga y ahora cuñada. Emma siempre encontraba la manera de ver el lado positivo en la mayoría de las situaciones, sin importar lo graves que pudieran ser.

—Supongo que estoy siendo bastante dramática —admitió Juliana, golpeando con las yemas de los dedos el banco de piedra bajo ella—. Soy muy consciente de que la mayoría de la gente daría cualquier cosa por estar atrapada en una de las mejores mansiones de Londres.

—Tienes razón —dijo Emma diplomáticamente mientras cavaba un hoyo en el parterre junto al banco de Juliana antes de verter agua en él desde la maceta a su lado—. Y sin embargo, entiendo que sentirse atrapada es sentirse atrapada, sin importar qué lujos te rodeen.

Juliana suspiró. —Me entiendes como nadie más lo hace.

Su hermana, Prudence, resopló desde el sendero por el que caminaba alrededor del macizo circular de flores, lo suficientemente cerca como para seguir formando parte de la conversación. —Estoy justo aquí, Jules.

Juliana puso los ojos en blanco con naturalidad y sonrió a su hermana mayor.

—Sabes que te quiero tanto como a cualquiera, Pru, pero nunca nos entenderemos completamente.

—Supongo que es cierto.

Juliana permitió que su mirada vagara por la gran extensión de jardines que componían los terrenos alrededor de Warwick House. Se encontraba a unas pocas calles al este de Berkley Square en el centro de Londres. En algún momento había estado cerca del límite de la ciudad, pero ahora estaba rodeada por casas, negocios y barrios. Sin embargo, aún se sentía como si uno pudiera perderse allí, lejos de las multitudes de la mayoría de las calles de Londres.

También podía resultar bastante aislante.

—Giles solo está tratando de mantenerte a salvo, Juliana —dijo Emma suavemente.

—Lo sé —respondió Juliana. Era cierto - su hermano *estaba* tratando de mantenerla a salvo. Su familia claramente estaba bajo amenaza. Habían pensado que la muerte de su padre hacía más de un año había sido un incidente aislado, aunque el médico les había dicho que probablemente había sido envenenado. Se suponía ampliamente que el hermano de Juliana lo había matado debido al odio entre él y su padre, pero nadie había cuestionado legalmente aún al nuevo duque.

Hace poco más de un mes, sin embargo, Juliana había sido secuestrada con la intención de

atraer a Giles para matarlo también - y el plan casi había funcionado. Afortunadamente, Giles solo había sido rozado por la bala.

—Aquí pensábamos que habríamos terminado con todo esto después de que el Sr. Archibald encontrara al hombre que te secuestró —dijo Prudence, atrayendo la ira de Emma cuando arrancó una flor de un arbusto y comenzó a quitarle los pétalos uno a uno. Juliana sabía que estaría recitando la rima de "me quiere, no me quiere", aunque Prudence no tenía pretendientes potenciales, ni, aparentemente, deseaba tenerlos.

—Deberíamos haber sabido que sería mucho más complicado que eso —murmuró Emma mientras recogía delicadamente un pequeño arbolito y lo colocaba en el hoyo antes de empujar tierra a su alrededor.

—Nunca entenderé por qué una duquesa se sienta en la tierra y trabaja ella misma con las plantas —dijo Prudence, arrugando la nariz mientras observaba a Emma, quien simplemente se rió de ella.

—Primero, solo me convertí en duquesa hace dos semanas, y disfrutaba de este trabajo mucho antes —dijo Emma—. Segundo, no hay nada que llene mi alma como sentarme en los jardines o en el invernadero y trabajar con plantas. Deberías probarlo.

—No, gracias —dijo Prudence educadamente mientras continuaba su lento paseo.

—¿Por qué, tienes demasiadas cosas que hacer? —preguntó Juliana, levantando una ceja, y Prudence la miró con una mirada fulminante.

—¿Quién eres tú para preguntarme algo así?

—Tengo mucho que hacer —dijo Juliana indignada, sentándose erguida en el banco ahora—. Mi trabajo es importante.

Prudence juntó las manos detrás de su espalda.

—Sé que era importante para ti, Jules, pero Giles nunca te permitirá volver.

Juliana la miró con rebeldía. —Ya veremos eso.

—Quizás una vez que hayamos neutralizado esta amenaza —comenzó Emma diplomáticamente, pero Juliana detuvo sus palabras con un gesto de su mano.

—Ahora estás casada con mi hermano, Emma, lo cual es maravilloso y estoy tan feliz de que ahora seamos hermanas y que vivamos juntas, pero en serio, ¿cómo te gustaría estar bajo llave y que te dijeran adónde puedes ir y a quién puedes ver?

—No tienes que quedarte aquí —dijo Emma, pasando al siguiente hoyo—. Eres bienvenida a salir, lo que significa que no eres una verdadera prisionera.

—Puedo salir, pero solo si me acompaña el Sr. Archibald.

—Sí —concedió Emma, poniéndose de pie y quitándose la tierra de las rodillas del vestido de mañana que había arruinado hace tiempo pero que guardaba para actividades como estas—. Aunque no es tan horrible, ¿verdad? Bastante agradable a la vista, creo que dijiste en algún momento.

—Le contará todo a Giles —se quejó Juliana, cruzando los brazos sobre su pecho. Su hermano había contratado inicialmente a Matthew Archibald para determinar quién había matado a su padre, o al menos para aparentar que estaba tratando de llegar a alguna conclusión, porque en ese momento, a Giles no podría haberle importado menos quién había sacado a su padre de este mundo. Cuando Juliana fue secuestrada, sin embargo, el Sr. Archibald había ayudado a la familia a recuperarla. Desde entonces, el detective había estado intentando determinar quién estaba detrás del plan mientras también mantenía a la familia a salvo.

—No es como si hicieras algo reprochable —añadió Prudence.

—No —Juliana se quitó el sombrero y lo colocó a su lado mientras levantaba el rostro hacia

el sol, desestimando la advertencia de Prudence sobre sus pecas—. Pero hay algunas actividades en las que participo que no serían exactamente... del agrado de Giles.

—¿Actividades que él ha prohibido? —preguntó Emma, mirándola ahora, y Juliana lanzó un dramático suspiro.

—No tiene ningún sentido, Emma. Incluso tú debes admitirlo. La Sra. Stone es una mujer encantadora y no hay razón para mantenerme alejada de mi trabajo. No estamos haciendo daño a nadie. De hecho, estamos haciendo exactamente lo contrario.

—Creo que es más bien que está preocupado por lo que podría pasarte si continúas defendiendo lo que crees.

—Ahora suenas como mi madre —dijo Juliana, mordiéndose la uña del pulgar.

—Oh, Jules, lo siento —dijo Emma, acercándose a ella ahora. Levantó una mano para ponerla en el brazo de Juliana pero se detuvo cuando ambas miraron hacia abajo y vieron lo sucia que estaba—. Sabes que te quiero más que a nada.

—Lo sé —dijo Juliana con un asentimiento y una sonrisa, porque sabía que lo que Emma decía era cierto.

—Bien —dijo Emma, con alivio evidente en su rostro. Su amistad no había sido tan fuerte y segura desde que Emma y Giles se habían casado—. Ahora, cuéntanos, ¿cómo va todo con Lord Hemingway?

—¿Lord Hemingway? —preguntó Juliana con cierta sorpresa. Ni siquiera había considerado al hombre mientras estaban sentadas bajo el sol de la tarde, pues había estado concentrada en cómo volver a su trabajo a pesar de que Giles lo había prohibido—. Él es... —Intentó pensar en las palabras correctas para describir al hombre que su madre la estaba animando a aceptar—. Es el hijo del primo de mi padre.

—Obviamente —dijo Prudence con un resoplido.

—Y él es...

Juliana se rascó la nariz.

—¿Aburrido? —sugirió Prudence, y Juliana abrió la boca para refutarla, pero encontró imposible hacerlo directamente.

—Es agradable.

—¿Agradable? —repitió Prudence—. Agradable es lo que usas para describir algo de lo que no tienes nada malo que decir pero tampoco nada particularmente bueno.

—No lo conozco bien —dijo Juliana a la defensiva—. Nos ha visitado antes, por supuesto, cuando ha acompañado a su madre, y sí vino a vernos para solicitar un posible cortejo, pero aún no hemos tenido la oportunidad de pasar mucho tiempo juntos.

—Qué interesante sería con el Sr. Archibald siguiéndote —dijo Emma, incapaz de contener su risa, a lo que Juliana solo pudo suspirar, preguntándose cómo sería eso.

La verdad —una que no había compartido ni siquiera con Emma— era que Prudence tenía razón. Lord Hemingway era bastante aburrido, incluso si era todo lo que ella había pensado que quería: un hombre al que podía tolerar, que le permitiría vivir la vida que ella eligiera. Al menos, eso suponía. No parecía exactamente un hombre de opiniones fuertes, no con una madre como la suya. Pero tampoco estaba completamente segura de estar preparada para algo impredecible. Ya no. Ya había tenido suficientes sorpresas, y su otro secreto era precisamente cuánto le había afectado su secuestro. ¿Aburrido y predecible? No tenía muchos problemas con eso en este momento.

—Ahora —dijo Emma—, la pregunta es, ¿cómo vas a manejar al Sr. Archibald?

* * *

MATTHEW ARCHIBALD tamborileó con los dedos sobre el escritorio frente a él, reclinándose mientras inspeccionaba la habitación. Sus oficinas eran pequeñas, ubicadas en el frente de un alto edificio de ladrillo en medio de Holborn. Era un lugar lo suficientemente respetable como para que sus clientes de clase alta se sintieran cómodos reuniéndose allí, mientras que no era tan elegante como para intimidar a quienes lo contrataban desde su propio estatus social.

En este momento, la habitación frente a él estaba llena de los hombres que trabajaban para él, aquellos en quienes podía confiar implícitamente. Actualmente estaba fallando en el trabajo más importante que jamás había adquirido, y necesitaba toda la ayuda posible.

Los hombres estaban relajados, algunos sentados en las sillas que habían recogido de varios rincones de la habitación, algunos en los otros escritorios que estaban disponibles para su uso cuando era necesario. Otros aún estaban apoyados contra la pared, en poses relajadas. Matthew no pudo evitar una pequeña sonrisa para aquellos que había reunido. Eran buenos hombres, trabajadores, confiables.

Y les estaba fallando.

Se aclaró la garganta para captar su atención, y los diez hombres en la habitación inmediatamente se callaron y se volvieron hacia él.

Matthew inclinó la cabeza, señalando a un hombre que viniera al frente con él. Owen Green no solo había sido su amigo más cercano desde que eran niños, sino que había sido quien comenzó esta operación con él hace todos esos años, y había permanecido a su lado desde entonces. En los días en que Matthew deseaba tener dos de sí mismo, Owen se convertía en esa segunda persona para él.

—Escuchad, hombres —dijo, tan sorprendido como siempre había estado por cuántos trabajaban ahora para él. El crecimiento hasta su tamaño actual había sido lento, pero apreciaba la confianza de todos y cada uno de ellos—. Sabéis que hemos tenido algunas dificultades para vigilar al duque y su familia. Después del secuestro de Lady Juliana, juramos mantener a la familia a salvo, y sin embargo alguien pudo entrar en sus instalaciones en la casa de campo justo a las afueras de Watford. Regresamos a Londres ya que sería más fácil vigilarlos a todos en Warwick House. Es, por supuesto, grande en sí misma, pero no tan extensa como Remington House en el campo.

Todos lo estaban observando, asintiendo con la cabeza. Nada de esto era novedad, y todos habían tomado turnos para vigilar las casas y la familia.

—Hasta ahora, los hemos mantenido a salvo aquí en Londres. Eso es gracias a vosotros, y os lo agradezco. Pero es más importante que nunca que determinemos quién los está amenazando para que podamos terminar este trabajo. El duque no seguirá pagándonos para siempre.

Vio algunas miradas de inquietud entre los hombres. Hasta ahora, la mayoría de sus trabajos habían llegado a una conclusión bastante rápida. Pero entonces, la mayoría no eran particularmente complicados. Un marido engañado, un robo tan obvio que Matthew se preguntaba cómo la víctima no podía haber determinado al culpable por sí misma.

—Lo que no sabéis es que hemos descubierto un secreto del pasado del duque anterior. Tuvo un hijo ilegítimo con una mujer llamada Sra. Lewis. Ella solía vivir en el pueblo cerca de la residencia de campo del duque pero se mudó a Londres hace algunos años, probablemente para acompañar a su hijo cuando vino a estudiar aquí. El duque había estado pagándole —¿quizás chantaje?— hasta hace unos cinco años. Hemos localizado al hijo y voy a ponerme en contacto con él para determinar qué sabe y qué mala voluntad podría tener hacia la familia.

—¿Cómo harás eso? —preguntó un hombre, Pip, desde el fondo.

—Voy a establecer una amistad —dijo Matthew—. Será mucho más fácil hacerle hablar de esa manera que intentar sacarle información a la fuerza.

Mucho más agradable, eso era. Había probado ambas formas antes y siempre había luchado con esta última.

—¿Tenemos otros sospechosos? —preguntó ahora otro hombre, Anderson, y Matthew tamborileó con los dedos sobre el escritorio otra vez mientras dejaba que Owen respondiera, ya que él había sido el que vigilaba al otro sospechoso.

—No podemos olvidar a Lord Hemingway, simplemente porque es quien obtendría el título si algo le pasara al duque —dijo Owen—. Pero el hombre es tan limpio como se puede ser. Nunca ha hecho trampas ni siquiera en el juego por lo que puedo decir. Nadie tiene una mala palabra que decir sobre él. Es simplemente un buen hombre, aunque un poco bajo el dominio de su madre. Está interesado en cortejar a Lady Juliana, así que permanecerá como parte de la familia, si nada más.

—Mantenlo vigilado, por si acaso —dijo Matthew, preguntándose por qué sintió ese instintivo vuelco en el estómago cuando Owen habló del interés de Hemingway por Lady Juliana. ¿Qué le importaba a él si los dos se juntaban?

—Lo haré.

—Mientras intento hacerme amigo de Lewis, no podré vigilarlo en otros momentos, ya que el duque ha solicitado que me mantenga disponible para garantizar la seguridad de Lady Juliana —continuó Matthew—. Ella recibió una nota amenazante cuando estaba en el museo hace poco, y el duque está preocupado de que haya sido señalada como el punto más débil de la familia. Así que Mouse, tú también vigilarás a Lewis, verás qué más está haciendo. ¿Bien?

—Bien.

—El resto de vosotros continuaréis vuestros turnos vigilando a la familia como hemos discutido. Luego tenemos a unos pocos que están en el caso Sheffield.

Trasladó la discusión al caso más pequeño, mientras su mente permanecía en la amenaza de Warwick. Estaba perdiendo algo, lo sabía. Se frotó la barbilla mientras un fragmento de información pinchaba en la parte posterior de su mente pero no lograba atravesarla.

¿Qué sería?

CAPÍTULO 2



Juliana estaba inquieta. Golpeaba con el pie la alfombra Aubusson de patrones rosa, blanco y dorado mientras clavaba la aguja en el lienzo que tenía en las manos con más pasión de la que probablemente nadie había usado jamás en un bordado.

—¿Estás bien? —preguntó Prudence desde su lugar al otro lado de la habitación.

—Bien —murmuró Juliana.

—No pareces estar bien —dijo Prudence con franqueza—. Estás mutilando tu bordado.

—Bueno, entonces no se verá muy diferente de como se ve habitualmente.

Prudence sonrió pero continuó leyendo su libro.

Juliana arrojó el bordado con frustración. —Necesito ir a algún lado. Hacer algo. No puedo quedarme aquí y hacer agujeros sin sentido en un lienzo ni un minuto más.

—No es como si hoy fuera diferente a cualquier otro día —comentó Prudence—. Es solo que no te permiten salir, ¿no es así?

—Así es —suspiró Juliana—. Me siento asfixiada.

—¿Por qué no planeas una salida, entonces? —preguntó Prudence—. Simplemente necesitas organizarlo con el señor Archibald.

—Supongo —reflexionó Juliana—. Pero entonces podría decirle a Giles adónde quiero ir, y eso no funcionaría jamás.

—Supongo que no —dijo Prudence con una sonrisa cómplice, pues conocía muy bien el lugar que Juliana tenía en mente.

—¿Qué hora es? —preguntó Juliana, incorporándose de repente.

—Las once.

—Debo salir a los jardines.

—¿Para alimentar a tus callejeros?

—Sí, de hecho —dijo Juliana. Estaba casi fuera de la puerta cuando Prudence la llamó una vez más.

—¿Te molesta? —preguntó Prudence.

—¿Qué cosa me molesta? —preguntó Juliana. ¿Qué más querría saber Prudence sobre su encarcelamiento?

—Giles y Emma.

—¿Giles y Emma? Por supuesto que no —dijo, agitando una mano en el aire—. Estoy tan feliz por ellos como lo estaría por cualquier otra pareja.

Lo cual era parcialmente cierto. Estaba encantada de que su hermano y su amiga más cercana

fueran felices. Emma era ahora su hermana de verdad. Solo que era... extraño. Y se preguntaba cómo cambiaría su propia relación con Emma ahora que Emma era la duquesa y la señora de la casa. Tenían momentos en los que todo parecía ser como había sido antes, pero había muchos otros en los que se les recordaba su nueva situación.

—Supongo que es solo la forma en que nuestras vidas han cambiado... No puedo confiar en Emma como antes. No sé si su lealtad es hacia mí o hacia Giles.

—Quizás sea hacia ambos.

—Quizás. Pero no puedo estar segura.

—Comprendo —dijo Prudence, asintiendo sabiamente—. Siempre puedes hablar conmigo, Jules. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —dijo Juliana con una sonrisa mientras Prudence colocaba un marcador en su libro y lo dejaba sobre la mesa—. ¿Adónde vas?

—A la sala de esgrima —respondió Prudence, poniéndose de pie y alisándose las faldas.

—Debería acompañarte.

—Deberías. Deberías aprender a defenderte, con todas las amenazas contra tu vida.

Juliana se mordió el labio. Prudence tenía razón. Y quizás si hubiera sido Prudence quien hubiera sido secuestrada, no habría tenido que esperar a que alguien más viniera a salvarla, pues se habría salvado a sí misma. Pero era demasiado tarde para lamentaciones. Además, había alguien esperándola ahora.

—Te veré en la cena —dijo. Su primera tarea sería encontrar al mayordomo, Jameson, para acordar con el señor Archibald que la acompañara en una diligencia, antes de dirigirse a las cocinas.

Saludó a su cocinero, Chamberlain, quien ya tenía un cuenco de sobras esperándola. Era la única ocasión en que Juliana tocaba carne, negándose a comer nada de ella. Pero difícilmente podía someter a sus callejeros a puntas de zanahorias y cáscaras de patatas, no cuando estaban acostumbrados a una dieta completamente diferente.

—Acarícialos de mi parte, ¿quieres, mi señora? —pidió Chamberlain, y Juliana asintió mientras su espíritu se elevaba un poco cuando tomó la escalera de servicio y salió al sol, que, por una vez en la primavera tardía de Londres este año, brillaba gloriosamente.

Para cuando llegó al muro trasero de los terrenos, pudo verlos esperándola, alineados junto a la verja de hierro. Siempre le asombraba cómo los animales parecían poder medir el tiempo instintivamente. La verdad era que encontraba más afinidad con sus animales que con casi cualquier persona fuera de Emma.

—Aquí estamos —dijo mientras los perros y dos gatos que eran lo suficientemente valientes para acompañarlos esperaban su turno para recibir sus regalos. Consideró lo lejos que habían llegado. Cuando había comenzado a alimentarlos, prácticamente se atacaban entre sí por sus ofrendas, pero con el tiempo habían llegado a entender que habría suficiente para todos; ella siempre se aseguraba de ello.

Y allí, al final, estaba la perrita, la que llamaba Lucy.

—Buenos días, preciosa —dijo, extendiendo la mano a través de los barrotes de hierro y rascando la cabeza del pequeño animal. Una de sus orejas había sido maltratada hace mucho tiempo, y había sido la que más había tardado en confiar en Juliana. Después de mucho afecto y trozos de carne, ahora se apoyaba en la mano de Juliana con devoción.

Juliana se sentó allí bajo el sol, absorbiendo su tiempo aquí, deseando poder llevarse a algunos de ellos a casa. Pero, por supuesto, su madre se lo había prohibido la única vez que lo había intentado hace mucho tiempo, y a Giles tampoco le había entusiasmado particularmente la

idea.

Si se casaba con Lord Hemingway, ¿le permitiría acogerlos?

Frunció los labios, sin entender por qué ese pensamiento causaba tal desasosiego en su estómago. Porque si lo permitiera, todo valdría la pena, ¿no es así?

* * *

HOLBORN NO ERA el peor barrio. No era St. Giles o Covent Garden, eso era seguro. Y sin embargo, el corto viaje de Matthew a Mayfair ciertamente mostraba el marcado contraste entre el lugar de donde venía y adonde se dirigía. Había vivido toda su vida en Londres, y sin embargo, cuando su trabajo lo había llevado al campo, se había dado cuenta de cuánto dejaba que desear Londres.

Mayfair, sin embargo, era como entrar en otro mundo, uno al que él nunca pertenecería. Era hermoso, por supuesto, con las filas simétricas de casas adosadas alrededor de hermosas plazas verdes y los altos y limpios edificios de ladrillo que albergaban establecimientos donde solo la élite era invitada. Y allí, en el borde, estaba la majestuosidad de Warwick House. Matthew imaginó que su barrio entero podría caber en los terrenos, y aun así quedaría espacio para más.

Sacudió la cabeza mientras subía las escaleras y llamaba a la puerta. La suya era una posición interesante. No era un sirviente, pero era un hombre contratado. Sin embargo, el duque había dejado claro que debía usar la entrada principal, lo que Matthew agradecía. El hombre siempre lo había tratado con respeto, incluso cuando Matthew y sus hombres no habían cumplido con su responsabilidad.

—Jameson —saludó Matthew al mayordomo, quien le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza—. He sido convocado por Lady Juliana.

—Sí, desea salir.

—Muy bien. ¿Está lista?

Jameson negó con la cabeza. —Creo que tardará un poco.

Matthew intentó contener su impaciencia. Le estaban pagando por esto, se recordó a sí mismo, y sin embargo, sabía que esto era solo el comienzo de lo que sería la actuación de princesa mimada que había esperado.

—¿Ha ido a algún sitio?

Podía preguntar eso, supuso, ya que su trabajo era seguirla y mantenerla a salvo.

—Está en los terrenos.

—¿Sola? —Matthew alzó las cejas, pero entonces, no era culpa de Jameson. El hombre no era el guardián de Lady Juliana. Matthew lo era, al menos por el momento.

—No estoy completamente seguro de quién la ha acompañado hoy. Es probable que la encuentre en la esquina noroeste si desea buscarla.

—Gracias, Jameson —dijo Matthew, volviendo por donde había venido. Al menos el clima era agradable hoy. Podría aprovechar más tiempo al aire libre. Caminó alrededor de la propiedad, reflexionando, como siempre lo hacía, sobre cómo todo esto podía pertenecer a un solo hombre, a una sola familia, y que este era solo uno de sus muchos hogares.

También se dio cuenta mientras caminaba de lo fácil que sería para alguien entrar en los terrenos y encontrar a uno de los miembros de la familia allí. ¿En qué estaba pensando Lady Juliana al deambular sola por los jardines? ¿Acaso la mujer no tenía sentido de autopreservación? No solo eso, pensó egoístamente, sino que si algo le sucediera, su propio negocio se arruinaría, incluso si su caída fuera el resultado de su propia estupidez.

Finalmente divisó el destello azul, agachada en la esquina de la verja de hierro. Un sombrero le cubría la cabeza, pero podía imaginar su cabello castaño debajo. Podría estar temiendo esta asignación, pero no podía negar su atractivo, eso era seguro.

Lady Juliana estaba extendiendo la mano por entre los barrotes. ¿Qué demonios estaba haciendo? Entrecerró los ojos mientras trataba de ver qué había al otro lado de la valla. Vio moverse una forma y se preguntó si podría ser una persona. ¿Mendigando? ¿Pidiéndole ayuda? ¿Convenciéndola para que saliera? Continuó acercándose, aumentando su velocidad al sentir la necesidad de llegar rápidamente a ella en caso de que estuviera en peligro.

Cuando se acercó, finalmente vio lo que había al otro lado de la valla y se detuvo sorprendido.

—¿Lady Juliana? —llamó, y ella dio un grito, cayendo hacia atrás desde su posición agachada y aterrizando sobre su trasero.

Los perros al otro lado de la valla respondieron a su presencia y al grito de ella dándose la vuelta y huyendo, excepto uno, que se quedó allí mirándolo, como tratando de determinar si podía confiarle la mujer que los cuidaba. Finalmente, con un pequeño ladrido, el animal andrajoso se dio la vuelta y corrió tras los demás.

Matthew se acercó a la hermana del duque, actualmente sentada en el suelo bastante abatida hasta que él se paró a su lado y ella lo miró con furia. Extendió una mano para ayudarla a levantarse. Ella la miró como si estuviera sucia.

—Vamos —dijo él—. Levántese.

Ella emitió un sonido que parecía parte gruñido mientras finalmente tomaba su mano y se ponía de pie. Su mano desnuda era suave en la suya, cálida y... ¿estaba pegajosa?

—Supongo que no quiere decirme qué está haciendo aquí —dijo él, arqueando una ceja.

—Supongo que no —dijo ella, levantando la barbilla, y él tuvo que contener un suspiro. Su hermano le había advertido que ella no estaba contenta con tener a alguien vigilando cada uno de sus movimientos, pero le molestaba que no pudiera ver la razón de todo esto.

—Sabe que estamos del mismo lado —dijo, y ella negó con la cabeza, dando un paso atrás, alejándose de él.

—Incorrecto. Usted está del lado de mi hermano.

—Él me ha contratado, sí. Pero estoy aquí para mantenerla a salvo. No quiere que se repita lo que le sucedió antes, ¿verdad?

Sus ojos se desviaron hacia un lado por un momento, en un gesto que fue la única señal de que, quizás, estaba más afectada por la situación de lo que había dejado entrever inicialmente. —No.

—Entonces trabajaremos juntos. ¿Qué estaba haciendo con esos perros?

—Alimentándolos.

—Son callejeros mestizos.

—Lo son.

—¿Por qué la hermana de un duque alimentaría a perros callejeros?

—¿Por qué no lo haría? —replicó ella, y Matthew tuvo que contener una sonrisa ante su vivacidad.

—Muy bien, entonces —dijo—. Alimente a sus perros. Pero no puede venir aquí sola. Siempre tenemos hombres aquí, vigilando la casa. Lleve a uno de ellos con usted si yo no estoy.

—No quiero molestarlos por esto.

—Es nuestro trabajo —dijo él, con cierta frustración.

—Pero yo... muy bien —dijo finalmente, levantando las manos en señal de rendición.

—La asusté cuando me acerqué, y se sentó en el suelo indefensa —dijo, sabiendo que iba a provocar su ira, pero quizás eso era lo que ella necesitaba—. ¿Qué habría hecho si yo estuviera aquí para hacerle daño?

Ella abrió la boca, pero no salió ningún sonido, y él supo que la tenía atrapada.

—Golpéeme —dijo, y las cejas de ella se alzaron bajo su prístino sombrero blanco.

—¿Perdón?

—Golpéeme. Muéstreme qué haría si yo estuviera aquí para llevársela de nuevo.

—Yo...

—Está indefensa. ¿Por qué la están atacando a usted, y no a su hermana, o a la esposa del duque, su amiga? Debe haber una razón.

Sus cejas se fruncieron ahora mientras apretaba los labios, y él sabía que la estaba provocando.

—Golpéeme —dijo de nuevo.

—No.

—Hágalo.

—Yo...

—¿O es demasiado débil?

Eso pareció convencerla. Su mano se echó hacia atrás y su brazo se movió hacia adelante, en un intento obvio de abofetearlo. Él atrapó su muñeca justo antes de que hiciera contacto.

—¿Qué soy, una mujer que la ha ofendido? Una bofetada en la cara no hará nada más que insultarme.

—Sabe que soy una dama, ¿verdad?

—Lo sé, pero no me importa particularmente cuando se trata de su seguridad —respondió—. Ahora, haga un puño.

Ella hizo a regañadientes lo que él le dijo, sus dedos enroscándose alrededor de su pulgar.

—Así no —dijo, extendiendo la mano y recolocando el pulgar frente a sus nudillos—. Así. Ahora, gire el puño mientras lo dirige hacia mí para golpearme con los nudillos de su mano.

Se preparó para el impacto, por leve que pudiera ser.

—¿Dónde? —preguntó ella con cierto desconcierto.

—Aquí —dijo, señalando un lugar justo debajo de su esternón.

—Muy bien —dijo ella, y luego dio un paso atrás y lanzó su puño hacia adelante con todas sus fuerzas.

Matthew tuvo que esforzarse para contener un leve gruñido.

—Bien —dijo—. Trabajaremos en eso, junto con algunas otras cosas.

—¿Tales como? —preguntó ella, con cierto interés brillando en sus ojos.

—¿Ahora está interesada?

—Estoy interesada en no ser una víctima de nuevo —dijo, con la mandíbula apretada en señal de determinación—. Si usted puede ayudar con eso, lo aceptaré.

Matthew sonrió. Quizás esto iba a ser más entretenido de lo que había imaginado inicialmente.

CAPÍTULO 3



Esto probablemente era una muy mala idea. Y sin embargo, Juliana no pudo evitar el pequeño estremecimiento que la recorrió ante la perspectiva de, por una vez, poder protegerse a sí misma.

Incluso si tenía que aprender de Matthew Archibald.

—¿Cómo te capturaron la última vez?

Juliana tragó saliva. Siempre trataba de no pensar en aquel suceso. Su secuestro había sido los dos días más horribles de su vida, aunque sabía que había tenido suerte de que no le hubiera ocurrido nada peor que pasar hambre, cansancio y pánico ante la idea de no poder escapar nunca.

—Me pusieron una capucha sobre la cabeza y unos brazos me rodearon por detrás —dijo, incapaz de mirar al Sr. Archibald mientras lo decía, pues no quería que viera lo afectada que estaba.

—¿Qué hiciste?

—Intenté dar patadas hacia atrás, pero me sujetaba demasiado lejos de su cuerpo para lograr algo. Su mano cubría mi boca, así que ni siquiera pude gritar.

El Sr. Archibald asintió.

—Tiene sentido. Te diré qué hacer si alguna vez vuelve a ocurrir, aunque no debería, ya que siempre estaré contigo. Pero es bueno estar preparada.

—Muy bien —dijo ella, tragando con dificultad ante la idea de otra amenaza.

—Deja caer todo tu peso corporal, quédate floja —dijo él—. Luego, si puedes, pisa su pie con todas tus fuerzas. Si no lo alcanzas, intenta agarrar sus dedos, el índice y el medio de cada mano, y tira con toda la fuerza que puedas. Si no puedes alcanzar sus manos, trata de clavar tus codos en su abdomen, o si puedes levantar una mano, tira de su oreja. Hay opciones, dependiendo de lo que tengas disponible en ese momento. Usa toda la fuerza que tengas.

Ella asintió, tratando de procesarlo todo.

—Es mucho para recordar.

—Se aprende mejor practicando —dijo él—. Aléjate de la valla y lo practicaremos.

La condujo más adentro detrás de los setos y luego se colocó detrás de ella y la rodeó con sus brazos. Ella se tensó al recordar la última vez que alguien había hecho esto, pero él murmuró en su oído:

—Solo soy yo. Estás a salvo.

Ella asintió, sorprendida por lo cómoda que se sentía en su agarre. Si no otra cosa, sabía que él era un hombre de palabra y tenía habilidad en lo que hacía.

—Ahora —dijo él—. ¿Qué puedes hacer?

Intentó quedarse floja en sus brazos, pero no pasó nada: él era demasiado fuerte. Recordó sus palabras y alcanzó sus manos. Él anticipó su movimiento y apretó sus brazos con más fuerza alrededor de ella. Al hacerlo, ella se dio cuenta de que él estaba concentrado en los movimientos de sus brazos, y levantó la pierna y pisó su bota con toda la fuerza que pudo.

—Bien —dijo él—. Ahora estoy distraído, así que intenta clavar tus codos en mi abdomen.

Ella lo hizo, y su agarre se aflojó ligeramente.

—Ahora gira —le indicó, y cuando lo hizo, descubrió que tenía suficiente espacio para mirarlo de frente—. ¿Recuerdas ese puñetazo? —preguntó, y ella asintió.

—Haces el mismo puñetazo, pero justo aquí —señaló su garganta—. Y luego corres como alma que lleva el diablo.

Ella supo que sus ojos se abrieron un poco. La mayoría de los hombres nunca hablarían así en su presencia. Pero claro, él no era la mayoría de los hombres.

—Puedo hacer eso —dijo, y él la miró con expresión desafiante.

—Dilo con más confianza —le ordenó.

—Puedo *hacer* eso —dijo, y por primera vez en el día, lo miró bien. Vestía apropiadamente, aunque no tan elegante como Giles, por supuesto, lo que suponía tenía sentido, pues su trabajo era muy diferente de lo que Giles hacía cada día. Sus hombros eran anchos, sus músculos evidentes incluso bajo el fino corte de su ropa.

Su cabello castaño claro estaba descubierto, su rostro bronceado vuelto hacia el sol. No era guapo en el sentido tradicional de la mayoría de los hombres de su conocimiento, con su nariz romanesca ligeramente torcida hacia un lado, pero con sus pómulos esculpidos, era... impactante y mucho más atractivo, en cierto modo. Era un hombre que podía cuidar de una mujer.

Se sobresaltó cuando se dio cuenta de que su pulso latía más rápido de lo habitual, lo que debía ser por sus esfuerzos. Porque un hombre como él no debería hacerla sentir nada fuera de lo común.

—Practicaremos en otra ocasión —dijo él—, pero deberíamos regresar. ¿Había algún lugar al que quisieras ir?

—Oh, sí —dijo ella—. Pero debo preguntarte algo primero.

—Muy bien —dijo él, mientras comenzaban a caminar de regreso a la casa. Juliana sintió un extraño deseo de tomar su brazo, pero como él no lo ofreció, por supuesto no hizo ningún gesto para hacerlo.

—¿Le dirías a Giles adónde fuimos?

Él no dijo nada por un momento, y Juliana le echó un vistazo. Parecía estar pensando mucho su pregunta.

—Supongo que si me preguntara, me sentiría obligado a decírselo —dijo, mirándola de nuevo—. ¿Es satisfactoria esa respuesta?

—No —suspiró ella—. Pero tendrá que servir. Tengo una reunión más tarde.

—¿Una reunión? —pareció sospechar, lo que ella entendía. La mayoría de las hermanas de duques no tendrían asuntos que atender.

—Sí —dijo—. En Holborn.

—Ya veo.

—Preferiría que Giles no lo supiera.

—¿Hay alguna razón para sospechar que podrías estar en peligro?

—Ninguna en absoluto —dijo con toda la confianza que pudo reunir. Y no la había, pues su sociedad aún no había iniciado actividades que llamaran la atención. Cuando lo hicieran, bueno,

esa podría ser una situación completamente distinta, pero no veía necesidad de preocupar a Matthew Archibald con eso ahora.

—¿A qué hora es?

—A las tres. Las reuniones solían ser por la noche, pero ahora que Giles tiene a Emma, es mucho menos probable que salga a sus clubes, y supongo que es más seguro para mí estar fuera de casa durante el día en vez de la noche. Afortunadamente, el resto de los asistentes se han adaptado a mí, a pesar de sus propios horarios.

—Usted es la hermana de un duque. Estoy seguro de que la mayoría de los miembros de esta misteriosa reunión en Holborn están bastante complacidos de tenerla en su presencia.

—No soy diferente del resto —dijo, desechando sus palabras con un gesto, sin querer que le recordaran que podría ser vista como diferente de los demás—. En nuestros esfuerzos, todos somos iguales. Ahora, hablando de misterio, háble me de usted.

Él se volvió hacia ella con una ceja levantada.

—¿Quiere saber sobre mí?

—Si vamos a pasar tanto tiempo juntos, ¿por qué no?

—Estoy trabajando para su familia. No somos conocidos.

Juliana frunció los labios ante el hombre obstinado. Estaba intrigada por él, eso podía admitírselo a sí misma. Era tan diferente a cualquier otro hombre de su conocimiento. Era detective, pero parecía saber cómo encajar con la clase alta cuando era necesario. Bajó la mirada y vio sus manos, recordando cómo se habían sentido cuando la ayudaron a levantarse del suelo: fuertes, ligeramente ásperas, nada parecidas a las de los hombres a los que estaba acostumbrada.

—¿Cómo se convirtió en detective?

—Mi padre era un alguacil de Bow Street. Seguí su línea de trabajo.

—¿Por qué no trabaja también para Bow Street?

—Prefiero trabajar para mí mismo que para alguien más.

—Está trabajando para mi hermano ahora.

Sus fosas nasales se dilataron ligeramente, y Juliana se preguntó si lo estaba molestando.

—Eso es diferente —fue todo lo que dijo—. Él es un cliente.

—Muy bien —continuó—. ¿Es usted de Londres?

—¿Sí?

—¿Dónde se crió?

—Holborn.

—¡Oh, ahí es donde vive la Sra. Stone! —Cuando él la miró, añadió—: la mujer que visitaremos más tarde hoy.

—Ya veo.

Podía sentir su creciente frustración mientras se acercaban a la casa, aunque no tenía idea de qué había hecho para causar tal ira.

—¿Le he ofendido de alguna manera? —preguntó, deteniéndose al borde de las escaleras que conducían a la terraza.

—No. ¿Por qué pensaría eso?

—Obtener respuestas de usted es como arrancar las malas hierbas más obstinadas de los jardines de Emma.

Él sonrió ligeramente ante eso, y ella se alegró de ver que había algo de humor en él.

—No hay nada intrigante sobre mí, Lady Juliana. Soy simplemente un hombre contratado para hacer un trabajo. No veo razón por la que mi pasado sería de algún interés para usted.

—Toda persona es interesante, Sr. Archibald.

—No estoy de acuerdo.

Ella comenzó a subir las escaleras.

—No me agrada mucho tener un guardia, Sr. Archibald, pero estaría dispuesta a tener un amigo.

—Asumiría que ya tiene muchos amigos —respondió él, siguiéndola.

—No muchos de la variedad humana —dijo ella, con una leve sonrisa en los labios mientras disfrutaba del intercambio con él.

Juliana empujó las puertas del jardín que conducían al salón de baile, y dio unos pasos antes de darse cuenta de que el Sr. Archibald ya no la seguía. Se dio la vuelta para encontrar que se había detenido justo en la entrada, sus ojos estudiando la habitación. Siguió su mirada, tratando de verla a través de los ojos de un extraño. Dioses y diosas griegos volaban y bailaban a través del techo, mientras que hiedra pintada se envolvía alrededor de la parte superior de las columnas de mármol. Era bastante extravagante, especialmente porque rara vez usaban la sala, aunque estaba segura de que eso iba a cambiar ahora que el padre de Juliana había fallecido y habían salido del luto. Ya habían organizado un baile exitoso, el mismo en el que Emma y Giles habían determinado por primera vez un interés el uno por el otro.

—Es una sala impresionante, ¿verdad? —preguntó, a lo que él asintió pero no dijo nada.

Él la siguió en silencio a través del salón de baile hasta que llegaron a las puertas que conducían al salón más allá.

Donde su madre estaba esperando.

—Juliana —dijo, con una sonrisa cruzando su rostro—. Te estaba buscando.

—¿Oh? —dijo, deteniéndose tan rápido que sintió que el Sr. Archibald casi chocaba con ella, aunque se detuvo a tiempo.

—Sí —dijo, su expresión satisfecha preocupando a Juliana, pues significaba que tramaba algo—. Lord Hemingway y su madre estarán aquí en breve. Mejor vístete. Difícilmente puedes recibirlos con ese vestido.

Posó su mirada de arriba abajo por el ahora sucio vestido de mañana de Juliana.

Ella solo pudo mirar a su madre con inquietud mientras trataba de pensar cómo evitar el compromiso del día. Difícilmente podía decirle adónde había planeado ir.

—No me dijiste que venían.

—No, pero no es como si tuvieras otro lugar donde estar.

—En realidad, sí lo tengo —dijo Juliana mientras su mente buscaba desesperadamente una excusa que pudiera presentar sin revelar la verdad.

—¿Cuál sería? —dijo su madre, esperando.

—¡D-debo visitar a Lady Maria! —exclamó, preguntándose de dónde había salido eso. Apenas conocía a Lady Maria, la mujer con quien su madre había esperado que su hermano se casara antes de que se interesara por Emma.

Su madre no estaba actualmente convencida.

—¿Lady Maria Bennington?

—Sí —Juliana siguió adelante, pues era demasiado tarde para retroceder ahora—. Nos hicimos... amigas cuando ella y su madre nos visitaron en el campo. Le dije que la visitaría hoy.

Su madre consideró esta información por un momento antes de fruncir los labios.

—Muy bien. Tomaremos un té rápido con Lord y Lady Hemingway y luego iremos a visitar a Lady Maria y Lady Bennington.

—Oh, no —dijo Juliana desesperadamente—. La madre de Lady Maria está... fuera.

—¿Fuera?

—Sí, está fuera por el día. Por eso Lady Maria me pidió que la visitara esta tarde. Para proporcionarle compañía.

—Muy bien —dijo su madre, agitando la mano—. Por favor, cámbiate rápidamente. Nunca estaría bien que Lord Hemingway te viera así.

Juliana comenzó a dar un paso hacia la escalera, olvidando la presencia del Sr. Archibald hasta que chocó con él, pero él retrocedió con suavidad.

—¿Juliana? —dijo su madre antes de que pudiera salir de la habitación.

—¿Sí?

—Sé que el Sr. Archibald está aquí para garantizar tu seguridad, pero sería mejor que ustedes dos no estuvieran solos, ni siquiera al aire libre. ¿Me entiendes?

Se dirigió a Juliana, pero vio que los ojos de su madre no estaban en ella, sino en el Sr. Archibald detrás de ella, y Juliana tuvo que tragarse la vergüenza. Abrió la boca para responder, pero finalmente decidió que el Sr. Archibald sería capaz de manejar esta situación. A veces, la mejor acción era simplemente huir.

CAPÍTULO 4



Matthew oyó los comentarios de la duquesa viuda alto y claro. *Aléjese de mi hija*.

Lo cual estaba muy bien excepto por el hecho de que le habían contratado precisamente para seguirla a todas partes.

Sin embargo, esto disminuyó la pequeña chispa que había comenzado a encenderse durante su conversación. Porque la verdad era que, aunque el constante cuestionamiento de Lady Juliana le molestaba ligeramente, también le intrigaba, disfrutaba de su energía y espíritu.

No es que importara.

Porque, como la duquesa viuda había señalado como si él no pudiera recordarlo por sí mismo, Lady Juliana era la hermana de un duque, una mujer prácticamente prometida a casarse con un conde.

Mientras que él era un detective, un hombre de clase media que había sido contratado por la familia, apenas un escalón por encima de un sirviente. Era tal como había determinado originalmente: no debería estar conversando con Lady Juliana, sino caminando un paso detrás de ella para asegurarse de que no sufriera ningún daño, como se requería de él.

Ahora, con este cambio de planes, iba a tener que sentarse en Warwick House por un tiempo indeterminado mientras ella charlaba con Hemingway. Al menos esto podría proporcionarle la oportunidad de aprender más sobre el hombre y si podría tener alguna inclinación real de acabar con el duque. Parecía inofensivo, pero era el siguiente en la línea de sucesión al título, por lo que tenía más motivos que cualquier otro. Matthew aún no había discutido esta teoría con el Duque de Warwick, pues sabía que era amigo del hombre que era lo más parecido a un primo que tenía.

Pero uno podía aprender mucho más observando que participando en la conversación.

Matthew se mantuvo lo más discreto posible mientras Lord Hemingway y su madre llegaban, saludando a Lady Juliana y a la duquesa viuda. Lady Emma, o debería decir ahora, la Duquesa de Warwick, y Lady Prudence, curiosamente, no se encontraban por ninguna parte, lo que supuso que la duquesa viuda había organizado.

La visita, sin embargo, no le proporcionó ninguna pista adicional sobre si Lord Hemingway estaba ocultando algo. Era tan cordial como siempre, educado, decía todas las cosas correctas en el momento adecuado, y Matthew se encontró teniendo dificultades para imaginarlo matando a una araña y mucho menos disparando al duque.

De hecho, cuando el duque se dio cuenta de que su primo estaba presente y se detuvo en la entrada de la habitación, pareció particularmente complacido de ver a Hemingway. Hizo un gesto de asentimiento hacia Matthew antes de continuar su camino.

—¿Acechando, verdad?

Matthew saltó al oír la voz en su oído, proveniente de detrás de él. No era típicamente un hombre al que se pillara desprevenido, pero parecía que una mujer le había sorprendido.

Una mujer, pronto se dio cuenta, que a pesar de su edad y su bastón, se movía tan sigilosamente como cualquier ladrón.

—Lady Winchester —dijo, reconociendo a la abuela del duque—. ¿Cómo está usted hoy?

Se apartaron de la entrada para no molestar a nadie dentro.

—Estoy bien —dijo ella, estudiándolo de arriba abajo—. ¿Ya ha terminado su trabajo?

Matthew estaba tan decepcionado consigo mismo como la condesa parecía estarlo con él en ese momento.

—Todavía no, me temo —dijo—. Aunque espero que lleguemos a una conclusión rápida pronto.

Ella lo estudió a través de unos ojos que él reconoció, ojos que se dio cuenta eran casi idénticos a los verdes de Lady Juliana, aunque los de Lady Winchester eran mucho más sabios por la edad y ligeramente más nublados.

—Juliana lleva una máscara valiente, pero está luchando con esto —dijo, sorprendiendo a Matthew, pues él había pensado que era el único que veía que Lady Juliana había sido más afectada de lo que dejaba ver por las circunstancias.

—¿Oh? —fue todo lo que dijo.

—Lo has visto, muchacho, sé que lo has hecho —dijo ella—. Eres inteligente. Tienes que serlo para sacar adelante tu negocio. Ella necesita que la vigilen, sí, pero en más formas de las que podrías pensar.

Y con esa línea críptica, continuó por el pasillo, su bastón golpeando, ya no tan sigilosa como había sido cuando se había acercado a él sin que lo notara. Matthew sonrió después de que ella se marchara. Era una mujer interesante, eso era seguro, y podía ver mucho de Lady Juliana en ella.

Lady Juliana, quien, cuando echó un vistazo a la sala, ya no mantenía su atención en la conversación, sino que miraba desde el reloj de la repisa hasta la puerta y viceversa. Ella captó su mirada y le envió una súplica silenciosa que podría haber jurado que decía: "¡ayúdame!", pero ¿quién era él para interponerse entre los compromisos sociales de la nobleza?

Finalmente, el té terminó y esperó mientras Lady Juliana se preparaba para irse. Esta vez, su doncella, Abigail, les acompañaba. La duquesa viuda se aseguró de ello.

Recordando su lugar, Matthew se sentó en lo alto del carruaje con el cochero, mientras la doncella se sentaba dentro. El cochero esperó un momento y Juliana le sorprendió cuando asomó la cabeza por la ventana y dijo en un silbido bajo:

—James, vamos a casa de la señora Stone.

—Muy bien, mi señora —dijo el cochero, antes de agitar las riendas y enviar a los caballos por el camino.

Matthew miró al cochero —James, como Juliana le había llamado.

—¿Qué nos espera en casa de la señora Stone?

—Una reunión.

Matthew tuvo una idea de lo que debía ser como hacerle preguntas a él mismo.

—¿Quién estará en esta reunión?

—Un grupo de personas que asisten a las reuniones de Lady Juliana.

Matthew tomó aire.

—¿Reuniones sobre qué?

El cochero lo miró como sorprendido de que no supiera más.

—Pues de la sociedad de Lady Juliana, por supuesto.

—Por supuesto —murmuró Matthew, dándose cuenta de que probablemente tendría que aprender por sí mismo de qué se trataba esta misteriosa reunión.

Bastante pronto las calles y casas cambiaron al familiar vecindario donde había crecido e incluso ahora residía, aunque no iba a compartir esa información con Lady Juliana ni con James ni con nadie más. Tenía que mantener esto estrictamente profesional, se recordó a sí mismo, aunque su cuerpo no podía evitar recordar lo que había sentido al tener a Lady Juliana en sus brazos mientras le enseñaba a protegerse. Era suave y cálida y todo lo que un hombre podría pedir en una mujer.

Pero no era el tipo de mujer que él jamás conocería, se recordó.

El carruaje se detuvo frente a una pequeña casa adosada de ladrillo rojo, que parecía bastante ordenada y bien cuidada. Matthew descendió y tendió una mano a Lady Juliana, quien la tomó con una pequeña sonrisa antes de caminar hacia la casa.

La doncella les siguió, y Matthew iba justo detrás de ella.

—No necesita acompañarme dentro, señor Archibald —dijo Lady Juliana—. Puedo asegurarle que estoy completamente a salvo con todos los que están dentro.

—Sea como sea —dijo él con firmeza para que ella no discutiera más—, esperaré dentro, aunque prometo ser discreto.

—Muy bien —dijo ella encogiéndose de hombros, volviéndose hacia él una vez más antes de llamar a la puerta—. Quizás también aprenda una cosa o dos —le lanzó una rápida sonrisa traviesa antes de volverse, y él se preguntó qué podría significar eso, pero lo olvidó cuando la puerta se abrió revelando a una mujer baja con una amplia y acogedora sonrisa.

—Lady Juliana, estoy tan feliz de que pueda unirse a nosotros de nuevo —dijo, extendiéndose y abrazándola a medias—. Estaba tan preocupada después de que su hermano...

—Todo está bien —interrumpió Lady Juliana, y Matthew tuvo la incómoda sensación de que había sido manipulado para llevar a Lady Juliana a algún lugar que Giles no habría aprobado. Todo lo que podía hacer ahora, sin embargo, era seguirla y ver qué sucedía.

* * *

JULIANA ESTABA LIGERAMENTE nerviosa mientras tomaba asiento en el sofá floral rosa de la señora Stone, que era bonito, aunque un poco gastado. Juliana sabía que el señor Stone trabajaba duro como sombrerero, pero su hogar, aunque encantador y cómodo, estaba muy lejos de lo que ella estaba acostumbrada. La hacía sentir bastante culpable tener tanto mientras otros tenían tan poco, pero también era consciente de que intentar hacer cualquier ofrecimiento solo afectaría el orgullo de los Stone. Así que asistía a las reuniones, dejando su privilegio en la puerta, y participaba como cualquier otra. Esa no era la razón por la que estaba aquí.

Tomó aire profundamente mientras trataba de no permitir que sus nervios la abrumaran. Nunca había estado nerviosa en estas reuniones antes, excepto quizás en la primera. Tenía la sensación de que se debía a la presencia del señor Archibald, aunque por qué eso le molestaría tanto, no tenía idea. Él le afectaba de alguna manera, aunque cómo o por qué, no podía estar segura. Era solo un hombre, un hombre que había sido contratado por su familia. Pero ya había sido lo suficientemente avergonzada hoy por la escena que él había presenciado cuando su madre la había emboscado con Lord Hemingway. Dios mío, ¿qué poco control podía tener una persona sobre su propia vida?

Y el propio Lord Hemingway. Suspiró. Era tan agradable que resultaba difícil encontrar

alguna razón para decir no a su cortejo. Pensó en Emma, y sabía exactamente lo que su amiga le diría: que no se conformara a menos que hubiera encontrado el verdadero amor. Lo cual estaba bien para Emma, cuyo verdadero amor había estado frente a ella casi toda su vida. Juliana, sin embargo, ya tenía veintitrés años, habiéndose retrasado su presentación en sociedad primero por su padre y luego por la muerte de su padre, y sabía que no tenía mucho tiempo para buscar el amor apasionado que Emma siempre había deseado tan desesperadamente. No cuando deseaba cierta vida, una que incluía la capacidad de promover su causa y estar con alguien que le permitiera la libertad de hacer lo que quisiera. Si no otra cosa, Lord Hemingway probablemente le permitiría hacerlo.

Se removió inquieta en su asiento, lanzando miradas furtivas al señor Archibald, que estaba de pie estoicamente contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía esta extraña habilidad de simplemente existir. De estar ahí, sin hacer nada más que observar.

Juliana apenas podía imaginar algo más inquietante. Ella siempre tenía que estar haciendo algo; si no se movía, entonces conversaba. También era por eso que no había renunciado todavía a su horrible costura. Mantenía sus manos ocupadas.

—Buenas tardes a todos —dijo la señora Stone, mientras se paraba frente al sillón que estaba colocado al frente de la habitación—. Muchas gracias por venir.

Juliana sonrió a todos mientras se saludaban entre sí. Allí estaba el poeta, el señor Smith. El cirujano y su esposa, el señor y la señora Livingstone. Otra joven de su edad, la señorita Polley, y una pareja de mediana edad, el vicario Padre Abbot y su esposa.

—Hoy estamos aquí para discutir nuestros próximos pasos, incluyendo cómo nos gustaría difundir nuestra información, para animar a más personas a unirse a nosotros y marcar la diferencia. ¿Alguien tiene alguna sugerencia?

Todos se miraron unos a otros alrededor de la habitación, antes de que Juliana se levantara con vacilación.

—Yo tengo una.

—Por supuesto —dijo la señora Stone con una sonrisa de aliento.

—¿Y si creáramos un folleto? —preguntó, mirando a todos los presentes—. Tenemos mucha experiencia en esta sala. El señor Livingstone podría proporcionar la información médica sobre cómo ha visto que una dieta vegetariana natural cura varias dolencias y proporciona un bienestar general. El Padre Abbott quizás pueda proporcionarnos pasajes de la Biblia como evidencia religiosa para confirmar nuestras suposiciones. Y señor Smith, estoy segura de que puede escribir hermosos versos para acompañar sus palabras.

Sonrió a todos mientras hablaba con cada uno de ellos, y pudo ver cómo brillaban ante el elogio.

—El resto de nosotros podemos trabajar juntos para proporcionar varios puntos de vista y amalgamar toda la información en prosa que pueda ayudar a convencer al público.

Hubo algunos asentimientos alrededor de la sala.

—Eso está muy bien, Lady Juliana —dijo la señorita Polley, empujando sus gafas sobre la nariz mientras cruzaba las manos en su regazo—. Pero ¿qué hay de aquellos que no saben leer? ¿O que no pueden permitirse comprar tal producto?

—No estoy sugiriendo que el folleto tenga algún costo —dijo, sacudiendo la cabeza—. Por el contrario, creo que sería mejor distribuirlo gratuitamente para que más personas puedan leerlo. ¿Quizás también podríamos proporcionar algunas ilustraciones? ¿No supongo que alguien aquí sea particularmente artístico?

Todos negaron con la cabeza.

—Bueno, supongo que tendríamos que contratar a alguien —dijo, encogiéndose de hombros —. Pero es ciertamente posible.

—Esa es una idea maravillosa, Lady Juliana. Gracias —dijo la señora Stone.

—¿Cómo nos lo podríamos permitir? —preguntó el señor Smith, y Juliana se retorció las manos. Sabía cómo debía parecer para el resto de ellos. Su familia tenía más dinero que todos ellos juntos muchas veces. Y sin embargo, ella no tenía capacidad para acceder a casi nada de él.

Sin embargo, tenía una pequeña asignación para ropa y pequeñas extravagancias. Quizás si pudiera ahorrarla por un tiempo, podría pagar la impresión. Ciertamente no podía pedirle el dinero a Giles para hacerlo.

—Yo lo financiaré —dijo con mucha más confianza de la que sentía.

—¿Está segura? —preguntó la señora Stone, mirándola—. Por favor, no se sienta obligada a hacerlo.

—Aunque difícilmente haría mella en las arcas de su familia —añadió el señor Smith de manera poco útil.

Juliana lo ignoró y sonrió ampliamente.

—Estaría encantada de pagarlo.

—Muy bien. Eso está resuelto, entonces —dijo la señora Stone, juntando las manos—. ¿Alguien más?

—Tengo una pregunta.

Juliana se quedó inmóvil. Conocía esa voz. Se volvió, con los ojos muy abiertos hacia el señor Archibald, que se había apartado ligeramente de la pared. El resto del grupo comenzó a volverse unos a otros murmurando sobre quién era él y qué estaba haciendo allí.

—¿Sí, señor Archibald? —dijo la señora Stone, pues los dos habían sido presentados en la puerta.

—¿Es probable que tal publicación cause algún problema? ¿Peligro potencial para alguno de ustedes? ¿Hay alguien que estaría descontento?

Todos hicieron una pausa por un momento, mirándolo como si no hubieran considerado un riesgo potencial.

—Habrá muchos que no estén de acuerdo con tales sentimientos, eso es seguro —dijo la señora Stone lentamente—. Pero difícilmente puedo imaginar a alguien volviéndose violento por tales cosas. No es como si las opiniones de un grupo tan pequeño como el nuestro afectaran enormemente la forma de vida de nadie.

—Solo se necesita uno —dijo él, y Juliana intentó decirle silenciosamente con su mirada que no dijera nada más en ese momento, que en su lugar discutirían esto después.

Él no captó su indirecta.

CAPÍTULO 5



Matthew sabía que le había dicho a Juliana que iba a permanecer en silencio y simplemente observar.

Había estado bastante intrigado por el tema. Nunca había oído hablar de alguien que se opusiera a la práctica de comer carne, y no podía entenderlo del todo. Pero eso no significaba que no estuviera ligeramente impresionado por el hecho de que estas personas sintieran lo suficientemente fuerte por una causa como para defenderla.

Lady Juliana hablaba con elocuencia y decisión. Había notado un leve malestar en su rostro cuando se ofreció a imprimir el panfleto, y supuso que era porque, por muy adinerada que fuera su familia, difícilmente podría pedirle los fondos a su hermano para esto. No cuando él, como Matthew ahora entendía, obviamente se había opuesto a la participación de Juliana en tal sociedad.

Sabiendo que probablemente el duque le reprocharía esto en el futuro, Matthew se sentía muy incómodo con la idea de Juliana de comenzar a compartir sus opiniones con la sociedad en general.

—¿Qué hay de aquellos en la industria agrícola? —cuestionó—. ¿Los agricultores? ¿Los que dirigen los mercados en Smithfield? ¿No estarían ustedes cuestionando sus ingresos, su forma de vida?

La otra joven en la habitación se mordió el labio mientras la mirada de la señora Stone se endureció, como si se estuviera preparando para luchar por su causa sin importar las consecuencias.

—Puedo entender su preocupación, señor Archibald —dijo la señora Stone, tratando obviamente de aplacarlo—. Lady Juliana tiene el perfil más alto de todos nosotros y podría ser atacada por cualquiera que se molestara, aunque en mi opinión, las posibilidades son bastante bajas. ¿Quizás si el panfleto no menciona ninguno de nuestros nombres? Podríamos pedir que cualquier interesado en unirse a nosotros escriba a una dirección separada, y desde allí podemos determinar si son lo suficientemente escrupulosos para permitirles entrar en nuestras reuniones.

Matthew consideró la idea incluso mientras ignoraba la mirada fulminante de Lady Juliana.

—Muy bien —dijo finalmente—. Pueden proporcionar la dirección de mi oficina.

—Señor Archibald —dijo Lady Juliana con tensión, claramente controlando su ira hacia él —, no creo que eso sea necesario. No requerimos su participación en esto.

—Estoy encantado de organizarlo —dijo él. Luego dudó por un momento, pues no tenía intención de ofrecer servicios adicionales, pero ante la molestia de Lady Juliana con él, no pudo

evitar provocarla más.

—También me gustaría ofrecer cualquier dibujo que necesiten.

—¿Disculpe? —dijo Lady Juliana con incredulidad, levantando una ceja.

—Resulta que tengo cierta habilidad artística. Mencionó que necesitaban dibujos. Estaría encantado de proporcionarlos.

Lady Juliana dejó escapar un sonido que era mitad tos, mitad resoplido, y Matthew no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. No sabía por qué, pero le gustaba provocar el temperamento de esta mujer.

—Eso sería maravilloso, señor Archibald. Gracias —dijo la señora Stone con una cálida sonrisa.

—Señor Archibald, ¿es usted vegetariano? —preguntó Lady Juliana, aunque ya conocía la respuesta, atravesándolo con su mirada verde.

—No lo soy.

—¿Tiene algún interés en velar por el bienestar de los animales?

—Supongo que lo hago tanto como cualquiera. No deseo ver a un animal con dolor.

—Pero no lucha contra ello, ¿verdad? —insistió ella.

—Nunca antes lo he hecho, pero no hay mejor momento que el presente —sonrió amablemente, y el ceño de Lady Juliana se profundizó.

—Parece que el señor Archibald ha sido inspirado por nuestra reunión —dijo la señora Stone, aparentemente tratando de aliviar la tensión que había crecido entre Matthew y Lady Juliana—. Esperemos que podamos animar a otros a unirse a nosotros y hacer lo mismo.

La reunión continuó mientras el grupo discutía otros asuntos durante la siguiente hora. La conversación fluyó desde el bienestar animal hasta los últimos libros escritos sobre vegetarianismo y recetas. Matthew se encontró mucho más intrigado por esta conversación que la que había tenido lugar en el salón de Warwick House. Era interesante ver a un grupo tan diverso, de todos los ámbitos de la vida, unirse para trabajar hacia una pasión común.

Lady Juliana lo ignoró durante el resto de la reunión, y cuando concluyó, finalmente reconoció su presencia una vez más, acercándose a él y colocando una mano enguantada en su brazo.

—Debo hablar con la señora Stone sobre un asunto. Me reuniré con usted fuera en breve.

Él asintió, pero vio el brillo en los ojos de ella y adivinó que estaba a punto de ser desafiado. Observó cómo Lady Juliana tomaba a la señora Stone por el brazo, alejándola del grupo y, eventualmente, saliendo por la puerta hacia la habitación contigua. Matthew notó que la doncella de Lady Juliana, Abigail, lenta y en un obvio intento de parecer discreta, abandonaba su lugar y se dirigía hacia la puerta.

Matthew había inspeccionado la casa a su llegada, así que tenía una idea bastante buena de dónde estaban todas las entradas y salidas. Dejó su lugar, listo para atrapar a su presa.

* * *

EL CORAZÓN de Juliana latía rápido ante la idea de burlar al señor Archibald. Sabía que era temerario, que debería estar trabajando *con* él y no contra él, pero él la había provocado deliberadamente durante la reunión. Quizás no había comenzado a propósito, pero ciertamente había terminado así.

En realidad no estaba tratando de escapar de él. Solo quería ver qué podría pasar si intentara hacerlo, si él sería capaz de encontrarla de todos modos.

Después de agradecer a la señora Stone y decirle que esperaba que nadie se sintiera incómodo debido a su sugerencia del panfleto, Juliana se deslizó por la puerta trasera hacia el pequeño jardín de la señora Stone. Estaba hermoso aquí fuera, y Juliana deseó poder detenerse y pasar más tiempo apreciando el pequeño espacio. Emma ciertamente amaría las flores silvestres que se permitían crecer aquí, pensó. Dio la vuelta a la esquina, lista para encontrar a James y el carruaje, y chocó contra un muro.

—¡Ay! —exclamó, rebotando hacia atrás y casi cayendo, excepto que un brazo fuerte se extendió y la atrapó. Colocó una mano sobre su pecho y miró furiosa al señor Archibald—. ¡Me asustó!

—¿Oh, lo hice? —dijo él con sarcasmo—. Quizás si no hubiera estado escabulléndose por la parte trasera eso nunca habría ocurrido.

—Simplemente quería disfrutar de los jardines de la señora Stone —dijo ella con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Es por eso que le dio instrucciones a su doncella para que la esperara en el carruaje, para que estuviera lista para marcharse sin mi conocimiento?

—Yo... —intentó encontrar una respuesta ingeniosa a eso, pero no se le ocurrió nada—. Supongo que solo necesitaba un momento a solas. O, más bien, un momento lejos de usted.

—¿Mi presencia es realmente tan difícil?

Dijo las palabras con sarcasmo, pero Juliana creyó escuchar un toque de dolor ahí, e inmediatamente se sintió culpable.

—No es *usted* exactamente —dijo, tratando de aplacarlo, aunque por su expresión parecía que solo lo estaba empeorando—. Es simplemente la sensación de estar atrapada. Y quizás...

—¿Sí?

—Quería provocarlo.

Él la miró con incredulidad por un momento y ella esperó su ira, esperó que le gritara, que le dijera que era una niña ridícula que debería encontrar algo mejor que hacer con su tiempo.

Su padre lo habría hecho. A menudo se enojaba cuando uno de ellos simplemente entraba en una habitación, y no digamos si le decían algo o iban en contra de su dirección.

¿Pero el señor Archibald? Una esquina de sus labios comenzó a moverse ligeramente, curvándose, curvándose, hasta convertirse en una sonrisa burlona. ¿Estaba... riéndose de ella?

—¿Hizo esto para *provocarme*? —preguntó, sus labios ahora en una sonrisa completa, y Juliana no pudo evitar devolverle una sonrisa tímida—. ¿Nunca trató de escapar realmente de mí?

—No —dijo, inclinando ligeramente la cabeza—. He llegado a conocerlo lo suficiente como para saber que usted siempre se aseguraría de encontrarme. Simplemente quería jugar un poco con usted después de que hiciera exactamente lo que dijo que no haría en esa reunión.

Él comenzó a reír, sacudiendo la cabeza, y ella no pudo evitar reírse también.

—Bueno, si no otra cosa —dijo él—, estoy feliz de saber que no duda de mis habilidades. Eso sería bastante desalentador.

—No, yo... —Un ligero calor invadió sus mejillas—. En realidad me siento bastante segura con usted.

—Bien —dijo él, su sonrisa convirtiéndose en una de autosatisfacción—. Me alegra oírlo.

El aire se cargó entre ellos mientras Juliana de repente se sintió nerviosa por la vergüenza de sus palabras, lo cual era un concepto relativamente nuevo para ella. Levantó la mirada y se encontró con los ojos azul claro del señor Archibald, que la miraban con intensidad y curiosidad en igual medida.

Su respiración se detuvo y quedó atrapada en el momento, sin saber qué decir o cómo responderle. No podía recordar a otro hombre que la hubiera hecho sentir así, tan completamente cautivada y también algo insegura de sí misma. ¿Era porque él era tan diferente a ella que sus diferencias la intrigaban? ¿O era algo más sobre él como hombre?

Lord Hemingway ciertamente no evocaba tales pensamientos, de eso estaba segura.

Parecía sentirse atraída hacia el señor Archibald y cuando dio un pequeño paso más cerca de él, él no se apartó. No tenía idea de lo que iba a suceder a continuación, si él se acercaría más a ella o...

Pero entonces una voz llamó y rompió todo lo que se había estado construyendo entre ellos.

—¿Mi señora? ¿Está lista para marcharse?

—James —suspiró, y miró hacia la calle. El señor Archibald se aclaró la garganta, y ella se volvió hacia él, forzando una pequeña sonrisa educada en su rostro.

—Le pido disculpas, señor Archibald —dijo con arrepentimiento—. No debería haber intentado engañarlo.

—No, no debería haberlo hecho —estuvo de acuerdo, pero luego inclinó ligeramente la cabeza—. Y sé que prometí mantenerme en silencio en su reunión. Sin embargo, me resulta difícil hacerlo cuando hay amenazas potenciales para su seguridad.

—Al menos sé que siempre puedo confiar en usted para eso —dijo, pasando a su lado y entrando en el carruaje, temerosa de quedarse y decir algo más.

CAPÍTULO 6



Afortunadamente, el duque nunca cuestionó a Matthew sobre dónde había llevado —o seguido, dependiendo de a quién se le preguntara— a Lady Juliana el día anterior. Matthew consideró ofrecer la información voluntariamente, pero decidió que, como no había habido mucho daño en la actividad, era de su mejor interés mantener una relación cordial con Lady Juliana.

Esta mañana, cuando Matthew llegó a Warwick House, curioso por saber adónde acompañaría a la dama hoy, la encontró de pie justo dentro de la puerta principal, con una expresión desconcertada en su rostro.

—Señor Archibald —lo saludó, girando la cabeza de un lado a otro como si estuviera vigilando algo... o a alguien—. Gracias por venir.

—Por supuesto. ¿Adónde nos llevarán nuestros viajes hoy?

Ella se mordió el labio inferior en una expresión que él había llegado a reconocer como la que hacía cuando no estaba contenta con lo que vendría a continuación.

—Resulta que —dijo, aclarándose ligeramente la garganta—, Lord Hemingway desea escoltarme en un paseo.

—Ya veo —respondió, incapaz de detener la punzada de celos que llenó su estómago. ¿De dónde demonios había surgido eso?—. ¿Y yo debo seguirlos como un perro?

Su comentario fue inapropiado; lo supo antes de que las palabras salieran de su boca y estuvo aún más seguro cuando la expresión de ella se transformó en una de consternación.

—No es así —dijo ella rápidamente—. Lord Hemingway vino de visita y pidió dar un paseo, y yo pensé... pensé que solo podía salir de casa si estaba con usted.

—Ya veo —dijo, echando un vistazo rápido para asegurarse de que no los estaban observando antes de acercarse más a ella—. Sin embargo, tengo una pregunta para usted.

—Por supuesto —respondió ella, su garganta moviéndose al tragar, sus ojos parpadeando de uno a otro de los suyos como si estuviera nerviosa.

—¿No le hace sentir tan segura como yo?

Sus ojos se agrandaron mientras Matthew daba un paso atrás, con una sonrisa maliciosa en el rostro, y no pudo evitar sonreír ante su falta de palabras antes de mirar hacia la puerta. Ciertamente no había manera de que pudiera mantener sus ojos en ella por más tiempo, no cuando lo miraba con los labios entreabiertos y los ojos verdes fijos en él. Era demasiado probable que se inclinara y tomara esos labios para sí mismo.

Lo cual, era muy consciente, era una fantasía que necesitaba enterrar profundamente dentro

de sí mismo o era probable que perdiera todo por lo que había trabajado tan duro.

—Señor Archibald —le siseó finalmente, pero antes de que pudiera revelar lo que estaba a punto de decir, sonaron pasos por el pasillo y un muy alegre Lord Hemingway apareció en la entrada del vestíbulo. No prestó atención a Matthew más allá de un breve asentimiento, ofreciendo su brazo a Juliana y dirigiéndose solo a ella. No es que Matthew estuviera sorprendido en absoluto. Era de esperarse.

—¿Salimos al exterior ahora? —preguntó Lord Hemingway—. Lleva un sombrero muy hermoso.

—Gracias, milord —respondió ella, mirándolo con una pequeña sonrisa mientras tomaba su brazo y salía por la puerta.

Miró hacia atrás a Matthew, y él no podía decir exactamente qué contenía su mirada. Habría esperado nada menos que irritación porque él la seguía en lo que se suponía que era tiempo a solas con su pretendiente, pero se preguntó si había algo más allí, un indicio de súplica.

Tal vez no disfrutaba de la compañía de Lord Hemingway tanto como debería una mujer de su posible marido. Lo que le trajo tanto alegría inesperada como también algo de tristeza. Si ella no tenía ningún deseo de estar en presencia del hombre, ¿por qué demonios entretenía un cortejo con él?

Matthew los siguió mientras caminaban lentamente por Piccadilly. Cualquier mirada dirigida a Lady Juliana por los transeúntes era solo de apreciación o potencial interés. Tenía un buen entendimiento de cómo funcionaba la sociedad. Al pasear por una de las calles de alta sociedad más conocidas de Londres, prácticamente estaría comprometida en las hojas de escándalos mañana.

Vio a Lady Juliana inclinar la cabeza y reír por algo que dijo Lord Hemingway, el sol brillando en la suave piel del arco de su garganta. Se preguntó qué tendría que decir para obtener tal apreciación de ella, y luego inmediatamente apartó el pensamiento de su cabeza. ¿Qué le importaba a él? Estaba aquí para velar por su seguridad, algo que no estaba haciendo de manera particularmente hábil, pues estaba demasiado concentrado en observarla y no el entorno que la rodeaba.

Era el recordatorio que necesitaba para examinar más de cerca sus alrededores. Era difícil considerar que pudiera existir una amenaza en algún lugar detrás de las verjas de hierro de los parques verdes o entre los edificios de ladrillo rojo. Aquí, ni un asomo de basura existía en las calles, no como en algunos de los barrios por los que estaba acostumbrado a caminar.

No es que fuera una revelación. Muchos de sus clientes provenían del barrio de Mayfair, sin confiar en la discreción de Bow Street, aunque Matthew mismo no tenía más que respeto por la organización.

Lo que lo hacía un misterio por qué de repente se veía tan afectado por la marcada diferencia entre este barrio y aquellos a los que él pertenecía. Quizás era Lady Juliana misma, por mucho que le asustara admitir ese pensamiento incluso para sí mismo.

Cuando finalmente llegaron a casa después de un paseo largo, aburrido y sin incidentes, Matthew se quedó al pie de las escaleras de Warwick House mientras esperaba a que Lord Hemingway se fuera. Era obvio incluso para Matthew que el conde estaba insinuando que lo invitaran a entrar para tomar un refrigerio, pero Lady Juliana estaba completamente inconsciente o intentando parecerlo.

—Fue un paseo tan agradable, Lord Hemingway —dijo ella, colocando una mano en su brazo en lo que Matthew estaba seguro que se suponía que era un gesto de amabilidad—. Muchísimas gracias.

—De nada, Lady Juliana —dijo Lord Hemingway con una amplia sonrisa—. Me complacería mucho hacerlo de nuevo pronto.

—Lo pasé muy bien —dijo Lady Juliana, y Matthew notó que nunca accedió específicamente a otra salida. El calor floreció en su pecho, y trató de sofocarlo, porque no debía tener ninguna emoción hacia esta mujer.

Se despidieron, y Matthew permaneció donde estaba, casi tan arraigado al suelo como el poste de ladrillo junto a él. Lady Juliana, sin embargo, no olvidó su presencia.

—Gracias, señor Archibald —le llamó, y él no tuvo más remedio que subir las escaleras para hablar con ella para que no pareciera demasiado una princesa llamando a uno de los que la servían, aunque esa era, esencialmente, la verdad de la situación—. Mis disculpas por desperdiciar su tarde.

—No se requieren disculpas —dijo él—. Usted permanece segura e ilesa. Eso es lo más importante y, de hecho, por lo que me pagan para asegurar.

—Supongo que es cierto —reconoció ella—. Pero le agradezco de todos modos.

Él asintió y se volvió para irse, pero no antes de que una pérdida temporal de cordura se apoderara de él.

—¿Qué ve en él?

—¿P-perdón? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos. Matthew no pudo evitar notar lo hermosa que se veía en ese momento, sonrosada en las mejillas por el aire libre y sus esfuerzos, su sombrero lo suficientemente torcido en su cabeza de cabello castaño rico que no parecía perfecto, con algunos mechones cayendo para enmarcar su rostro.

—Lord Hemingway. ¿Qué es lo que le hace desear casarse con él?

—Bueno, yo... —dijo, con las manos agitándose ligeramente frente a ella mientras parecía luchar por encontrar las palabras—. No estoy completamente segura todavía de si me casaré con él.

—Pero obviamente lo está considerando seriamente.

¿Por qué demonios continuaba con este discurso de conversación? Iba a hacer que lo despidieran.

—Sí, lo estoy —dijo débilmente.

Matthew se aclaró la garganta. —Supongo que me he involucrado en su seguridad, y me gustaría asegurarme de que este hombre pudiera cuidar de usted.

Qué sentimiento tan estúpido, se maldijo a sí mismo. Seguramente ella vería a través de sus palabras, palabras que nunca debería estar diciéndole.

—Creo que Lord Hemingway me proporcionaría las comodidades de la vida a las que estoy acostumbrada y también la capacidad de hacer lo que he anhelado durante algún tiempo.

Matthew no estaba seguro de que ella pudiera haberle hecho más daño si le hubiera clavado una hoja en el pecho, y no tenía idea de por qué sería posiblemente tan vulnerable a sus palabras. Su papel era cuidar de Lady Juliana y asegurar su seguridad; no estaba cortejando a la mujer.

Y, sin embargo, de alguna manera, ella se había abierto camino hasta su corazón, un lugar donde no pertenecía.

—Bueno. Supongo que si nada más él puede pagar a alguien para que cuide de usted —dijo Matthew, incapaz de detener el tono de malicia en sus palabras. Se dio la vuelta para irse antes de que su boca lo traicionara y dijera algo peor. Llegó hasta el pie de las escaleras cuando ella lo llamó.

—Señor Archibald, ¿está disponible mañana?

Él se volvió, consternado por la esperanza que brotó en su pecho ante la idea de que ella

pudiera querer verlo de nuevo.

—No, en realidad no lo estoy —dijo—. Su medio hermano pasa las tardes de los sábados en un pub en particular donde voy a encontrarme con él después de mi turno de la mañana aquí para tratar de conocerlo mejor. Si necesita algo, haré que el señor Green la acompañe. Es el siguiente mejor hombre para el trabajo.

—¿Mi medio hermano? —preguntó, sus ojos brillando con una luz que él había llegado a saber que significaba problemas—. Estoy muy interesada en saber más sobre él.

—Me aseguraré de proporcionar a su hermano toda la información que aprenda.

—Me gustaría mucho conocer a este Dr. Lewis.

Matthew le dirigió una mirada. —Ciertamente no lo conocerá.

Ella puso las manos en las caderas. —¿Quién es usted, otro de mis hermanos?

Matthew mantuvo su mirada en ella mientras subía lentamente las escaleras, sus pasos depredadores a medida que se acercaba. Ella mantuvo los hombros cuadrados y su postura fuerte mientras lo esperaba, el aire tan cargado entre ellos como siempre parecía estar cuando estaban solos.

Extendió su brazo, su dedo índice llegando debajo de su barbilla y le inclinó la cabeza para que lo mirara. Matthew siempre había estado asombrado por la riqueza que poseía el duque y su familia, sin entender por qué tan pocas personas necesitarían tal extensión de tierra. Pero por una vez, se alegró de que la casa estuviera detrás de una pared y una verja, porque significaba que ningún transeúnte podía mirarlos con interés.

—Soy muchas cosas, Lady Juliana —dijo con fiereza—. Pero una cosa que ciertamente no soy es su hermano.

Y con eso —y un momento que más tarde atribuiría a la locura temporal— inclinó la cabeza y tomó sus labios con los suyos.

Esperaba que ella retrocediera, que colocara las manos sobre su pecho y lo empujara hacia atrás, quizás abofeteándolo en la cara como lo había hecho el día que había tratado de enseñarle a defenderse.

Por eso fue completamente tomado por sorpresa cuando ella se estiró y agarró las solapas de su chaqueta, atrayéndolo más cerca de ella.

Su beso era inexperto, pero su entusiasmo no lo era mientras presionaba sus labios con más fuerza contra él, y él no pudo evitar trazar la costura de sus labios con su lengua. Ella se abrió a él, y él deslizó su lengua dentro, acariciando ligeramente la suya con la de él. Ella sabía dulce, como té y galletas, y por un momento se preguntó si alguna vez tendría suficiente de ella.

Pero esta única prueba tendría que ser suficiente.

Una voz sonó desde dentro de la casa y aunque Juliana no pareció escucharla, Matthew le agarró las muñecas mientras se alejaba de ella y lentamente la empujaba.

Pero ella no huyó. Se quedó de pie y lo miró fijamente, tan fijada en él como él lo estaba en ella.

—Eso... fue... —comenzó, pero él terminó la frase antes de que ella pudiera.

—Algo que nunca volverá a suceder.

CAPÍTULO 7



Para Juliana, el beso lo había sido todo. Sorprendente, maravilloso, apasionado, todo lo que jamás hubiera podido desear.

Sabía que debería haberlo rechazado. El Sr. Archibald había escogido bien el momento, cuando estaban a solas, pero era un hombre que trabajaba para su familia, un hombre con quien ella sabía que nunca podría tener nada serio. No solo eso, sino que cualquiera podría haberlos visto, allí de pie en la entrada de la casa familiar de Londres. No, no se les podía ver desde la calle, pero ciertamente podrían ser vistos por cualquiera dentro de la casa que decidiera salir.

Sin embargo, nada de eso pareció importar en el momento en que sus labios descendieron sobre los de ella. Porque a pesar de todo lo que su cabeza le decía, su alma sabía que esto era todo lo que había estado esperando, todo lo que no se había dado cuenta de que necesitaba de un hombre. Y todo lo que sabía, en lo profundo de su corazón, que Lord Hemingway nunca podría ser.

Y entonces el Sr. Archibald la había apartado, sin querer saber nada más al respecto... ni de ella.

Un sentimiento de rechazo la abrumó, inundándola como una ola, que ella disipó tan rápido como había llegado, permitiendo que la ira ocupara su lugar.

—Usted fue quien me besó —dijo ahora, clavándole un dedo en el pecho, y los ojos de él se ensancharon con asombro ante su arrebato.

—Lo sé —dijo él, inclinando la cabeza como si estuviera avergonzado de sí mismo—. No debí hacerlo.

—Pero lo hizo. Y tengo la sospecha, Sr. Archibald, de que usted no hace nada sin razón.

Una emoción destelló entonces en sus ojos, una emoción que ella no podía identificar con exactitud.

—Lady Juliana, estoy aquí para hacer un trabajo. Me dejé llevar por el momento. Fue un error. Nunca debí aprovecharme de usted de esa manera.

Ella se acercó más hasta que su nariz quedó a apenas unos centímetros de la de él, pero esta vez no habría besos. Estaba demasiado molesta con él.

—No soy una mujer que permita que se aprovechen de ella, Sr. Archibald. Hago lo que me place —dijo antes de añadir—: dentro de lo razonable.

Él tomó aire rápidamente, cerrando los ojos por un momento antes de fijar de nuevo su mirada azul clara en ella.

—No quiero complicar las cosas, Lady Juliana —dijo, con voz baja, y ahora ella podía escuchar la verdad en sus palabras—. Debo pensar con la cabeza. Perdí el sentido por un momento. Puedo asegurarle que ahora estoy nuevamente centrado en lo importante y seguiré haciendo de su protección mi prioridad.

—Mi protección —resopló ella, al darse cuenta de que el beso había sido tan decepcionante para él que había podido "cambiar el enfoque" tan rápidamente—. Eso me fue arrebatado hace mucho tiempo.

—Había una diferencia entonces —dijo él, con la boca en una firme línea de determinación —. Yo no estaba allí.

Lo peor era que tenía razón. Mantenerla a salvo *era* lo que le pagaban por hacer. Pero también era lo que a sus otros hombres —el Sr. Green y un hombre al que llamaban Mouse y todos los demás— les pagaban por hacer.

Pero ella no sentía esto con ninguno de ellos. Este capullo de seguridad, la certeza de que sin importar qué pasara, mientras él estuviera allí, todo estaría bien.

Era como había dicho antes del paseo: nunca sentiría algo así con Lord Hemingway.

—Bueno —dijo ella, balanceándose ligeramente, permitiendo que sus faldas danzaran sobre los pies de ambos—, debería entrar antes de que mi madre venga a buscarme. Le veré mañana, Sr. Archibald.

—No mañana —dijo él, corrigiéndola, y ella asintió pero no respondió.

Porque ella estaría allí mañana, lo supiera él o no, le gustara o no.

* * *

—¿CÓMO estuvo la princesa hoy?

Matthew entró en sus oficinas y encontró a Mouse y Anderson esperándole.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —gruñó, volviendo a colocar las sillas en su sitio.

—No particularmente. Nos reunimos aquí antes de ir a Warwick House para nuestro turno —dijo Mouse, reclinándose en su asiento y apoyando los pies en el escritorio frente a él.

—Maravilloso —dijo Matthew secamente. Normalmente disfrutaba de la oportunidad de conversar con sus hombres, pero hoy no tenía ganas de analizar su tiempo con Lady Juliana. Ya lo haría bastante en su propia cabeza sin comentarios adicionales—. ¿Cómo va el caso Smithfield? ¿Ya pillasteis a la esposa en acción?

—No —dijo Mouse, negando con la cabeza—. Lo contrario, de hecho. Pip acaba de irse. Dijo que la señora pasó hoy visitando uno de los hospitales de expósitos con una parada en casa de la madre de su marido de camino a casa. Las notas están en tu escritorio.

—Interesante —murmuró Matthew mientras entraba en su despacho, recogiendo el papel que tenía delante, sacándolo y leyéndolo detenidamente. Parecía que este caso no iba a ser como inicialmente había parecido—. Le daremos otra semana y luego le proporcionaremos a Smithfield nuestro informe.

—Estoy de acuerdo —dijo Mouse antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa burlona de nuevo—. Me enteré de que también pasaste algún tiempo vagando por Piccadilly siguiendo a la princesa y a su pretendiente.

—Así es.

—No puedo decir que pensara verte de nuevo en ese papel.

—Parte del trabajo. Si el duque me paga para seguir a su hermana por Piccadilly, entonces por Piccadilly caminaré.

—Supongo que no estaría tan mal verla desde atrás todo el camino —intervino Anderson, y Matthew no pudo evitar el gruñido bajo que resonó en su garganta.

—No hablarás de Lady Juliana de esa manera.

Cuando sus palabras fueron recibidas con silencio, Matthew levantó la vista del papel y encontró a ambos hombres mirándole con asombro en sus rostros, y se encontró ofreciendo rápidamente una explicación.

—Su familia es nuestro cliente. Un cliente que nos está pagando una gran cantidad de dinero para vigilarlos y mantenerlos a salvo. No faltaremos el respeto a ninguno de ellos. Este es el tipo de negocio que necesitamos. ¿Entendido?

—Entendido —murmuraron ambos, aunque compartieron una mirada de complicidad antes de levantarse para dirigirse a Warwick House.

—Buenas noches, jefe.

—Buenas noches.

* * *

—¿ADÓNDE vas?

Juliana se detuvo con una mano en el pomo de la puerta. Hizo una pausa mientras intentaba determinar si sería capaz de mentir a su abuela, pero al final, sabía que la mujer vería a través de ella y decidió que la verdad era su mejor apuesta.

Era el día después de que el Sr. Archibald la había besado, pero estaba decidida a apartar eso de su mente y en su lugar considerar un asunto de mayor importancia: aprender más sobre su medio hermano.

Tomó aire y se dio la vuelta, agradecida de que su abuela estuviera sola. Juliana caminó rápidamente hacia donde ella estaba en la entrada del vestíbulo, deteniéndose frente a ella y mirando alrededor para asegurarse de que nadie estuviera al alcance del oído antes de comenzar a hablar, manteniendo su voz baja e intensa.

—El Sr. Archibald estuvo aquí vigilando la casa esta mañana y sé que ahora va a reunirse con nuestro medio hermano, el Dr. Lewis, y quiero aprender más sobre el hombre, pero el Sr. Archibald no quiere que le acompañe, y Giles y Madre nunca pueden saber que me he ido.

Se detuvo, mirando a su abuela con súplica. Lady Winchester ni siquiera pestañeó.

—No tardes en decirle al Sr. Archibald que estás con él, ¿entiendes? Así al menos podrá vigilarte. Y quédate cerca de él.

Juliana sonrió mientras una oleada de gratitud hacia su abuela la invadía.

—Absolutamente. Gracias, abuela.

Su abuela asintió enérgicamente. —No puedo decir que apruebe del todo, pero también sé que si tuviera un medio hermano del que acabara de enterarme, ciertamente querría aprender todo lo posible sobre él, especialmente si mi familia estuviera siendo amenazada. ¿Qué le has dicho a tu madre?

—Fue a visitar a una de sus amigas esta tarde. Conseguí evitar acompañarla alegando una jaqueca, y con suerte debería poder regresar antes de que ella lo haga. Le he dicho a mi doncella que estoy descansando y no deseo ser molestada, así que si mi madre regresa, esperemos que reciba el mensaje.

—Eres bastante sigilosa, Juliana.

—No pretendo serlo —dijo ella, sintiendo cierto remordimiento por ser engañosa, pero sin saber qué otra cosa hacer.

—Muy bien. No te detendré, ya que sé que si lo hiciera, simplemente encontrarías otra forma. Al menos es de día y estarás con el Sr. Archibald.

Juliana no pudo contenerse. Extendió los brazos y estrechó a su abuela en un rápido abrazo, provocando que su abuela soltara un leve "¡uf!" de sorpresa.

—Mejor me voy antes de perderlo —dijo, y luego con un gesto de despedida, salió corriendo por la puerta.

Todavía podía ver al Sr. Archibald calle abajo, y apresuró sus pasos mientras se apresuraba tras él. Se mantendría a una distancia desde la que pudiera llamarlo, para no ponerse en peligro. Solo podía esperar que si él la notaba, estarían tan lejos de la casa que no tendría más remedio que llevarla con él. Era consciente de que caminar sola era arriesgarse a la ruina, pero tendría que confiar en que nadie la notara. Esto valía la pena, pensó con determinación.

Redujo el espacio entre ellos a medida que se acercaban al barrio de Holborn. Estaba bien familiarizada con él, por supuesto, habiendo estado en casa de la Sra. Stone muchas veces antes.

Normalmente solo miraba por la ventana de un carruaje, no caminando al nivel de la calle.

Los pasos del Sr. Archibald eran rápidos, y ella tuvo que esforzarse para mantener el ritmo, más acostumbrada a los paseos tranquilos que a una caminata rápida con propósito. Finalmente, él se detuvo frente a un establecimiento que Juliana supuso era una posada, pero en la esquina había lo que parecía ser una taberna por el ruido que emanaba de la puerta cuando él la abrió. Se deslizó dentro y ella se apresuró tras él, deteniéndose en el umbral mientras permitía que sus ojos se ajustaran a la tenue luz.

Una chimenea blanca se erguía contra una pared oscura, mientras mesas y bancos bordeaban las afueras del establecimiento. El lugar estaba bastante concurrido para ser media tarde, no tan bullicioso como Juliana se había preparado para encontrar, pero ciertamente no era lo que estaba acostumbrada en una cena en Mayfair. Su boca se abrió mientras no podía evitar mirar y absorber la escena, que no se parecía a nada que hubiera presenciado antes. Y sin embargo, cuanto más observaba, más notaba que la gente seguía comportándose como... gente. Había grupos de hombres sentados juntos bebiendo y gritando con buen humor, e incluso había algunas mujeres entre la multitud, aunque Juliana se preguntaba si todas eran... escrupulosas.

Miró su propia vestimenta, agradecida de haber usado uno de los vestidos que normalmente se ponía para ayudar a Emma en el jardín, uno azul marino oscuro que esperaba le impidiera destacar, especialmente con su capa oscura cubriéndolo. Pero al sentir miradas sobre ella, supo que aunque las prendas no eran nuevas, eran de una calidad que la mayoría aquí tendría dificultad para permitirse, y seguramente sería objeto de miradas curiosas. Sería mejor encontrar al Sr. Archibald antes de que alguien más la encontrara a ella.

Buscó su cabeza que se alzaba por encima de la multitud pero tuvo dificultades para distinguirlo. ¿Estaría sentado? ¿Y qué hay de su medio hermano? ¿Sería capaz de reconocerlo entre la multitud? ¿Se parecería a ella o a sus hermanos?

Estaba tan perdida en sus pensamientos mientras sus ojos recorrían la sala que no notó a nadie detrás de ella hasta que fue demasiado tarde. Unas manos le rodearon los brazos, y ella se defendió, tratando de liberarse de su atacante, pero el hombre la tenía sujeta con demasiada fuerza como para zafarse.

La estaban secuestrando de nuevo.

CAPÍTULO 8



Matthew había estado tan concentrado en su misión de encontrar a este Hudson Lewis, medio hermano del Duque de Warwick y sus hermanas, que había pasado por alto completamente a la persona que lo seguía de manera tan obvia que resultaba vergonzoso.

Pero había sentido miradas sobre él cuando entró en la taberna, y no le resultó difícil escabullirse a un rincón y esperar a su sombra. No pudo apartar la mirada de ella cuando entró.

Ni tampoco pudo hacerlo ningún otro cliente.

¿Quién no la notaría? Destacaba entre cualquier multitud, ya fuera en Mayfair o en Holborn, o incluso si hubiera estado en las entrañas de St. Giles. Así era ella, una mujer diferente a cualquier otra.

Y una que le estaba causando bastantes problemas.

Debería haber estado alerta ayer cuando vio esa mirada en sus ojos. Tramaba algo. Parecía que acababa de descubrir exactamente qué era ese algo.

Se acercó por detrás, pensando en tomarla desprevenida y enseñarle las consecuencias de no obedecer sus órdenes. Cuando levantó las manos hacia sus brazos, anheló rodearla con ellos, sostenerla en su abrazo y no dejarla ir nunca, pues parecía que esa sería la única manera de mantenerla realmente a salvo.

Pero en el momento en que la tocó, ella se puso rígida de inmediato, y supo que estaba a punto de atacar. La sujetó con más fuerza, atrayéndola contra su pecho y deteniendo todos los movimientos que le había enseñado mientras se inclinaba y colocaba su boca junto a su oído.

—No vas a engañar al hombre que te enseñó todos esos movimientos, ¿verdad?

Ella jadeó y se dio la vuelta para mirarlo mientras él soltaba sus brazos. Levantó una mano y le dio un golpecito en el pecho.

—¿Por qué hiciste eso? ¡No tienes idea de cuánto me asustaste!

Él se rio por lo bajo, hasta que captó la mirada en sus ojos. Había sido más que una broma para ella. Estaba asustada, aterrorizada, en realidad.

—Lo siento —dijo, inmediatamente arrepentido—. Nunca quise asustarte.

—Pues lo hiciste —dijo ella, frotándose los brazos donde él la había sujetado—. Me recordó a... no importa.

—¿A cuando te secuestraron?

—Sí.

Por supuesto. Sabía que el evento la había afectado —lo haría con cualquiera, ciertamente—,

pero parecía que le había causado más angustia de lo que inicialmente había percibido.

—Te dije que te mantendría a salvo —dijo con intensidad—. Y lo dije en serio.

—Lo sé. Te creo —dijo ella con una confianza que lo reconfortó antes de que recordara por qué estaba en peligro hoy en primer lugar.

—Hay una manera perfecta de mantenerte fuera de problemas —no pudo evitar añadir.

—¿Cuál es?

—Quedándote en casa en una mansión amurallada con guardias que te protejan —dijo, entrecerrando ligeramente los ojos—. ¿En qué estabas pensando al venir aquí, y sola además?

—No estoy sola —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Estoy contigo.

Él suspiró, incapaz de evitar extender la mano y recorrer su brazo con ella. —No tengo idea de qué voy a hacer contigo —dijo con un suspiro—, pero parece que por hoy, al menos, no puedo dejarte ir a ningún lado sin mí.

Ella asintió, obviamente complacida de que su plan hubiera funcionado como esperaba. Y él, el tonto, estaba cayendo directamente en su trampa. ¿Qué le estaba haciendo esta mujer?

Le ofreció su brazo, que ella tomó con entusiasmo mientras la conducía entre las mesas, señalando con la barbilla hacia el extremo más alejado de la sala. —El Dr. Lewis está allí. Está con otros hombres, así que tendremos que tener cuidado sobre cómo lo abordamos. No es exactamente típico que una mujer esté aquí con un hombre a menos que esté... trabajando, pero tendremos que dar nuestras excusas por ti.

—¿Quién diremos que soy? —preguntó, mirándolo con ojos verdes en los que podría perderse. Sacudió la cabeza para liberarse del estupor que ella había puesto sobre él—. ¿Tu hermana?

—No —dijo inmediatamente. Eso nunca funcionaría. No si alguien notaba cómo la miraba. No podía evitarlo. Por mucho que tratara de negarlo, finalmente fue capaz de admitir que la deseaba con cada fibra de su ser. No es que fuera a actuar de nuevo sobre ello —eso había sido innegablemente insensato—, aunque eso hacía que el anhelo fuera peor.

—Tendrás que ser mi esposa.

No le gustó cómo brillaron sus ojos ante eso, ni cómo causó bastante emoción dentro de su propio corazón.

—Eso suena divertido. Nunca he sido esposa antes.

—Solo para reunirnos con el Dr. Lewis —dijo, esperando que ella escuchara la advertencia en su tono.

—Por supuesto.

Tomaron asiento en una mesa cerca de él, y vio cómo los ojos de Juliana seguían dirigiéndose hacia los hombres mientras trataba sin éxito de no mirarlos fijamente.

—¿Cuál es él? —siseó, y Matthew casi puso los ojos en blanco. Esta mujer no serviría como espía, de eso no había duda.

—El de la gorra marrón —murmuró Matthew mientras tomaba un sorbo de la cerveza que la camarera les había traído. Juliana miró la copa frente a ella con una mezcla de interés e incertidumbre, y Matthew no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios cuando ella se inclinó y la olió delicadamente.

—¿Qué es esto? —preguntó, empujando un mechón rebelde de cabello castaño detrás de su oreja.

—Cerveza.

—Ya veo.

—¿Has bebido cerveza antes?

—No.

—Ve despacio —fue todo lo que pudo ofrecer mientras se sentaba y esperaba el entretenimiento.

Ella no lo decepcionó cuando envolvió ambas manos alrededor de la gran taza y la llevó a su boca.

Tomó un sorbo rápido antes de que sus ojos se abrieran y tuviera que cubrirse la boca mientras obviamente se forzaba a tragarla. Vio cómo sus ojos se humedecían mientras intentaba no hacer una mueca.

—¿Qué tal está? —preguntó, ocultando su sonrisa detrás de su propia jarra.

—Es... diferente.

—Me lo imagino —dijo, admirando su valentía mientras ella se inclinaba e intentaba una vez más. Esta vez pareció ser un poco más fácil, aunque imaginaba que estaba lejos de las bebidas dulces y azucaradas de sus eventos en Londres o el fino vino que se servía en la mesa del duque.

Había tres hombres con Lewis, y Matthew se preguntó cómo iban a acercarse a él.

Sabía un poco sobre él por los datos proporcionados por Owen, que lo había estado observando durante algún tiempo. El hombre era soltero y vivía solo cerca de allí.

—¿Tienes algo mal? —preguntó Matthew a Juliana en voz baja. Sus ojos se agrandaron mientras se recostaba en su asiento, dejando la cerveza sobre la mesa frente a ella.

—¿Qué quieres decir con eso? Supongo que se podría decir que tengo muchas cosas mal. En cuanto a *qué* está mal, dependería de a quién le preguntes.

—Me refiero a si tienes alguna dolencia. ¿Algo con lo que un médico pudiera ayudarte?

—No, no lo creo.

—Entonces tendremos que inventar algo.

Cuando uno de los hombres de la mesa contigua se levantó para unirse a un grupo diferente, Matthew vio su oportunidad y se inclinó hacia Lewis.

—¿Doctor? Es decir, ¿es usted médico?

Lewis se volvió y lo miró, y Matthew pudo ver inmediatamente el parecido del hombre con el duque. Las damas, Juliana y Prudence, se parecían más a su madre con su cabello castaño y ojos verdes, pero el duque —y este hombre— debían parecerse a su padre. Matthew tenía la sensación de que el parecido probablemente atormentaba al duque.

—Sí —dijo Lewis, su comportamiento cambiando instantáneamente de un hombre tomando una copa con amigos a un profesional—. ¿Ocurre algo malo?

—Mi esposa aquí tiene un malestar estomacal, y me preguntaba si tendría alguna idea de la causa o tal vez algunas recomendaciones. ¿Tendría un momento para sentarse con nosotros? Le pagaré por su tiempo.

Lewis se volvió hacia sus amigos y se disculpó antes de tomar asiento junto a Lady Juliana, frente a Matthew. Los ojos de Lady Juliana se agrandaron mientras miraba tanto fascinada como nerviosa ante la idea de estar sentada junto a un hermano que nunca había conocido.

—Haré lo que pueda para ayudar, pero probablemente sería mejor que visitaran mi consultorio o que me llamaran —dijo Lewis—. Estaría mucho mejor preparado.

—Lo entiendo, y lo siento, doctor. De verdad —dijo Matthew con una sonrisa tímida, mientras notaba que Lady Juliana todavía no podía dejar de mirar al hombre con curiosidad indisimulada. Le dio un golpecito con el pie por debajo de la mesa, esperando que entendiera que debía parar—. Es solo que mi esposa tiene un poco de dolor y ha tenido algunos problemas últimamente. No estoy seguro de qué hacer.

—Muy bien —dijo Lewis, mirando ahora a Lady Juliana, y ella le devolvió la mirada—.

¿Cuál parece ser el problema? ¿Tiene otros síntomas?

—Ah... —comenzó ella, mirando a Matthew en busca de ayuda, y él asintió animándola. Era ella quien quería estar aquí. Ahora tendría que ayudarlo lo mejor que pudiera—. S-sí, tengo malestar estomacal. Va y viene. Y estoy muy cansada. Todo el tiempo.

—Ya veo —dijo Lewis, sin revelar emoción alguna—. ¿Algo más?

—Ummm... —dijo, golpeando con los dedos sobre la mesa en una muestra de nerviosismo —, eso es casi todo.

—¿Cuándo fue su último período?

—¿Perdón? —preguntó Lady Juliana, sus mejillas tornándose rosadas.

Lewis le dio una palmadita en el hombro como lo haría un abuelo con su nieta en señal de comprensión.

—Solo pregunto porque estoy tratando de determinar si la respuesta obvia es la correcta. Los síntomas que está describiendo son a menudo los que una mujer sentiría si estuviera encinta.

Si era posible, las mejillas de Lady Juliana se volvieron aún más rojas, y a Matthew le costó todo su esfuerzo no estallar en carcajadas mientras ella lo miraba con desesperación. —Ah, ya veo —logró decir—. Sí, s-supongo que podría ser el caso.

—Bien, felicidades a ambos —dijo Lewis, extendiendo la mano por encima de la mesa y estrechando la de Matthew. Matthew dejó que una sonrisa cruzara su rostro, pues debería estar tan complacido como cualquier futuro padre, ¿no es así? A decir verdad, la idea de tener un hijo con Juliana... bueno, no era tan absurda como habría pensado. De hecho, era bastante... interesante.

—Gracias —dijo Matthew, metiendo la mano en el bolsillo para sacar un chelín—. ¿Es suficiente por su tiempo?

Lewis levantó una mano, rechazándolo. —No es necesario. No fue nada.

—Insisto.

—Absolutamente no.

—Permítame invitarle una bebida, entonces.

—Muy bien —dijo Lewis, antes de volverse hacia Lady Juliana de nuevo—. Ambos son bienvenidos a venir a verme de nuevo si es necesario, aunque les sugeriría que están mejor con una comadrona que sepa mucho más sobre estos asuntos que yo. Si necesitan alguna sugerencia, por favor díganmelo y estaré encantado de proporcionarles algunos nombres.

—Sería encantador —dijo Lady Juliana, el rosa de sus mejillas habiendo disminuido, para ser reemplazado por cierta calidez en su rostro mientras miraba al hombre que, aparentemente, era su hermano—. Es usted muy amable.

Lewis sonrió. —Me esfuerzo por serlo.

Miró a Matthew ahora.

—¿Cómo supo que era médico? No creo haberlo conocido antes.

Matthew se encogió de hombros. —Corren rumores. Ya sabe cómo es.

—Lo sé. Creo haberlo visto por aquí, aunque nunca hice su conocimiento.

Matthew asintió. Pensó en darle al hombre un nombre falso, pero luego decidió que era mejor no hacerlo. Habiendo vivido toda su vida en Holborn, no pasaría mucho tiempo hasta que Lewis descubriera su verdadera identidad.

—Matthew Archibald —se presentó—. Usted no es de por aquí, ¿verdad, Dr. Lewis?

—En realidad no —dijo Lewis—. Crecí en un pueblo no muy lejos de Londres hasta que vine aquí para mis estudios. Me he quedado desde entonces.

—¿Le gusta aquí? —preguntó Lady Juliana, interviniendo, todavía obviamente fascinada por

el hombre—. ¿En comparación con su lugar de origen?

—Supongo que es ciertamente un mundo diferente —dijo Lewis, con los ojos algo distantes —. En un pueblo pequeño, todos te conocen. Aquí eres más anónimo, lo que puede ser tanto reconfortante como aislante.

Matthew se preguntó cuánto había afectado a la infancia de Lewis el haber nacido bastardo, especialmente en un pueblo donde no se podía ocultar el hecho de que no tenía padre.

—Bueno, me alegra que esté aquí —dijo Lady Juliana, inclinándose hacia él—. Es usted un activo para Londres.

Aparentemente, Lady Juliana había tomado su decisión sobre si confiar o no en su medio hermano. Aunque Lewis parecía una buena persona, Matthew todavía era cauteloso. También era por eso que había querido conocer a Lewis él mismo primero: tenía la sensación de que ninguno de los hermanos podría ser particularmente imparcial. Especialmente Lady Juliana.

—Estaba a punto de comer —dijo Lewis—. ¿Les gustaría acompañarme?

—¿Por qué no? —dijo Matthew, ansioso por aprovechar cualquier oportunidad para conocer mejor al hombre. Su madre no estaría contenta cuando apareciera en la cena familiar con el estómago lleno, pero a veces un hombre tenía que hacer lo que tenía que hacer.

Vio a Lady Juliana comenzar a negar con la cabeza desesperadamente, y se preguntó qué le molestaba, pero no podía ayudarla. Ella era quien había querido acompañarlo.

Matthew hizo una señal a la camarera, diciéndole que querían el almuerzo especial. Ella asintió y pronto regresó con tres platos.

Fue entonces cuando Matthew se dio cuenta de por qué Lady Juliana no había querido quedarse. Miró la comida con la cara ahora verde. Interesante, cómo prácticamente un arcoíris de colores había cruzado su rostro hoy.

Siguió su mirada hasta su plato, donde una pierna de cordero le devolvía la mirada. Ella miró a Matthew y él se preguntó si estaba a punto de vomitar.

—No puedo comer esto —dijo en un susurro fuerte. Matthew abrió la boca para animarla, pero Lewis habló primero.

—Otra señal de que está encinta —dijo amablemente—. La comida que normalmente resulta apetitosa de repente pierde todo su atractivo.

Juliana asintió antes de mirar a Matthew, su rostro todavía retorcido de náuseas. —Por favor, llévatelo.

Él asintió, moviéndolo a su lado de la mesa. Tomó su cuchara y transfirió todos los guisantes en salsa de su plato al de ella mientras tomaba su carne. —¿Cómo te parecen los guisantes, querida? —preguntó, y ella asintió agradecida.

—Mucho mejor.

—Ahí tienes, entonces —dijo, pasándole el plato, sintiéndose casi como un verdadero esposo por su capacidad para cuidarla, incluso en algo tan minúsculo.

Lo cual era bastante aterrador, en efecto.

CAPÍTULO 9



Pasaron el resto de la comida conversando con relativa comodidad, y Matthew se sorprendió de lo mucho que realmente le agradaba Lewis. Al final, se sentía bastante inquieto por engañarlo, aunque se recordó a sí mismo que estaba haciendo un trabajo, no haciendo un amigo, a pesar de que sería fácil hacerlo con Lewis.

También notó que, aunque Lewis hablaba con facilidad y sin malicia alguna, tampoco les proporcionaba mucha información sobre sus antecedentes, aunque les contó que había estudiado en St. Bart's, lo que no habría sido posible sin un buen respaldo financiero, lo que le llevó de vuelta a la razón misma por la que conocían la existencia de Lewis. El duque había encontrado pagos en los libros de contabilidad de su padre a una señora Lewis que se habían realizado regularmente durante años, pagos que ella obviamente había ahorrado para la educación de su hijo. Se preguntó cuánto sabría Lewis sobre ellos.

—Bueno, es mejor que nos vayamos —dijo finalmente Matthew, poniéndose de pie y ofreciendo su brazo a Lady Juliana. Insistió en pagar la comida, diciéndole a Lewis que esperaba verlo de nuevo. Lewis sonrió y asintió, les deseó suerte una vez más y se despidió.

Mientras Matthew salía de la taberna con Lady Juliana del brazo, comenzó a preocuparse. Porque todo esto —una comida con una esposa y un amigo— parecía mucho más preferible que la verdad.

Lady Juliana se aferró al brazo de Matthew mientras salían de la taberna y empezaban a caminar por la calle de regreso hacia Mayfair. Estaba tan inmersa en sus emociones que pareció tardar un momento en darse cuenta de dónde estaban.

—¿Vives cerca de aquí?

—Así es.

—¿Tenías planeado volver a Warwick House?

—No.

—Entonces te estoy llevando muy fuera de tu camino —afirmó, y él se encogió de hombros.

—No te preocupes por eso.

Por supuesto, eso no pareció ayudar mientras ella fruncía los labios.

—El Dr. Lewis era un hombre encantador, ¿no crees?

Matthew la miró, observando cómo le brillaban los ojos, y ella le devolvió la mirada.

—¿Qué sucede? —preguntó, captando claramente el conflicto en sus ojos, y Matthew apretó los labios mientras su mirada se apartaba de ella y se fijaba en el camino frente a ellos.

—Lo que sucede es que tienes razón. Parecía un buen hombre. Si ese es el caso, significa que

no estoy más cerca de determinar quién está amenazando a tu familia.

—Debo decirte, Sr. Archibald, que me enorgullezco de ser bastante buena juez de carácter, y simplemente no creo que el Dr. Lewis pudiera haber sido quien me secuestró o quien intentó matar a Giles. Es médico. Cura a las personas. Y era tan amable y afable. Simplemente no es posible.

Matthew se detuvo, llevando a Lady Juliana hacia un lado del camino, con las manos en sus antebrazos para mantenerla cerca de él y fuera de peligro.

—Sé que lo estás viendo como familia, y parece un buen hombre. Pero debemos mantenernos imparciales. He visto a muchos hombres que parecen buenos hacer actos impensables por razones que no podemos comprender. Solo... no quiero verte decepcionada, mi señora.

Ella asintió, aunque él podía ver la consternación en su rostro. Odiaba causarle cualquier angustia, pero también sabía que era mejor que estuviera preparada. Ella se acercó más a él, inclinando su rostro hacia el suyo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Tengo la sensación de que lo harás sin importar cómo responda.

—Por favor, no me llames mi señora, ni siquiera Lady Juliana. Cuando estemos solo los dos... Juliana será suficiente.

Ella bajó la mirada de repente, pero no antes de que él captara el ligero rubor que cruzaba sus mejillas.

—No estoy seguro de que sea prudente.

—Tal vez no —dijo ella, con la mirada fija en algún punto en medio del pecho de él—. Pero siento que hemos pasado por mucho juntos, y parece... correcto.

Él quería decirle que no, alejarla de él lo más posible, antes de que cualquiera de los dos se dejara llevar por alguna emoción que no llevaría a ninguna parte. Pero no parecía estar en él negarle algo en ese momento.

—Muy bien —dijo con un breve asentimiento—. Matthew estará bien, cuando estemos solos. Y solo entonces.

Ella asintió. —Gracias, Matthew.

Entonces su corazón respondió a su sonrisa, y fue en ese momento cuando supo que estaba en problemas.

* * *

JULIANA ERA CONSCIENTE de que Matthew probablemente ni siquiera se daba cuenta de que sus manos se habían tensado en sus brazos. Deseaba que la estuviera sujetando por una razón completamente diferente, pero disfrutaría del momento por lo que era.

Hasta ahora, había sido la tarde más maravillosa. Había conocido al hermano cuya existencia ni siquiera conocía hasta hace poco tiempo, y parecía amable y caballeroso, y quería creer en él. No había hecho nada malo más que ser engendrado por el mismo padre que ella. Probablemente ni siquiera sabía que había sangre noble en sus venas.

En cuanto a Matthew... se aseguraría de que no se arrepintiera de la cercanía que había crecido entre ellos. Sabía que esta conexión era imposible, pero no podía evitar su necesidad de explorarla, de entender por qué era tan fuerte con él y con nadie más.

De repente, él miró a su alrededor como si acabara de darse cuenta de dónde estaban y que tenía que llevarla a casa, y comenzó a apurarla. Sin embargo, antes de que avanzaran mucho, ella

escuchó una voz que llamaba su nombre, y Juliana se volvió hacia el sonido mientras él intentaba continuar como si no hubiera oído nada.

—¿Matthew? —dijo, tirando de su brazo mientras él seguía caminando—. Matthew, creo que esa mujer te está llamando.

Una mujer estaba de pie fuera de la entrada de una de las pequeñas casas adosadas, con un bebé sujeto en uno de sus brazos mientras el otro se agitaba salvajemente hacia ellos.

—¡Matthew, espera un momento! Saldremos en seguida. ¡Tom, ven, Matthew está aquí!

Juliana se volvió hacia Matthew, que ahora parecía resignado mientras permanecía de pie mirando la puerta del edificio, con las manos en los bolsillos.

—¿Los conoces?

—Sí —dijo él—. Es mi hermana.

—Oh, qué maravilloso —dijo Juliana con alegría, ansiosa por conocer a un miembro de la familia de Matthew. Sentía que él sabía absolutamente todo sobre ella mientras ella apenas sabía algo sobre él. Esperó con anticipación mientras la mujer y su familia se acercaban.

—Matthew, estoy tan contenta de que hayas pasado por nosotros —dijo la mujer. Se parecía a Matthew, con el pelo del mismo tono arenoso, recogido hacia atrás mientras hacía malabarismos con el bebé, que parecía tener unos seis meses, en sus brazos. Sonrió ampliamente a Juliana.

—Soy Betsy. La hermana de Matthew.

—Es un placer conocerte —dijo Juliana con entusiasmo—. Soy J-Juliana.

—Igualmente encantada de conocerte, Juliana —dijo Betsy—. Este es mi esposo, Tom, y nuestro bebé, Andrew.

—Es tan dulce —dijo Juliana, pero antes de que pudiera continuar, Matthew se interpuso entre ellas.

—Estaba llevando a Juliana a casa, y luego me reuniré con vosotros —le dijo a Betsy—. Dile a Madre que disculpe mi tardanza.

Juliana lo miró consternada. —¿Te estoy impidiendo cumplir con un compromiso?

—Solo cena con mi familia.

—Deberías unirte a nosotros —sugirió Betsy, y Juliana respondió con un—: ¡Me encantaría! —justo cuando Matthew gruñía—: Absolutamente no.

—No pretendo entrometerme, pero si soy bienvenida, estaría muy interesada en acompañarlos. —Se detuvo mientras su rostro se calentaba de nuevo, y lamentó sus mejillas pálidas y su propensión a mostrar cada emoción—. Es decir, si se me invita.

—Por supuesto. Los invitados siempre son bienvenidos en la mesa de mi madre —dijo Betsy, pero Matthew, por supuesto, ya estaba negando con la cabeza.

—No estarías interesada —dijo—, y tu familia se preguntará dónde estás.

Juliana puso las manos en sus caderas.

—Por el contrario. Estaría muy complacida de conocer a tu familia y compartir una comida. Enviaré una nota a mi hermano diciéndole que tengo un compromiso para cenar, si es que le interesa, ya que probablemente estará preocupado con Emma. Está embarazada y Giles es muy atento. Además, Emma inventará una excusa por mí si es necesario, siempre que sepa que estoy a salvo, lo cual estoy, porque estoy contigo. Mi madre y mi hermana están fuera esta noche, así que ni siquiera lo notarán. —Decidió que Matthew ya no tenía derecho a opinar en esto y se volvió hacia Betsy—. ¿Qué tan lejos tenemos que ir?

Betsy parecía estar disfrutando bastante de su intercambio.

—No está nada lejos. A la vuelta de la esquina. Madre estará *muy* emocionada de conocerte.

Juliana lanzó una mirada a Matthew, que parecía bastante afligido, pero parecía haber aceptado el hecho de que no había mucho que pudiera hacer sobre la situación ahora que Betsy y Juliana habían avanzado. Juliana vio a Tom darle una palmada en el hombro en señal de solidaridad, y tuvo que reír incluso mientras se preguntaba si esta era la mejor de las ideas.

Pero estaba demasiado interesada en lo que le esperaba para cuestionarlo más.

Betsy charlaba amablemente con ella sobre todo y nada mientras recorrían la amplia calle y doblaban la esquina hacia una calle mucho más estrecha con puertas bastante cercanas entre sí. Matthew no dijo nada en absoluto hasta que llegaron a una pequeña casa en la esquina, que se veía notablemente bien cuidada y bastante cómoda. No llamaron a la puerta, sino que Matthew entró directamente. Con solo la más leve de las vacilaciones, Juliana pasó delante de él cuando le sostuvo la puerta, solo para ser recibida por una cacofonía de olores y voces.

—¡Aquí estáis!

Una mujer alta y majestuosa empuñando una cuchara de madera se acercó a la entrada para saludarlos. Abrazó a Betsy, besó al bebé, dio unas palmaditas a Tom y golpeó ligeramente a Matthew, todo aparentemente en un solo movimiento antes de que sus ojos se posaran en Juliana.

—¿Y quién tenemos aquí?

—Juliana —dijo, presentándose cuando parecía que Matthew había perdido la voz—. Espero que no le importe que me haya autoinvitado a su casa.

—Tonterías —dijo Betsy, haciendo un gesto con la mano antes de caminar más adentro de la sala de estar de la casa—. Yo te invité.

—Eres bienvenida, querida —dijo la mujer, aunque obviamente estaba bastante interesada en saber cuál era la conexión de Juliana con cualquiera de sus hijos—. No te he visto por aquí antes y he vivido aquí toda mi vida. ¿Cuándo conociste a Betsy?

—Hace unos cinco minutos —dijo Juliana con una sonrisa—. Matthew me estaba escoltando a casa y Betsy y Tom nos encontraron por casualidad.

—Bueno, ciertamente me alegro de que lo hicieran —dijo con una cálida sonrisa, aunque obviamente tenía varias preguntas para su hijo, que estaba como una estatua taciturna detrás de ella.

Juliana se volvió hacia él. —¿Sería posible enviar la nota? Le diré a mi hermano que me he quedado con Lady Maria para cenar esta noche.

—Ciertamente has estado pasando mucho tiempo con Lady Maria —dijo con el primer signo de humor en su rostro desde que se habían encontrado con Betsy, y Juliana no pudo evitar reírse también.

—Supongo que tendré que visitarla y decirle que la he estado usando como excusa. No tengo idea si me ayudará o no, pues parece bastante terrible de mi parte, pero es mejor intentarlo.

Un hombre que debía ser el padre de Matthew entró y los saludó, tomando su capa.

—Sr. Archibald —saludó Juliana, y él descartó sus palabras con un gesto.

—Llámame Henry. Y bienvenida a nuestro hogar.

Matthew la condujo a la pequeña sala de estar, que estaba llena de personas que debían ser sus hermanos y sus cónyuges, mientras los niños jugaban con varias muñecas y otros juguetes de madera en el suelo frente a ellos. Era ruidoso, bullicioso y tan diferente de cualquier comida a la que Juliana hubiera asistido antes.

Le encantó.

—Sé que esto está muy lejos de Mayfair —murmuró Matthew en su oído, pero ella negó con la cabeza mientras una sonrisa florecía en su rostro.

—Esto es maravilloso —dijo, diciéndolo con todo su corazón. Ya podía notar que había tanto

amor en esta habitación, y acababa de entrar.

Cuando Matthew se fue para escribir y enviar su nota, Betsy la llamó con un gesto y dio unas palmaditas en el asiento junto a ella en el sofá gastado, pero cómodo. Los muebles estaban situados alrededor de una chimenea de ladrillo marrón, en la que ardía alegremente un gran fuego.

Betsy le presentó a su otra hermana Mary y a su esposo, Phillip, así como a otro hermano, George, y a su esposa, Sarah.

También le dijo a Juliana los nombres de unos seis niños en el suelo que iban desde un pequeño de unos dos años hasta un niño de unos siete, pero para entonces Juliana había perdido la capacidad de recordar qué nombre pertenecía a cada niño.

A pesar de la animada conversación a su alrededor, Juliana pudo sentir la presencia de Matthew cuando volvió a entrar en la habitación, y su cabeza se giró, buscándolo aunque no tenía la intención de hacerlo.

Sus ojos encontraron los de ella, y la intensidad en ellos era casi más de lo que podía soportar.

Parecía que su familia también lo notó, ya que Juliana se dio cuenta de que la conversación comenzó a disminuir a su alrededor.

Finalmente, su madre alivió la tensión anunciando la cena.

Juliana esperó para ver quién entraría a comer primero, porque seguramente todas estas personas no podrían caber en la cocina al mismo tiempo. Pero parecían tener su propio sentido del orden mientras alimentaban primero a los niños y luego los organizaban en un círculo en el suelo.

Todos se apiñaron alrededor de la mesa de madera que obviamente había estado presente durante muchos años para presenciar el crecimiento de la familia. Ocupaba casi la totalidad del comedor y las sillas estaban apretujadas lo más juntas posible, pero nadie parecía tener preocupación alguna.

Insistieron en que Juliana, como su invitada, fuera servida primero entre los adultos, y cuando ella extendió la mano hacia el plato, inmediatamente se puso tan nerviosa como lo había estado la primera vez en una cena social.

Afortunadamente, Matthew estaba justo allí a su lado, pasándole un plato y brindándole algunas sugerencias útiles sobre qué platos contenían carne y con cuáles se sentiría cómoda comiendo. Lo que, una vez que su familia se enteró, provocó una animada conversación.

—¿No comes carne? —preguntó Mary, con los ojos muy abiertos, y Juliana negó con la cabeza.

—¿Y las aves?

—¿Y el pescado?

—¿Y los huevos?

Las preguntas continuaron disparándose hacia ella, y Juliana no pudo evitar reírse de su curiosidad hasta que finalmente Matthew levantó las manos en el aire y les dijo a todos que ya era suficiente. Se calmaron una vez que los platos de todos estuvieron llenos del suministro aparentemente interminable de comida.

También parecía que a ningún miembro de la familia de Matthew le importaba qué utensilios usaba Juliana para comer o qué bebía —siempre que el vaso estuviera lleno frente a ella—, ni si comía rápido o lento o en algún punto intermedio.

La aceptaban tal como era.

Y Juliana no estaba segura de si alguna vez había estado más agradecida.

CAPÍTULO 10



Matthew no podía apartar la mirada de Juliana mientras ella estaba sentada con su familia. Había estado preocupado sobre cómo encajaría, qué pensaría de todos ellos, y si los miraría con desdén a ellos y a su estilo de vida, tan diferente del suyo.

Pero en cambio, parecía pertenecer a este lugar.

No sabía qué pensar al respecto.

Estaba sentada frente a él en la mesa, entre sus hermanas, quienes parecían haberla acogido como una más.

Estaba deslumbrante. A la tenue luz de las velas, sus mejillas estaban sonrosadas, ya fuera por el calor de la habitación o por la conversación a su alrededor, no estaba seguro. Mechones de su cabello castaño rozaban los lados de su rostro y sus labios rojos se habían curvado en una amplia sonrisa mientras se reía de algo que su hermano había dicho. Matthew había estado tan absorto observándola que ni siquiera había escuchado.

—Es maravillosa.

Matthew se volvió hacia su madre, quien estaba sentada junto a él con una sonrisa cómplice en su rostro.

—No es para mí —dijo con aspereza, sin mirarla a los ojos.

—¿Por qué dirías eso? —preguntó su madre, estudiándolo.

—Créeme —dijo él—. Somos de mundos diferentes. Yo no pertenezco al suyo, ni ella al mío.

—Me parece que está encajando perfectamente. Un poco extraña con eso de la carne, pero puedo pasar por alto eso.

Matthew resopló.

—Está cómoda por una noche, pero nunca podría ser más que eso —intentó ocultar su suspiro levantando su copa y dando un sorbo a la bebida—. Nunca la habría traído aquí, de verdad que no lo habría hecho, pero Betsy me vio acompañándola a casa e insistió. Juliana no pudo evitar querer venir.

—Sus ojos se mantienen en ti.

Él negó con la cabeza. No podía permitir que su madre elevara sus esperanzas.

—Sabes que solo quiero que seas feliz —dijo su madre, dándole una palmadita en la mano, y él no pudo evitar sonreírle.

—Lo sé —dijo, dejando caer algunas de sus reservas mientras su tono se suavizaba—. Y sabes cuánto te quiero por ello.

—Lo sé.

—Por favor, no pongas tus esperanzas en Juliana —dijo él—. No es la mujer para mí.

—Empiezo a creer lo contrario, pero me guardaré mis opiniones para mí misma, ya que claramente no las has pedido —dijo ella—. Por ahora, debes saber que ella es bienvenida aquí con nuestra familia cuando decidas traerla.

—Gracias, madre —dijo él en voz baja.

El resto de la velada pasó bastante rápido. Finalmente, Matthew pudo sacudirse la melancolía que se había apoderado de él. Suponía que su tristeza provenía del hecho de que su madre tenía razón. Juliana *parecía* pertenecer a este lugar, y había una parte de él que podía imaginarla haciendo su hogar con él, dejando todo atrás por la vida que él podría ofrecerle.

Pero era la hermana de un duque, se recordó. Nunca sería para él, y mejor que se acostumbrara a ello.

No tenía otra opción.

* * *

JULIANA FLOTABA de felicidad mientras caminaban a casa.

—Tu familia es maravillosa, Matthew —dijo, apretando su brazo. Él había estado reticente a acompañarla a casa solo en la oscuridad, pero no tenía muchas opciones.

—A veces pueden ser abrumadores.

—¡Para nada! —exclamó ella—. Has llegado a conocer a mi familia. Son adorables, pero no existe ese mismo sentimiento de... parentesco que tiene tu familia.

—Somos de mundos diferentes, eso es obvio.

—¿Qué importa eso? —preguntó ella, volviéndose hacia él—. Eso no significa que no podamos disfrutar pasando tiempo con personas nuevas para nosotros. Y yo *disfruté* pasando tiempo con tu familia. Me gustaría hacerlo de nuevo.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

Su mandíbula se endureció una vez más en esa mirada granítica, y ella suspiró, sabiendo que no iba a llegar muy lejos con él.

—¿Qué razón podría haber para que te acerques a ellos? —preguntó él.

—Porque me caen bien —dijo ella, preguntándose por qué estaba tan hosco. Decidió que ya había tenido suficiente. Se detuvo y se paró frente a él, con las manos en las caderas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, dándole un toque en el pecho—. Acabamos de tener una cena encantadora, y aquí estás siendo nada más que difícil.

Él miró por encima de su hombro como si no quisiera encontrarse con su mirada.

—Debes confiar en mí cuando digo que esto es por tu propio bien.

—¿Acaso no tengo la capacidad de decidir eso por mí misma?

Sus ojos azules finalmente se posaron en los de ella, y olvidó dónde estaba, lo que estaban haciendo, que había gente pasando junto a ellos.

—¿Quieres saber por qué?

—Es lo que te estoy preguntando.

—Bien —dijo él, y el control que siempre mantenía tan cuidadosamente pareció romperse—. No quiero que te acerques demasiado porque tú y yo no podemos *ser* nada juntos. Somos de mundos diferentes. Vas a casarte con Lord como-se-llame y no tendrías interés en dejar tu vida privilegiada para unirte a la mía. No veo qué beneficio habría en que pasáramos tiempo juntos,

en que te familiarizaras con mi *familia*, solo para que eventualmente nos separáramos. Uno de nosotros saldrá herido. Quizás ambos salgamos heridos. Sea lo que sea, es mejor detenerlo ahora, antes de que siquiera comience.

Cuando terminó, respiraba profundamente, y dio un paso atrás como si se hubiera sorprendido a sí mismo con su reacción. Juliana no pudo evitar extender una mano y deslizarla por el lado de su rostro.

—No me di cuenta de que te sentías así.

—No debería sentir nada hacia ti.

—Pero *sientes* algo —dijo ella, y el pensamiento la llenó de una calidez que florecía desde su pecho—. Pensé... pensé que te repelía.

—¿Por qué pensarías eso? —preguntó él con incredulidad.

—Me dijiste que el beso no podía volver a ocurrir. Pensé que había sido tan terrible que nunca querías repetirlo porque yo era demasiado inexperta y que te... repelía.

Él dio un paso hacia ella, envolviendo sus manos alrededor de sus hombros.

—*Nunca* pienses eso —dijo con fiereza—. Eres... increíble. Nunca te sientas de otra manera.

La esperanza surgió en el pecho de Juliana, y ella lo miró con picardía. —¿Entonces no fue un beso horrible?

—No.

—¿Te gustaría repetirlo?

Sus ojos pasaron de uno de los suyos al otro.

—No podemos.

—¿Por qué?

—Te dije por qué.

—Y yo te estoy diciendo que pase lo que pase, lo resolveremos cuando llegue el momento.

—Es fácil para ti decirlo.

—¿Por qué? —lo desafió—. ¿No entiendes que siento lo mismo que tú? ¿Que todo este tiempo me he preguntado qué me faltaba con Lord Hemingway y luego descubrí que esa pieza faltante está ahí cada vez que estoy contigo? Él es un hombre bastante agradable, pero hay muchos hombres agradables por ahí. Ni él ni nadie más me ha hecho *sentir* como tú lo haces. Como si encajáramos, como si hubiera una chispa entre nosotros imposible de negar. Explorémosla y veamos adónde nos lleva.

Sus ojos se cerraron por un momento y cuando los abrió y la miró, con su rostro acercándose al de ella, supo que lo había cautivado.

—Esta es una idea terrible —murmuró.

—Quizás.

—Realmente deberíamos detener esto antes de que siquiera comience.

—Eso dices.

—Pero...

Y entonces sus labios estaban sobre los de ella una vez más y Juliana se hundió en el beso, abriendo su boca para él, recordando todo de la vez anterior, mientras era nuevamente abrumada por las sensaciones que la inundaban. El sabor de él, como pastel después de la cena mezclado con un atractivo únicamente masculino; su aroma, como virutas de madera y almizcle; la sensación de sus fuertes músculos pectorales bajo sus manos y bajo su camisa y chaqueta.

Estaba tan envuelta en él que olvidó dónde estaban hasta que el silbido de un transeúnte los interrumpió y finalmente se separaron. Solo que no fue un salto de arrepentimiento. Fue una separación con una sonrisa en sus rostros por lo que acababan de compartir juntos.

Y esta vez, tenía la sensación de que volvería a suceder.

* * *

MATTHEW SIEMPRE HABÍA DISFRUTADO de su trabajo.

Pero las siguientes dos semanas con Juliana fueron de las más placenteras que podía recordar.

La acompañaba dondequiera que ella quisiera ir. Algunos de los eventos eran, por supuesto, bastante aburridos, pero la mayoría de lo que hacía era bastante admirable. Había reuniones en casa de la señora Stone, así como trabajo en su folleto. Juliana y Matthew pasaban una buena cantidad de tiempo en uno de los pequeños salones de Warwick House, donde Juliana amalgamaba toda la información que los otros miembros de su sociedad le proporcionaban mientras instruía a Matthew sobre los dibujos que necesitaría para acompañar las palabras.

Hacía tiempo que no realizaba ningún boceto o ilustración, y disfrutaba haciéndolo de nuevo, especialmente cuando Juliana parecía tan entusiasmada con su trabajo. Incluso Prudence había pasado algún tiempo con ellos, curiosa por lo que los mantenía ocupados. Matthew tenía la sensación de que su aprobación era difícil de obtener, por lo que agradeció cuando ella elogió su habilidad.

No recordaba haber completado una tarea como esta antes, y no estaba seguro si disfrutaba del trabajo, o si era el tiempo con Juliana, o ambos.

No olvidaba la amenaza contra su familia. ¿Cómo podría hacerlo, cuando todo lo que quería hacer durante cada momento de vigilia era mantenerla a salvo? Pero con la mayor parte de su atención centrada en Juliana, Matthew descubrió que tenía que confiar, por ahora, en sus hombres para continuar con el trabajo de seguimiento del caso en sí. Owen estaba investigando algunas pistas, pero hasta ahora habían determinado que tanto Hemingway como Lewis eran bastante inofensivos. Todavía los vigilaban, pero mientras tanto se habían centrado en el anterior duque y cualquier enemigo que pudiera haber tenido.

Lo que resultó ser una tarea monumental.

El actual Duque de Warwick casi no había podido parar de reírse cuando Matthew le preguntó si su padre tenía algún enemigo. El duque le dijo que la mejor pregunta era a quién *no* había insultado su padre de alguna forma durante su vida.

Lo que suponía un número considerable de sospechosos adicionales. Matthew tenía a sus hombres investigándolos, sin perderse sus pullas sobre cómo él vivía la buena vida mientras ellos hacían todo el trabajo duro.

Lo cual era parcialmente cierto.

—¿Me acompañarías mañana a Cheapside? —preguntó Juliana, mirándolo desde su escritorio al otro lado de la habitación.

—¿Cheapside? —dijo él frunciendo el ceño—. ¿Qué hay en Cheapside?

—Vamos a recorrer la zona, alimentando a perros callejeros y cuidando de su bienestar. Si alguno de ellos necesita ayuda que no pueda ser proporcionada en la calle, intentaremos llevárnoslo para darle los cuidados que necesite para sobrevivir.

—Ya veo —dijo Matthew, aunque en realidad no lo veía para nada—. ¿Y qué harás con los que necesiten ayuda?

—El vicario y su esposa han accedido a iniciar una especie de pequeño santuario para animales en el patio más allá de su iglesia. No será mucho, pero será un comienzo. ¡El vicario ya ha construido un pequeño edificio para los perros! Y si hay demasiados, bueno, supongo que

algunos de nosotros podemos llevarnos perros adicionales a casa.

La comisura de los labios de Matthew se crispó mientras se preguntaba qué tendría que decir el duque al respecto.

—¿Qué piensa tu hermano?

—Nunca le diría lo que tengo planeado —dijo Juliana horrorizada.

—¿No crees que se dará cuenta si apareces con un perro callejero a cuestas?

—Matthew —dijo Juliana sin pestañear—. A veces, cuando sabes que alguien no va a darte la respuesta que necesitas o quieres oír, es mejor seguir adelante y hacer lo que necesitas hacer y luego pedir perdón después.

—Ya veo —dijo él, recordando su aparición en el pub para reunirse con Lewis—. Tendré que recordar eso.

Ella asintió bruscamente y luego volvió al papel que tenía delante.

Matthew solo pudo sacudir la cabeza mientras volvía a su propio trabajo, preguntándose si alguna vez se cansaría de esta mujer.

CAPÍTULO 11



—¿Estás segura de que esto es una buena idea? —preguntó Prudence, observando a Juliana y su atuendo mientras esperaba en el vestíbulo a que Matthew llegara—. Sé que quieres ayudar y todo eso, y aprecio esa cualidad tuya, pero esto parece algo... extremo.

—Está perfectamente bien, Pru —dijo Juliana, colocando una mano en su hombro—. Abigail también nos acompaña, así que tendremos suficientes manos. Pero las tuyas siempre son bienvenidas.

Prudence negó con la cabeza, pareciendo afligida por la idea mientras miraba con simpatía a Abigail, que esperaba apoyada contra la pared.

—Sería más probable que alguna de esas criaturas me mordiera la mano.

Juliana puso los ojos en blanco. Prudence disfrutaba de los animales a su manera, pero también era mucho más tímida cuando se trataba de confiar en ellos.

—Te traeré un callejero para que sea tuyo.

—Por favor, no lo hagas. Giles tendrá una apoplejía, por no hablar de lo que pensaría madre.

—¿Qué pensaría madre? —Su madre apareció en la puerta y Juliana casi gimió en voz alta. Si Matthew hubiera llegado a tiempo, podrían haber salido de allí antes de que su madre notara algo.

—Madre pensaría que es un buen día para salir al aire libre —dijo Juliana, forzando una sonrisa—. ¡Será mejor que me vaya!

—¿Qué demonios llevas puesto? —dijo su madre, con los ojos muy abiertos al ver el atuendo que Juliana intentaba ocultar bajo su capa.

—Voy a dar una vuelta por los jardines y pensé que sería mejor no llevar nada que pudiera engancharse en alguna rama —dijo Juliana, lo cual era cierto. *Primero* iba a alimentar a sus animales. Tenía su bolsa de restos de cocina escondida bajo la capa. Hoy, sin embargo, iba a caminar por fuera de la valla para ver si podía tentar a alguno de ellos a acercarse a ella. Era muy consciente de lo sucias que probablemente quedarían sus ropas.

—Te veré pronto. ¡Buenas tardes!

Al divisar el perfil de Matthew, se deslizó por la puerta, casi olvidando a Abigail en el proceso, pero la chica, siempre vigilante desde que Juliana había sido secuestrada mientras ella observaba, rápidamente la siguió fuera de la puerta y bajó los escalones. Juliana deseaba poder saltar sobre el último escalón y caer en los brazos de Matthew, saludándolo con el beso con el que había soñado la noche anterior, pero tendría que seguir siendo un sueño por ahora. Saciarse de él con la mirada tendría que ser suficiente.

A veces casi no podía creer haber encontrado una conexión con semejante hombre. Sabía que él tenía razón cuando decía que nunca podría haber nada más entre ellos aparte de besos robados y miradas de anhelo, pero la impulsividad dentro de ella simplemente no podía apartarse de él. Cuando estaban separados, no deseaba otra cosa que volver a estar juntos. Esperaba sus encuentros diarios con una anticipación indescriptible, y aunque no deseaba que su familia estuviera en peligro, no podía evitar que una pequeña parte de sí misma estuviera agradecida de que hubiera una razón para que continuaran viéndose.

Solo tenía que asegurarse de que su familia nunca descubriera nada de esto o sabía que su madre pondría fin a todo rápidamente.

Juliana miró a Matthew de arriba abajo, deleitándose en el hecho de que obviamente no había usado su mejor ropa para el día.

—¡Vas a ayudar con nuestros esfuerzos!

Él la miró con cierta renuencia.

—No pude quitarme la sensación de que podrías necesitar ser rescatada hoy, así que me vestí en consecuencia.

No pudo evitar reírse de eso mientras el carruaje llegaba al frente de la casa. Permitió que Matthew la ayudara primero a ella y luego a Abigail a subir al carruaje, y luego extendió la mano por la puerta y la colocó en el pecho de Matthew antes de que se uniera a James en la parte superior.

—¿Le pedirías a James que rodee primero por detrás de Warwick House, por favor?

—¿Por detrás? —frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Aún no he alimentado a los perros hoy, y esperaba acercarme primero a ellos, para ver si vendrán a mí sin barrotes entre nosotros y si hay algo más que pueda hacer por ellos antes de continuar hacia Cheapside. ¿Cómo puedo ofrecer ayuda a perros desconocidos cuando no he hecho más por los que considero como propios?

—Muy bien —dijo Matthew antes de subir. Juliana había sugerido previamente que viajara en el carruaje con ella, pero él siempre se negaba, diciéndole que tenía una mejor vista de cualquier amenaza inminente cuando se sentaba arriba con James, el cochero. También sospechaba que él se mostraba reacio a ir donde sentía que no pertenecía, lo que ella no entendía del todo. Si ella y Abigail eran las únicas en el carruaje, ¿qué importaba lo que pensaran los demás?

Sin embargo, no lo presionó más sobre el tema, suponiendo que él tenía sus propias razones para tomar tales decisiones.

El carruaje dobló la esquina y Juliana sonrió cuando miró por la ventana y vio que sus perros ya estaban alineados a lo largo de la valla, esperándola. James detuvo el carruaje a unos pasos de distancia, y Matthew ayudó a Juliana a bajar del carruaje. Ella le pasó algunos trozos de pollo duro, que él tomó sin comentar, y ella consideró su silencio como aceptación para seguir con su plan.

Se acercaron a los perros lentamente, y Juliana extendió un brazo para detener el avance de Matthew antes de que se acercaran demasiado.

—No queremos asustarlos —susurró.

Él asintió en señal de conformidad y Juliana chasqueó ligeramente la lengua contra el paladar. Lucy se volvió primero, levantando su oreja derecha como solía hacer mientras que la izquierda permaneció donde estaba. Inclinó la cabeza en un confuso reconocimiento cuando vio que Juliana estaba parada en el mismo lado de la valla que ella. Juliana se arrodilló y extendió la mano, esperando que Lucy entendiera que no era una amenaza.

—Ven, chica —dijo suavemente—. ¿Te gustaría un poco?

Lucy dio un paso vacilante hacia adelante y luego otro, pero antes de que pudiera llegar hasta Juliana, otro perro, un bruto peludo y grande al que Juliana había llamado Max, se acercó corriendo junto a ella hacia Matthew. Matthew, desafortunadamente, no estaba sosteniendo la comida frente a él, sino que aún la tenía apretada en su mano cerca de su pecho. Max lo miró una vez y luego saltó sobre Matthew, derribándolo y colocando las patas sobre sus hombros antes de comenzar a olfatear sus manos en busca de comida.

Una vez que Juliana se dio cuenta de que Matthew no estaba herido, no pudo evitar soltar una risita ante su apuro, pero cuando se dio vuelta para buscar a Lucy y la encontró desaparecida, su sonrisa se desvaneció instantáneamente.

La perra se había asustado y no parecía estar a la vista por ninguna parte.

—Volveremos más tarde.

Matthew de alguna manera había encontrado su equilibrio y se había levantado sobre sus talones, pues ahora estaba arrodillado junto a ella, con su voz cálida y baja en su oído.

—Probablemente no estará aquí —dijo Juliana, sin poder evitar la melancolía en su tono—. Solo viene aquí a media mañana, y ahora podríamos haberla asustado para siempre.

—Lo dudo —dijo Matthew, colocando una mano reconfortante en su hombro—. Ella sabe que estarás aquí para ella, y no hicimos nada que la dañara de ninguna manera. Volverá.

Le dio una palmadita en el hombro una vez más como si no estuviera totalmente seguro de qué hacer con su mano, antes de ponerse de pie.

—Vamos —dijo, extendiendo una mano—, tenemos que salvar a los perros de Cheapside.

* * *

ERAN UN GRUPO TAN EXTRAÑO, reunidos todos juntos. Todos de edades, economías y formas de vida completamente diferentes.

Sin embargo, en cierto modo, Matthew era consciente de que tenían más en común que muchos grupos de personas que se reunían para situaciones más sociales.

Estaban armados con muchos restos de comida, así como algunas cuerdas para capturar a los perros si fuera necesario. Ninguno de ellos llevaba ningún tipo de arma, por lo que Matthew podía ver.

—¿Alguien trajo un cuchillo? ¿O una pistola?

Todos lo miraron como si hubiera sugerido que deberían usar las armas para dispararle allí mismo.

—Matthew —exclamó Juliana, dando un paso adelante y hablando por todos—, ¿por qué traeríamos armas? ¡Estamos aquí para *ayudar* a los animales, no para hacerles daño!

—En realidad estaba considerando más bien cómo podrían protegerse de cualquiera que intente detenerlos, aunque también es probablemente una buena idea tener algo de protección contra un perro que los considere una amenaza o el almuerzo.

—¡Matthew! —protestó Juliana, y él casi tuvo que poner los ojos en blanco ante su ingenuidad.

Supuso que por eso estaba él aquí.

—No te preocupes —dijo, comprobando que tenía su cuchillo en el cinturón, su pistola en la espalda y una daga en la bota.

Matthew suspiró resignado mientras el grupo comenzaba a dispersarse, mirando por los callejones laterales y en las esquinas entre los edificios, todos los lugares que él les habría dicho

que evitaran.

Debería haber traído más de sus hombres.

Pero, se dijo a sí mismo, además de Juliana, ninguno del resto era asunto suyo. Excepto que no podía evitar haber empezado a sentir una gran admiración por cada una de las personas que había visto en las reuniones durante las últimas semanas. Mantendría sus ojos en Juliana, pero eso no significaba que no haría todo lo posible para garantizar la seguridad de todo el grupo.

Juliana había formado pareja con la señorita Polley, quien seguía a Juliana con más timidez por la calle. Juliana tomó su brazo con exuberancia y la condujo a una pequeña plaza.

—Deberíamos encontrar una carnicería.

—¿Por qué una carnicería? —preguntó la señorita Polley, obviamente horrorizada—. Esos son precisamente los lugares que deberíamos estar *evitando*.

—Pero si fueras un perro hambriento, ¿adónde irías?

El rostro de la señorita Polley decayó en aceptación avergonzada, y se empujó las gafas hacia arriba de la nariz. Matthew tenía dificultades para imaginarla luchando con un perro callejero.

—Supongo que tienes razón. Pero ¿dónde vamos a encontrar una carnicería?

—Puedo ayudar con eso —dijo Matthew, dando un paso adelante—. Seguidme.

Solo podía esperar que pudieran ocuparse de esto con la suficiente discreción como para que nadie notara lo que estaban haciendo, y que Juliana y la señorita Polley pudieran evitar decirle al carnicero exactamente lo que pensaban de sus prácticas.

Porque eso tenía el potencial de enviar todo este plan por un camino que sería perjudicial para todos ellos.

Matthew no podía evitar admirar el coraje de Juliana. Aquí estaba la hija, ahora hermana, de un duque, entrando en una situación donde no tenía idea de qué esperar. Lo mínimo que podía hacer era asegurarse de que nadie, ya fuera humano o canino, se aprovechara de ella.

Matthew ya no seguía detrás mientras Juliana se dirigía al callejón más allá de la carnicería.

Ella había tenido razón. Había una manada de cuatro perros peleando actualmente por un cadáver de un tipo que Matthew no podía reconocer realmente, y parecía que su disputa estaba a punto de ponerse fea.

Mientras los observaba, había perdido de vista a Juliana que comenzaba a correr hacia ellos, probablemente para detenerlos, pero tenía la sensación de que solo iba a empeorar las cosas.

—¡Juliana! —gritó, corriendo tras ella, lo que por supuesto alertó a los perros de su presencia. Uno levantó la cabeza y comenzó a gruñirles, y Juliana detuvo su ya ralentizado paso, lo que permitió a Matthew alcanzarla. Colocó una mano en su brazo para detener su avance.

—Cuidado —dijo, y cuando ella asintió en señal de comprensión, se dio cuenta de que ya estaba disminuyendo la velocidad, sabiendo cómo abordar la situación.

—Deberíamos irnos —añadió, pero ella negó con la cabeza.

—Mira ese, está cojeando —dijo, señalando—. Y el marrón y blanco obviamente ha estado en algún tipo de altercado.

Metió la mano en la bolsa que llevaba y sacó restos de comida, lo que comenzó a alertar a los perros, que levantaron sus cabezas y olfatearon el aire. Matthew extendió la mano.

—Déjame hacerlo —dijo, y ella abrió la boca para discutir, pero él la miró con una mirada que le decía que no escucharía disidencias en esto.

—Déjame, Juliana —repitió—. Así podemos lograr tu objetivo sin que yo tenga que venir a rescatarte.

—Está bien, puedes llevar la comida —dijo ella—. Pero voy a caminar contigo.

—Muy bien.

Ella, al menos, se mantuvo un paso detrás de él mientras se acercaba a los perros. Los dos que habían estado peleando por los huesos se acercaron a él con interés mientras que los otros dos se mantuvieron atrás con mucha más timidez. Matthew colocó restos en ambas manos y las extendió hacia los dos perros más valientes, que habían comenzado a avanzar poco a poco.

—Tienes razón —murmuró a Juliana—. Este de aquí, el negro, tiene algo mal en la pata.

—Intentaré ponerle una férula —dijo ella—. El señor Livingstone nos mostró cómo hacerlo.

Matthew no cuestionó lo que un cirujano humano sabría sobre el tratamiento de un perro, pero supuso que el hombre sabría más que la mayoría de las demás personas.

—Sigue alimentándolo —susurró Juliana en su oído mientras extendía la mano y acariciaba tentativamente al perro. El perro la miró con cierta desconfianza pero no se alejó.

Se inclinó y colocó la férula junto a la pata del perro antes de comenzar a envolver el vendaje alrededor. El perro se estremeció y Matthew estaba listo para interponerse entre él y Juliana, pero el animal no hizo ningún movimiento para atacarla.

—Ya está —dijo Juliana después de lo que pareció una eternidad pero que en realidad solo fueron unos momentos—. Terminado.

Se sentó sobre sus talones, obviamente complacida con sus esfuerzos. El perro miró hacia abajo e inmediatamente intentó comerse el vendaje.

—¡No, no hagas eso! —exclamó Juliana, pero antes de que pudiera hacer nada más, el perro se alejó trotando, probablemente para seguir trabajando en el vendaje hasta que lograra eliminarlo con éxito.

El otro perro se quedó allí sentado y los miró como si esperara más comida. Obviamente había pasado por bastante en su vida, y antes de que Matthew pudiera detenerla, Juliana estaba arrodillada a su lado y acariciando su cabeza.

—Eres bonito, ¿verdad? —le arrulló al perro que podría ser llamado de muchas maneras, pero bonito no era una palabra que Matthew usaría para describirlo.

—Podrías venir con nosotros al santuario del Padre Abbot. ¿Qué te parece?

—¿Y si pertenece a alguien? —preguntó Matthew, pero inmediatamente se arrepintió de la pregunta por la mirada que Juliana le lanzó.

—Si pertenece a alguien, entonces obviamente no están cuidándolo lo suficientemente bien como para merecer conservarlo. Parece que ha sido utilizado como perro de pelea.

Eso pareció decidirla.

Deslizó la cuerda alrededor del cuello del perro, y todos se sorprendieron cuando el perro obedientemente caminó detrás como si entendiera que esta era la mejor ruta para él.

Matthew solo pudo seguir detrás de ellos, listo para intervenir si era necesario.

Pero parecía que en esto, Juliana podía defenderse por sí misma.

CAPÍTULO 12

—Diría que fue un día bastante exitoso —comentó Juliana, con las manos en las caderas mientras observaba a los perros que estaban cargados en la parte trasera del carro que el Padre Abbot había traído para transportarlos a su santuario.

Hasta ahora, ninguno se había peleado con otro —ni personas ni caninos— y ella esperaba que siguiera siendo así.

Se sentía algo reconfortada por Matthew, quien se mantenía a su espalda, vigilando con cautela por si alguien pudiera objetar que se llevaran a un perro que consideraran suyo, pero hasta el momento, nadie los había desafiado. Sabía que él estaba preocupado y agradecía que la hubiera acompañado y no solo no hubiera intentado obligarla a detener esto, sino que había estado allí para apoyar lo que ella intentaba hacer.

Todavía no podía quitarse a Lucy de la mente, pero tendría que confiar en que regresaría mañana.

Acababan de despedirse del resto del grupo y estaban a punto de hacer señas a James para que viniera con el carruaje cuando escucharon que alguien llamaba a Matthew.

—¿Señor Archibald? ¿Es usted?

Una verdadera sonrisa se dibujó en el rostro de Juliana cuando vio que la voz pertenecía nada menos que al Dr. Lewis, quien se acercaba a ellos desde el final de la calle.

Estaba solo, con una bolsa en la mano, y Juliana supuso que había estado trabajando.

—Doctor —dijo Matthew, extendiendo una mano y estrechándola una vez que se acercaron. Juliana tenía la sensación de que él disfrutaba de la compañía de su medio hermano tanto como ella, aunque se negaba a permitirse eliminar la barrera y convertirse en verdadero amigo del hombre —no cuando todavía lo consideraba sospechoso de su secuestro, del asesinato de su padre y del intento de asesinato de Giles—. ¿Cómo está hoy?

—Muy bien —dijo el Dr. Lewis—. Todo salió bien en mi última visita domiciliaria y he terminado por hoy. Ahora regreso a casa. ¿Cómo se encuentra, señora Archibald?

A Juliana le tomó un momento recordar que *ella* era la señora Archibald, y luego recordó por qué el doctor estaría preguntando por su salud. Tragó saliva e intentó recordar cuáles se suponía que eran sus síntomas.

—Me siento un poco mejor —logró decir—. Quizás un poco nauseosa.

—Ah sí, eso es de esperarse hasta que esté un poco más avanzada —dijo él—. Si alguna vez desea venir a verme, solo tiene que llamarme. De hecho, me dirijo de regreso y tengo algo de tiempo si hay algo de lo que le gustaría hablar.

—No, no, estoy bien —dijo Juliana, extendiendo la mano y agarrando la de Matthew en una súplica desesperada para que la ayudara a salir de esta situación. NO podía dejar que su medio hermano la examinara, solo para descubrir que había estado mintiendo todo este tiempo.

—Me alegra oír eso —dijo él—. Si regresan a Holborn y tienen un momento, podrían pasar por mi consulta y al menos podría proporcionarles los nombres de las comadronas en las que más confío, si lo desean.

—Lo agradeceríamos —dijo Matthew con naturalidad—. Estaríamos encantados de acompañarle.

Juliana lo miró, tratando de indicar que de alguna manera tendrían que avisar a James y Abigail, que habían permanecido en el carruaje con su libro y un chelín extra. Juliana no había necesitado que Abigail la siguiera cuando probablemente solo sería una persona más a la que Matthew tendría que vigilar.

—Si nos da un momento, debemos ir a despedirnos de un amigo y luego estaremos encantados de acompañarle —dijo Matthew, tirando de la mano de Juliana para que lo siguiera, y ella lo miró con cierta interrogación.

—¿Por qué no me dejaste quedarme con él mientras hablabas con James? —preguntó en voz baja—. Me habría gustado tener tiempo para conocerlo mejor.

—Porque —dijo Matthew con firmeza—, no confío en dejarte con nadie más. Especialmente cuando ese hombre podría haber sido quien te secuestró la última vez.

—Dudo mucho que el Dr. Lewis fuera quien lo hizo.

—Yo también, si soy honesto —admitió Matthew—. Pero eso no cambia el hecho de que no podemos bajar la guardia. Tenemos que ser cuidadosos.

—Muy bien —dijo Juliana mientras se acercaban al carruaje por el lado opuesto al Dr. Lewis. Matthew le contó a James su plan y le pidió que los siguiera a distancia, diciéndole que se encontrarían a poca distancia de las oficinas del Dr. Lewis en Holborn. James asintió, acostumbrado a los cambios de planes de Juliana, y esperó un momento para darles tiempo a que se dirigieran calle abajo con el Dr. Lewis.

—¿Acaban de terminar de cenar? —les preguntó cuando se acercaron, y Juliana y Matthew intercambiaron una mirada de confusión antes de que ella negara con la cabeza.

—No —dijo Matthew—, ¿por qué lo pregunta?

—Esto puede sonar extraño —dijo—, pero huelen bastante a carne ahumada. ¿No le molesta actualmente ese aroma, señora Archibald?

Juliana no pudo evitar admitirse a sí misma que se estaba acostumbrando a que la llamaran señora Archibald.

—En realidad, sí —dijo—, pero estábamos alimentando a algunos perros callejeros y ciertamente lo disfrutaron.

—Ya veo —dijo, aunque la ligera inclinación de su cabeza les indicó que no entendía exactamente, pero estaba bien; la mayoría de las personas no lo entendían, al menos no hasta que veían lo que hacía su sociedad y aprendían más sobre ello por sí mismos. Como lo había hecho Matthew, pensó Juliana con una pequeña sonrisa.

El paseo transcurrió bastante rápido con la compañía del Dr. Lewis, y Juliana se encontró disfrutando cada vez más de su presencia. Solo podía esperar que si alguna vez descubría que lo habían engañado —y suponía que tendría que hacerlo si alguna vez iban a tener la relación que ella esperaba— no se lo reprocharía para siempre.

Cuando llegaron a su casa, no le sorprendió encontrar que era pulcra, ordenada y bien cuidada en una hilera de casas adosadas de aspecto bastante respetable, construidas con ladrillo

marrón.

—Aquí estamos —dijo el Dr. Lewis mientras les abría la puerta y se quedaban en el recibidor, donde Juliana suponía que normalmente esperaban los pacientes—. Tengo un estudio en la parte trasera. Iré a anotar estos nombres para ustedes y volveré en seguida.

Regresó después de un par de minutos y le entregó la lista a Juliana, lo que la impresionó aún más que antes. La mayoría de los hombres siempre se dirigirían al esposo, o al hermano, o al padre. Pero este nuevo medio hermano suyo la trataba como si fuera una persona con derecho propio, y ella lo apreciaba más de lo que él podía saber.

—Gracias —dijo con una amplia sonrisa—. Muchas gracias.

Él asintió. —Por supuesto. —Hizo una pausa, balanceándose de los talones a las puntas de los pies como si estuviera considerando algo antes de hablar.

—Sé que es una petición bastante extraña, considerando que acabamos de conocernos, y yo mismo no tengo esposa, pero si alguna vez les gustaría cenar juntos de nuevo, sería un placer hacerlo. Es extraño, pero siento como si nos conociéramos desde hace bastante tiempo.

Juliana extendió una mano y la puso sobre su brazo. —Lo entiendo perfectamente —dijo—. Y estaríamos encantados de invitarte a cenar una noche.

El Dr. Lewis le devolvió la sonrisa radiante hasta que Matthew carraspeó detrás de ella y Juliana sintió inmediatamente que la sangre abandonaba su rostro al darse cuenta de que se había dejado llevar por el momento y su entusiasmo por conocer a su hermano. Porque para el Dr. Lewis, ella y Matthew estaban casados, y ciertamente no vivirían en medio de Mayfair en una de las mansiones más grandes de Londres.

—Que tenga una buena noche, Dr. Lewis —dijo Matthew antes de guiar a Juliana hacia la puerta, con la nota apretada en su mano, y se despidieron antes de salir al aire que lentamente se enfriaba al final de la tarde.

Matthew la miró y comenzó a negar con la cabeza. —Creo que nunca dejarás de sorprenderme.

—Sé que fue estúpido —dijo ella, instantáneamente avergonzada—. Simplemente salió de mi boca antes de darme cuenta de que tú y yo difícilmente podemos entretener juntos, especialmente en Warwick House. —Hizo una pausa mientras le venía un pensamiento—. ¿Quizás podamos invitarlo a cenar una noche en tu casa?

Matthew ya estaba negando con la cabeza. —Absolutamente no.

—¿Por qué no?

—Vivo solo en un apartamento de una pensión. La mayoría de los otros ocupantes también son hombres solteros. Sería bastante extraño que ambos viviéramos en uno, especialmente si estamos esperando un hijo. Y claramente no hay señales de que una mujer viva conmigo.

Juliana en realidad estaba bastante contenta de escuchar eso, pero no iba a decirlo en voz alta.

—Tendré que verlo alguna vez y considerarlo por mí misma. Siempre podríamos decirle que estamos a punto de mudarnos.

—Juliana...

Pero James se acercó a ellos en ese momento, deteniendo su conversación. Parecía bastante cansado cuando preguntó: —¿A casa, mi señora? —y ella asintió. Todos merecían terminar con este día y ciertamente necesitarían algo de comer.

—A casa, James —dijo, mientras Matthew tomaba asiento lejos de ella, recordándole que todo esto era solo un juego, por mucho que ella deseara que fuera verdad.

* * *

SE ACERCABAN a Mayfair cuando Matthew volvió a escuchar que lo llamaban por su nombre, y miró a su alrededor, preguntándose quién lo habría encontrado ahora: ¿otro miembro de su familia o un sospechoso de nuevo?

Pero no había nadie a la vista. Entonces escuchó la voz de nuevo y le dijo a James que redujera la velocidad ligeramente.

—¿Matthew? —dijo Juliana desde dentro—. Creo que alguien te está llamando.

—Sí, lo escuché —dijo en voz baja, incluso cuando todo el vello de su cuerpo parecía erizarse. Algo no estaba bien. La noche había comenzado a descender sobre ellos, y estaban a punto de salir de Holborn. Había demasiados callejones oscuros como para poder ver bien dentro de ellos. Preferiría que continuaran su camino.

—Sigue adelante, James —dijo, mientras su nombre era llamado de nuevo —no había forma de negarlo— solo que esta vez se añadía un "¡ayuda!" al final.

Matthew libraba una batalla interna. Estaban en Holborn. Podría ser alguien de su familia, o si no, un viejo amigo. Pero no tenía deseos de dejar a Juliana y sabía que podría ser una tontería hacerlo.

—James, ¿puedes conducir cerca del callejón de donde viene la voz? Pero asegúrate de no detenerte.

James asintió, comenzando a dirigir el carruaje hacia donde Matthew señalaba. Al acercarse, el sonido volvió a escucharse, más cerca esta vez.

Matthew saltó del carruaje mientras este aún se movía.

—Sigue conduciendo, James —dijo, con una de sus manos en el costado mientras trataba de ver a través de la oscuridad.

Sin embargo, cuando el carruaje disminuyó la velocidad, de repente escuchó a Juliana desde el otro lado.

—¡Matthew, ayuda!

Rodeó la parte trasera del carruaje más rápido de lo que jamás se había movido antes, a tiempo para ver a un hombre, con una gorra firmemente calada sobre su rostro, tratando de forzar su entrada por la puerta del carruaje. Tenía dificultades, sin embargo, ya que Juliana le estaba golpeando la cabeza con un gran hueso de res que había sobrado del día, uno que ella había planeado darle a Lucy.

—¡Aléjate! —gritó ella de nuevo y, cuando Matthew comenzó a cargar hacia él, el hombre finalmente se dio por vencido y huyó.

Matthew casi había perdido el aliento —algo que rara vez sucedía— cuando llegó a Juliana.

—¿Estás bien? —preguntó, abriendo de golpe la puerta del carruaje y pasando sus manos por los brazos de ella.

—Estoy bien —dijo ella entre respiraciones rápidas—. ¿Y tú?

—Sí —dijo mientras se daba cuenta de lo malo que podría haber sido esto—. Pero tenemos que salir de aquí. Esto fue una trampa, eso es seguro.

—Estoy de acuerdo —dijo ella, y a él no le importó entonces si Abigail estaba mirando, o James, o si incluso el maldito duque en persona los estuviera observando. Se inclinó y le dio a Juliana un beso duro y rápido en los labios, solo para mostrarle lo contento que estaba de que estuviera viva, no tan bien, pero ilesa.

Se echó hacia atrás para encontrarla mirándolo con ojos muy abiertos, y logró esbozar una pequeña sonrisa mientras volvía a subir con James y le decía que se fuera, y que fuera rápido.

Casi habían abusado de él. Alguien quería que dejara a Juliana sola para poder acceder a ella sin que él estuviera allí.

Lo cual era algo que juró, con nueva resolución, que nunca permitiría que volviera a suceder.

CAPÍTULO 13



Juliana durmió intranquila, convencida en sus sueños de que la perseguían.

Lo cual tenía sentido cuando consideraba que su perseguidor se había acercado una vez más, y que ya sabía lo que era estar completamente a merced de un extraño que ciertamente no tenía sus mejores intereses en mente.

No era la primera vez que tales pesadillas la abrumaban, pero esta noche, en el punto de su sueño en que se desesperaba tanto que casi se despertaba, fue abrumada por algo más: otra presencia, alguien que intervino en el último momento y la condujo a un lugar seguro.

Matthew.

Él estaba allí para asegurarse de que nunca estuviera sola, de que siempre tuviera una vía de escape. Se aferró a eso, hasta que pensar en él hizo que sus sueños cambiaran por completo, y se sintió casi frenética con la necesidad de tenerlo allí con ella en ese momento, de que la rodeara con sus brazos, pero no para mantenerla a salvo, sino para empujarla al límite de lo que conocía como comodidad.

Era todo un enigma.

Cuando el sol de la mañana se asomó por las cortinas hasta que Abigail las abrió completamente, inundando la habitación de luz, Juliana decidió que se sentiría mejor si iba a alimentar a Lucy, que verla de nuevo le traería algo de alegría y normalidad. Solo que, cuando ella y Emma llegaron a la valla una hora más tarde, encontró a todos los perros allí *excepto* a Lucy. Juliana no tenía idea de si algo le había pasado al perro, o si Lucy había decidido que lo de ayer había sido demasiado para regresar, pero la echaba de menos.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma desde donde estaba detrás de ella, con el sol reflejándose en los mechones rubios de su cabello. Debió haber notado el estado de ánimo de Juliana esta mañana, pues había insistido en acompañarla en esta visita matutina. Era extraño. En toda su vida, Juliana había pasado más tiempo con Emma que con casi cualquier otra persona, hasta que Emma se mudó a la misma casa que ella. Ahora que realmente vivían juntas, la veía con mucha menos frecuencia, pues Emma pasaba gran parte de su tiempo con Giles.

Lo cual estaba bien. Eran recién casados, y ya compartían su tiempo —y su hogar— con el resto de la familia.

—Lucy no está aquí —dijo Juliana con desánimo mientras alimentaba a los otros perros—. Me temo que podría haberse asustado.

—Volverá —dijo Emma, colocando una mano reconfortante en el hombro de Juliana antes de que ambas se dieran la vuelta y comenzaran a regresar hacia la casa.

—¿Cómo estás disfrutando tu nuevo papel como duquesa? —preguntó Juliana, cambiando de tema, y Emma se mordió el labio con cierta incertidumbre.

—Estoy feliz de ser la esposa de Giles —dijo—, y siempre supe que si me casaba, probablemente sería la esposa de un par. Simplemente nunca esperé que fuera un papel de tan alto estatus. Es bastante intimidante.

—Especialmente con mi madre vigilando por encima de tu hombro —Juliana no pudo evitar añadir con un resoplido, a lo que Emma se rio.

—Es cierto —dijo con cuidado—. Aunque debo decir que ha sido bastante respetuosa, en su mayor parte, y ya ha ofrecido mudarse a la casa de la viuda cuando regresemos al campo. En cuanto a aquí en Londres, Warwick House es tan grande que no puedo imaginar que el resto de vosotros os vayáis a ningún otro lugar. ¡Vaya, Giles y yo apenas necesitaríamos a los sirvientes!

—Supongo que funciona siempre que mi madre no interfiera con tu papel —dijo Juliana. Siempre habían bromeado antes sobre lo terrible que haría la vida su madre a la mujer con la que Giles se casara algún día. Simplemente no habían considerado, por supuesto, que pudiera ser realmente Emma. No es que la madre de Juliana no tuviera buenas intenciones, es solo que tenía su propia idea de la forma correcta de hacer las cosas y no temía compartir sus opiniones.

—¿Cómo estás disfrutando tu tiempo con el señor Archibald? —preguntó Emma, mirándola con complicidad, y la boca de Juliana se abrió por un momento antes de cerrarla de golpe.

—Supongo que puedo decir que no ha sido la dificultad que asumí que sería. Ha sido respetuoso en términos de vigilarme desde la distancia.

—¿Pero disfrutas la distancia entre vosotros?

—¡Emma!

—Lo siento, Jules, pero es bastante obvio que los dos tenéis ojos el uno para el otro.

Juliana hizo una pausa mientras intentaba determinar si debía seguir fingiendo que no había nada entre ella y Matthew o si debía admitirlo todo, pero su larga amistad con Emma prevaleció. Una vez que tomó la decisión de compartir, todo comenzó a brotar, y pudo sentir que todo su cuerpo prácticamente se iluminaba con la emoción de la cercanía que estaba compartiendo con Matthew.

—Oh, Emma, él es... bueno, es todo lo que nunca me di cuenta de que quería en un hombre. Sé que siempre dije que me casaría con un hombre que pudiera mantenerme y permitirme vivir la vida que quisiera sin restricciones, pero... entonces conocí a Matthew. Lo que hay entre nosotros es mucho más que eso. Hay una atracción entre nosotros que simplemente no puedo negar.

—¿Una chispa?

—Una *llama* —dijo Juliana—. Cuando nos besamos, lo cual solo ha sido un par de veces hasta ahora, es como si nada más en el mundo importara excepto él y yo y ese momento. Es difícil de explicar.

—No tienes que explicarlo —dijo Emma con una pequeña sonrisa—. Ya lo sé.

Juliana supuso que si esto era lo que Emma sentía cuando estaba con Giles, entonces no podía guardarle rencor a su amiga por casarse con su hermano.

Ese fue el momento en que se dio cuenta de que *sí* le tenía un poco de rencor a Emma por ello. No quería, en absoluto, pero su amistad había cambiado, y, en cierto modo, Juliana se sentía abandonada.

Se preguntó si Emma también sentía el cambio, y cuando Juliana levantó la mirada y se encontró con sus ojos, se dio cuenta de que así era.

Por supuesto que sí. Esta era Emma, la mujer con la que había sido inseparable desde que eran niñas.

—Emma —dijo, sintiéndose instantáneamente arrepentida—, lo siento...

Emma ya estaba haciendo un gesto para quitar importancia a sus palabras.

—No tienes nada por lo que disculparte.

—Lo sé, pero...

—Nunca fuiste más que comprensiva conmigo y Giles como pareja, Jules, aunque sé que debe haber sido difícil para ti vernos juntos.

—No diría que fue *difícil* —dijo Juliana, juntando las manos mientras caminaban bordeando el seto, ambas conscientes de que necesitaban tiempo para hablar de esto—. Fue solo... extraño.

—Para mí también fue extraño —dijo Emma—. Pero yo tenía a Giles. No pasé suficiente tiempo considerando tus sentimientos.

Juliana se volvió hacia ella y tomó sus manos entre las suyas.

—Dejémoslo atrás, ¿de acuerdo? Sé que nuestra amistad nunca será exactamente igual que antes. Pero eso no significa que tenga que ser mejor o peor, solo diferente.

Emma sonrió con alegría indisimulada.

—Eso me suena maravilloso.

Se inclinaron y se abrazaron, justo cuando escucharon un leve ladrido desde la valla. Juliana se separó para mirar y ver a Lucy sentada al otro lado de la cerca.

—Aquí estás —dijo, acercándose a los barrotes y agachándose. Metió la mano en su bolsa para sacar el hueso que había guardado, el que había usado para golpear en la cabeza al hombre que intentó entrar en su carruaje—. Aquí tienes, chica.

Mientras el perro se alejaba corriendo con el hueso, Juliana miró a Emma con una pequeña sonrisa.

—Ahora, tengo una historia que contarte.

* * *

MATTHEW NO ESTABA seguro de si esta era una de sus mejores ideas o una de las peores.

Había estado postergando enseñarle a Juliana cómo protegerse durante bastante tiempo, porque no estaba seguro de poder confiar en sí mismo para estar tan cerca de ella una vez más.

Lo que demostraba una vez más por qué no debería permitirse acercarse tanto: porque ponía sus propios deseos básicos por encima de lo que era mejor para ella, lo que conduciría a la seguridad de toda su familia y le permitiría hacer su trabajo lo mejor posible.

Había llegado al punto de considerar pedirle a Owen que asumiera su papel, pero al final, descubrió que no podía confiar ni siquiera en su amigo más cercano y el hombre más confiable que conocía con Juliana.

Porque no había nadie más en este mundo a quien pondría a cargo de su cuidado... a nadie más que a sí mismo.

Cuando Matthew entró en la casa, Jamison lo guio a través de un laberinto de habitaciones, diciéndole que ella estaba conversando con la nueva duquesa, hasta que llegaron a uno de los salones —¿cuántos salones había en esta casa, de todos modos? Las dos mujeres tenían las cabezas juntas, riéndose de algo que parecía ser una labor de costura, y Juliana pareció sorprendida de verlo, ya que no le había dicho que planeaba visitarla hoy. Cuando explicó el motivo de su visita, ella pareció una mezcla de vacilante y determinada.

—Pensé que ya habíamos practicado cómo protegerme —dijo ella, arrugando el ceño, y él negó con la cabeza.

—Practicamos qué hacer cuando te atacan por detrás. Ahora necesitas aprender qué hacer

cuando te enfrentan.

—Muy bien —dijo ella—. Sé exactamente el lugar para practicar.

Se levantó y cruzó la habitación hasta la puerta, deteniéndose al llegar, mirando hacia atrás a la duquesa.

—¿Te gustaría venir, Emma? —preguntó Juliana, pero la duquesa les hizo un gesto con la mano.

—No, adelante —dijo, con una mirada en su rostro que Matthew calificaría de cómplice—. Divertíos.

Hizo un pequeño movimiento con una de sus cejas que hizo que Juliana casi se ahogara, medio riendo antes de apresurarlo fuera de la habitación.

—Pareces estar en buenos términos con la esposa de tu hermano —observó mientras ella lo conducía por el pasillo hacia cualquier habitación que hubiera considerado más apropiada para sus propósitos.

—¿Con Emma? —dijo Juliana con los ojos muy abiertos—. ¡Hemos sido las mejores amigas desde que éramos niñas!

—Sabía que erais amigas. Simplemente no estaba seguro de cuán cercana seguía siendo vuestra amistad desde que ella se casó con tu hermano.

—A decir verdad, el tiempo después de la boda fue más difícil de lo que había pensado —admitió Juliana, y él disminuyó ligeramente sus pasos para igualar los de ella mientras avanzaban lado a lado por el pasillo—. Emma y yo hemos sido amigas desde que tengo memoria y luego, de repente, es la esposa de Giles. Me gusta tenerla más cerca que nunca, físicamente, pero las cosas son diferentes ahora. Sin embargo, creo que hemos llegado a un entendimiento.

Sonrió tan radiante ante eso que iluminó su propio corazón.

—¿Lucy se alegró de verte esta mañana? —preguntó él, queriendo ver más felicidad de ella.

—Sí —dijo Juliana, ampliando su sonrisa—. Al principio, me preocupé cuando no estaba con los otros perros donde normalmente los encuentro. Pero cuando Emma y yo regresábamos a la casa, apareció a lo largo de la valla. Quedó bastante encantada con mi arma.

—¿Tu arma?

—El hueso de perro que usé contra nuestro culpable anoche.

—Ah, ese —dijo él, desvaneciendo su alegría—. Hablando de armas, eso es parte de lo que quería practicar hoy.

—¿Armas?

Asintió.

—No te daré una pistola por miedo a que te dispares a ti misma...

Ella parecía preparada con una réplica para eso, pero él siguió adelante antes de que pudiera decir algo.

—...pero creo que deberías llevar un cuchillo. Por si acaso.

—¿Un *cuchillo*? —Juliana levantó una ceja—. No estoy segura de que alguna vez pudiera usarlo contra alguien.

—Y si tengo algo que ver con ello, no tendrás que hacerlo. Pero me sentiría mejor sabiendo que tienes algo con qué defenderte, o al menos con qué amenazar a alguien si fuera necesario.

—No tengo idea de cómo usar un cuchillo.

—Por eso estoy aquí, para enseñarte.

Juliana le había mostrado tantas habitaciones y corredores que Matthew comenzaba a sentirse bastante mareado. Siempre había sido un hombre que mantenía un estrecho control de sus circunstancias y ubicación en la medida de lo posible, pero no estaba del todo seguro de que

pudiera encontrar la salida si Juliana lo dejara atrás.

Finalmente se detuvo frente a una puerta, que se abrió tan pronto como se pararon frente a ella.

—¡Oh! —Lady Prudence retrocedió sorprendida, con el pelo alborotado alrededor de su rostro, vistiendo una prenda extraña que supuso podría describirse como un vestido, aunque mucho más suelta que la mayoría—. Acabo de terminar.

—¿Te importa si usamos la habitación? —preguntó Juliana, aunque ya estaba empujando a Prudence como si su respuesta no importara del todo.

—Por supuesto —dijo Lady Prudence, siguiéndolos—. ¿Para qué?

—Matthew, aparentemente, va a enseñarme a usar un cuchillo —dijo Juliana mientras caminaba hacia el centro de la habitación, mientras Matthew se detenía y miraba fijamente.

La habitación parecía la Academia de Esgrima de Angelo, un lugar donde había estado una vez por invitación de un amigo, pero estaba aún más ordenada y organizada. Las paredes estaban cubiertas de tela azul marino, mientras que las claraboyas en la parte superior de la habitación permitían que entrara la luz, dejando patrones entrecruzados en el suelo. A lo largo de una pared había estanterías especializadas de madera que contenían varias espadas de diversas alturas, aunque la mayoría eran para personas de estatura bastante baja.

—Si querías aprender a usar una espada, sabes que yo podría haberte enseñado —dijo Lady Prudence, con las manos en las caderas.

—Una espada es muy diferente a un cuchillo —dijo Juliana, aunque Matthew dudaba que supiera mucho sobre el tema. Sin embargo, parecía que Lady Prudence era algo así como una experta.

—Quizás, pero algunos de los principios son los mismos, ¿no es así? —dijo Lady Prudence, esta vez dirigiendo sus palabras a Matthew, quien se encogió de hombros.

—Supongo que sí —dijo—, aunque la mayoría de la esgrima en la que he participado es por deporte. Pelear con un cuchillo... es para otros propósitos completamente distintos.

—Eso es cierto —dijo Lady Prudence, aunque tenía una mirada que hizo sospechar a Matthew que quizás había visto más de lo que jamás admitiría. Hizo una pausa como si se preguntara si debía quedarse o no, pero finalmente pareció tomar una decisión y se dirigió hacia la puerta—. Quizás tengamos que luchar más tarde, Jules.

Y con su despreocupada despedida, Matthew y Juliana se quedaron solos.

Matthew colocó una bolsa en el suelo, soltó los cierres y sacó un cuchillo envainado. Lo sacó de su funda, agarró el extremo de la hoja en su mano y se lo ofreció a Juliana.

—Para usted, mi señora —dijo con una pequeña sonrisa y una reverencia burlona.

Ella lo tomó con el mismo enfoque con el que lo había besado: poca experiencia pero suficiente entusiasmo para compensarlo.

Lo sostuvo por la empuñadura con un empuje hacia adelante lo suficientemente enérgico como para hacerlo retroceder un poco.

Sonrió ante su respuesta antes de colocar una mano en su cadera.

—¿Y bien? —dijo ella—. ¿Comenzamos?

CAPÍTULO 14



Juliana lo estaba provocando a propósito, principalmente para distraerse de sus nervios.

Nervios por pasar tiempo a solas con Matthew (rezaba para que Prudence no le dijera nada a su madre), y nervios por el hecho de que él le estuviera enseñando a usar un arma.

Si alguien le hubiera dicho hace poco tiempo que estaría empuñando un cuchillo con la intención de posiblemente usarlo contra una persona algún día, se habría reído en su cara.

Sumado a eso estaba el hecho de que el mismo hombre que le enseñaba estas habilidades era uno con el que no podía dejar de soñar, y estaba metida en un mundo de problemas.

Observó con interés mientras él caminaba hacia el centro de la habitación, donde Prudence practicaba su régimen diario de esgrima. La hermana de Juliana había adoptado esta habilidad cuando era niña después de ver a su hermano, Giles, aprender el deporte de su padre, quien había estado obsesionado con la esgrima. Pero cuando Giles los había dejado, Prudence había continuado sin él.

Juliana nunca pudo entender por qué su padre había permitido que Prudence participara, pero entonces, era tal fanático del deporte que imaginaba que estaba feliz de tener algún tipo de conexión con él, alguien a quien transmitir su amor por el mismo, ya que Giles se negaba a tener algo que ver con él o con las actividades que disfrutaba.

El sol brillaba sobre los pómulos de Matthew, sacando a Juliana de sus recuerdos, ya que no podía concentrarse en nada más que en la magnificencia de Matthew. Había reconocido lo guapo que era la primera vez que lo vio —todas lo habían comentado—, pero no fue hasta más recientemente que realmente apreció lo impresionante que era.

—Dime —dijo, fingiendo indiferencia mientras se acercaba al lugar donde él estaba parado en el centro del sol—, ¿cómo planeas enseñarme tal deporte?

—No es un deporte —respondió él con brusquedad mientras se arrodillaba y volvía a meter la mano en la bolsa—. Esto es un juego de vida o muerte, Juliana.

La seriedad de sus palabras la serenó, y dejó de bromear y esperó. Cuando se levantó, sostenía trozos de tela con alfileres que colocó en su pecho y en el centro de su abdomen.

—Estos son objetivos —dijo, y luego extendió las manos para agarrar sus hombros y moverla a su posición. Cuando terminó de acomodarlos a los dos, estaba parado a media distancia de ella, mucho más lejos de lo que a ella le hubiera gustado.

—¿No deberíamos estar más cerca? —preguntó, arrugando la nariz hacia él, y él negó con la cabeza.

—Aún no. La proximidad es de suma importancia en una pelea con cuchillos —explicó—.

Ahora, lo primero que hay que entender es qué hacer si alguien te ataca con un arma. —Levantó la parte trasera de su chaqueta y sacó un cuchillo enfundado, levantándolo entre ellos—. Si puedes, toma la opción de correr.

—¿Correr?

¿Cómo era eso útil para enseñarle habilidades?

—Correr —asintió—. Aunque te daré algunos trucos para defenderte, nunca serás tan competente como alguien que ha entrenado o que ha usado un cuchillo para tales propósitos antes y no tiene problemas en usarlo nuevamente. Si puedes, corres y buscas ayuda lo más rápido posible.

—¿Y si esa no es una opción?

—Sostén tu arma así —instruyó, y luego se acercó y movió sus dedos a la posición correcta. El calor prácticamente emanaba de donde sus pieles se tocaban—. Luego mantente a esta distancia. Si te acercas más, se convierte en un combate de boxeo, lo que debes evitar a toda costa cuando sostienes armas.

Ella asintió, comprendiendo lo que él decía incluso cuando un temblor la recorrió ante la idea de que era realmente posible que pudiera encontrarse en tal situación.

—No tienes el instinto asesino; de hecho, difícilmente podría imaginar que pudieras estar más lejos de una mujer con instinto asesino —dijo con un ligero resoplido, y ella se detuvo e inclinó la cabeza.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. —Las comisuras de sus labios se curvaron.

—No hay nada de qué avergonzarme. Me alegra poder ayudar a animales que no tienen a nadie más o que están siendo tratados inhumanamente.

—Y te felicito por ello —dijo, inclinándose hacia ella para que pudiera ver el azul cristalino de sus ojos—. Pero no te convierte en la contendiente por la que apostaría en una pelea de cuchillos.

—Supongo que es justo —reconoció.

—Lo que necesitas hacer es concentrarte en intentar conectar con la mano del atacante que sostiene el cuchillo.

—¿Por qué?

—Si puedes cortar tendones o músculos, entonces no tendría más remedio que soltar el cuchillo y tú serías *libre* para correr.

Se estremeció ante la idea pero asintió resueltamente y le permitió continuar. No se dejaría enfrentar otra situación como la anterior.

—Muy bien —dijo—. ¿Cómo hago eso?

—Te mostraré el cómo, pero más importante es el cuándo.

—¿Cuándo?

—Necesitas trabajar en el momento de tu ataque. Debes atacar justo antes, justo después o *mientras* el atacante te está arremetiendo. Si tu sincronización es precisa, lo tomarás desprevenido y podrás dejar tu marca.

—¿Y en cuanto a *cómo* atacar?

—Está en tu muñeca —dijo—. Aquí, déjame mostrarte.

Colocó su propio cuchillo en el suelo y se movió para situarse detrás de ella. Ella inclinó ligeramente la cabeza hacia él, disfrutando de su cercanía, y tuvo que contenerse físicamente para no acurrucarse más cerca de él donde el áspero material de su chaqueta rozaba contra su espalda.

Sus fuertes dedos se envolvieron alrededor de su muñeca mientras tiraba de su brazo hacia atrás, luego lo estiraba hacia adelante.

—Este es un movimiento de puñalada —dijo, enseñándole a mover su muñeca como si estuviera lanzando un puñetazo.

—Luego tienes el corte —continuó, tomando su mano en la suya y pasándola de un lado a otro en un movimiento suave. A Juliana se le cortó la respiración.

—Y finalmente, tenemos la puñalada ascendente —dijo, empujando su mano, envuelta alrededor del cuchillo, hacia arriba frente a ellos—. N-No estoy seguro de que vayas a necesitar esa —dijo, y ella se alegró de ver que aparentemente estaba tan afectado como ella.

—Esperemos que no —murmuró, incapaz de comprender la idea.

—Intenta todos un par de veces, pásalos uno por uno —dijo, alejándose de ella, y de inmediato echó de menos la pérdida de su presencia a su espalda, tan sólida y reconfortante y... *necesaria*.

La asustaba con su fuerza, que pudiera desear tan desesperadamente a un hombre que sabía que nunca podría tener.

Pero mientras tanto, disfrutaría este tiempo con él. Aunque solo pudiera llevar a la angustia.

Extendió una mano para tocarlo antes de que se alejara demasiado, pero él la apartó suavemente, haciendo que ella se sonrojara de vergüenza. Mientras Juliana anhelaba estar cerca de este hombre, se dio cuenta de que él sabía lo que significaba tener familia, amor y pasión, y probablemente era mucho más consciente de lo que estaba en juego entre ellos.

Juliana se recordó a sí misma que seguramente él tenía mucha más experiencia que ella, que él sabía más, y que debería acatar sus deseos. Y, sin embargo, aunque había sido criada para hacer lo que se le decía —con autoridad que vendría de su padre y luego de su hermano o esposo, lo que viniera primero—, no estaba en su naturaleza seguir la corriente. Sabía que era una rareza, que cualquier otra joven del *ton* pensaría que estaba loca por no hacer lo que se esperaba de ella. Pero ¿qué iba a hacer con este hombre que tenía ante ella, tan tentador como un tesoro al final de un mapa sin una dirección clara hasta ahora?

El hombre en sus pensamientos se alejaba de ella, sin embargo, hacia la bolsa. No pudo evitar su curiosidad sobre qué más podría estar escondido allí.

—¿Es eso... pintura?

Él asintió. —Vas a practicar con un pincel ya que no puedes practicar con un cuchillo. Necesitas intentar golpear los objetivos. Veremos qué tan cerca llegas.

—¡No puedo pintar tu ropa! —exclamó.

—Entonces asegúrate de acertar en los trozos de tela —dijo con una sonrisa rápida, y ella cruzó los brazos.

—Sabemos que eso no sucederá fácilmente. Me temo que nunca he sido particularmente dotada con habilidades como la precisión.

—Lavaré la chaqueta si es necesario.

Ella sabía cuánto valdría tal prenda.

—No puedo arruinarla. No lo haré.

—Esto es importante.

—No.

—Muy bien —dijo él, aparentemente habiendo decidido no discutir con su terquedad mientras tomaba una decisión—. Puedes pintar mi piel.

Y fue entonces cuando empezó a desabrocharse la chaqueta.

Juliana sabía lo que *debería* hacer. Debería decirle que se detuviera, que si los atrapaban, esto

haría que su reputación, ya de por sí sospechosa, fuera irreparable.

Pero Matthew, aparentemente, sentía que asegurar su seguridad era más importante que su reputación, ya que no parecía inclinado a detenerse.

Juliana no tenía dentro de sí la fuerza para forzar el asunto, y todo lo que podía hacer era quedarse allí y mirar con creciente deseo mientras él se despojaba de una capa tras otra.

Su chaqueta se deslizó de sus hombros y cayó al suelo.

Sus dedos llegaron a su corbatín y lo soltaron antes de que siguiera su ejemplo y comenzara a torcer cada botón de su camisa a través de sus ojales antes de levantar la camisa sobre su cabeza, revelando un torso espectacularmente esculpido que hizo que a Juliana se le hiciera agua la boca. Tuvo que cerrarla de golpe para no parecer uno de los peces en la fuente de su finca en el campo.

Matthew, sin embargo, no pareció darse cuenta de lo perturbada que estaba. Cuando Juliana se recompuso, notó una pequeña cicatriz arrugada debajo de su músculo pectoral izquierdo, y no pudo evitar dar un paso adelante y pasar su dedo a lo largo. La cabeza de él se levantó de golpe y su mirada encontró la de ella.

—¿Qué estás...?

—¿De dónde es esto?

Él cerró los ojos por unos segundos, aparentemente resignado a responder su pregunta. —Estaba en un caso y el sospechoso no estaba del todo contento de ser seguido. Me tomó desprevenido.

—Ya veo —dijo, pero no quitó el dedo de la cicatriz. En cambio, lo dejó deslizarse por su pecho hasta el centro, donde envolvió uno de sus rizos de vello alrededor de su dedo.

El ritmo de subida y bajada de su pecho aumentó en velocidad, y ella escuchó el enganche en su garganta.

—Juliana —murmuró, su voz ronca mientras se acercaba y envolvía su mano alrededor de su dedo.

Ella colocó toda la palma de su mano sobre su pecho solo por un momento, sintiendo el latido de su corazón, tan fuerte y poderoso bajo sus dedos, antes de dar un paso atrás y alejarse de él, deteniéndose antes de hacer algo verdaderamente imprudente.

Él se dio la vuelta y alcanzó la bolsa aparentemente sin fondo y sacó un pincel, así como un frasco de pintura azul y una bandeja. Mezcló la pintura y sumergió el pincel en ella antes de levantarse y extender el mango del pincel hacia ella.

—Aquí.

—¿Es tu pintura? —preguntó mientras la tomaba, pensando en los magníficos dibujos que él le había proporcionado.

—Sí. Antes disfrutaba del pasatiempo.

—Pero ya no.

—No.

—¿Por qué no?

—No tengo tiempo. Ahora, suficientes preguntas, Juliana. Debemos comenzar.

Ella se compadeció de él y respetó sus deseos, dando un paso atrás. Él se colocó a la misma distancia de ella que antes. Su cuchillo estaba en su funda mientras lo sostenía frente a él.

—Finge que estoy atacando —dijo—. No intentaré golpearte, ni siquiera con él enfundado, pero te dará una idea del momento. Tienes opciones. A veces tienes que hacer lo que tienes disponible. Apunta a mi mano si lo prefieres, pero si no puedes, asegúrate de golpear una de las zonas de ataque que te mostré: corazón o estómago.

—Yo...

—Es un pincel. Recuerda eso por ahora.

Ella asintió, aunque no podía deshacerse del pensamiento de que, en algún momento, podría no ser un pincel más.

Intentó recordar todo lo que él le había enseñado mientras se abalanzaba hacia ella y un segundo después, ella se acercó para intentar pintar su mano, pero él fue demasiado rápido para ella.

Dio un paso atrás y la estudió por un momento antes de asentir bruscamente con la cabeza, como si hubiera tomado una decisión.

—Tu pisada es desordenada.

—¿Perdón?

—Te lanzaste hacia mí con un paso demasiado grande. Te desequilibró y podría haberte derribado fácilmente o, como hice, evadir tu intento. Piensa en bailar... bailas, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Da pasos pequeños y precisos —uno, dos, tres— pero rápidamente, para que mantengas tu equilibrio pero tomes a la persona desprevenida. Practica para mí.

Asintió e hizo lo que él dijo. Uno-dos-tres, contó, moviéndose mucho más rápidamente a través del suelo. Él tenía razón.

—Inténtalo de nuevo —dijo, y se posicionó frente a ella. Hizo su avance y justo antes de que pudiera alcanzarla con su cuchillo, ella lo pintó directamente a través del pecho.

Él asintió con una sonrisa seria. —Bien. Otra vez.

Practicaron los pasos, una y otra vez, Matthew implacable en hacer que repitiera los movimientos hasta que sus piernas estaban cansadas, su brazo ardía y una gota de sudor brotaba a lo largo de su frente.

Matthew finalmente debió darse cuenta de su fatiga cuando asintió y dijo: —Eso es suficiente por ahora.

Él se agachó, a punto de recoger su ropa, pero Juliana se acercó a él antes de que pudiera hacerlo. Había pasado tanto tiempo preguntándose sobre él, sobre lo que crecía entre ellos, y aunque sabía que él estaba tratando de evitarlo, no podía evitar querer perseguirlo más.

—Matthew —dijo, su voz sin aliento mientras volvía a colocar su mano en su pecho, donde lo había tocado por última vez y había decidido que aún no había terminado—. No te vistas todavía.

—¿Por qué no?

—Es solo que... nunca he visto a un hombre como tú.

—¿Has visto a muchos hombres? —preguntó, con un tono de burla en su voz, y ella se rio.

—No, en realidad, no lo he hecho.

—Bien —dijo, su voz tan sólida, con tal posesividad que una oleada de triunfo la recorrió.

Pasó sus manos hacia arriba y sobre su pecho, explorando la tensión de su músculo y la solidez de sus clavículas antes de continuar hacia abajo, sobre las líneas de pintura que había dejado en él hasta las hendiduras que separaban los músculos de su estómago. Se movió entonces más abajo, y más abajo aún, hasta que llegó a la cintura de sus pantalones, pero él no le permitió ir más lejos.

—Juliana —murmuró con voz ronca, envolviendo sus manos alrededor de sus muñecas—. Tienes que parar.

—¿Por qué?

—Porque.

Pero esa no era suficiente explicación para ella. Así que en lugar de continuar esta

conversación, hizo lo que había estado anhelando hacer desde la última vez que habían estado tan cerca: se puso de puntillas y acercó sus labios a los suyos.

Presionó sus labios contra él, sin estar segura de si estaba pidiendo o tomando, pero parecía que él no tenía suficiente contención para resistirse a ella y después de un momento de vacilación, ella sintió que él cedía, sus labios comenzando a moverse, más lentamente esta vez, mientras se exploraban mutuamente y todo lo que tenían para ofrecerse el uno al otro. Un cálido resplandor de placer comenzó a moverse a través de Juliana, desde donde se tocaban hasta lo más profundo de su cuerpo hasta la punta de sus dedos, y se derritió en él, sus brazos alzándose para enroscarse alrededor de su cuello.

Él la atrajo hacia sí, mientras ella estaba lista para darle cualquier cosa que quisiera o le pidiera, mientras su lengua se deslizaba en su boca y acariciaba la suya en un íntimo juego amoroso que la hacía estremecer contra él.

Juliana cerró los ojos mientras el sol acariciaba su rostro y este hombre, su protector, su casi amante, acariciaba su cuerpo, su boca, su alma.

Hasta que finalmente él se alejó de ella, aunque no fue muy lejos ya que apoyó su frente contra la de ella y se quedaron allí juntos, balanceándose de un lado a otro en una danza diferente a cualquier otra.

CAPÍTULO 15



—Matthew, eso fue...

Él colocó un dedo sobre sus labios. No podía soportar oírla decir lo maravilloso que había sido, cómo parecía predestinado, cómo deseaba hacerlo de nuevo.

Porque no podían. Tenía que detener esto antes de que fuera más lejos, aunque le destrozaba tener que hacerlo.

—Juliana, lo siento, pero esto... esto no puede volver a ocurrir.

Ella se alejó de él lo suficiente para mirarlo a los ojos, con el verde de su mirada intensificado por el deseo y ahora por la consternación. —Creo que ya he escuchado eso antes. ¿Por qué no?

Él suspiró, aunque no pudo evitar pasar sus manos por los mechones de pelo que se habían escapado de su elegante peinado durante la práctica.

—Sabes por qué, Juliana. No soy el hombre para ti. No soy lo suficientemente bueno. Ni siquiera debería tocarte, y mucho menos...

Y mucho menos imaginar una vida con ella. Porque eso era lo que pasaba por su mente, aunque no quería ponerlo en palabras, no quería expresarlo en voz alta, y ciertamente no quería decírselo. Porque sus vidas nunca podrían ser una sola. Pertenecían a mundos diferentes que no encajaban.

—Matthew —dijo ella, alzando la mano y acariciando su rostro con sus manos suaves y frescas—. No digas algo así.

—Es la verdad.

—No lo es —afirmó con tanta insistencia que casi le hizo creerlo mientras negaba enfáticamente con la cabeza—. Eres el mejor hombre que he conocido. Te preocupas por los demás. Harías cualquier cosa por mí, y no puedo agradecértelo lo suficiente. Siento por ti cosas que nunca creí posibles. Sé que no podemos tener un cortejo tradicional, pero al menos podemos seguir pasando tiempo juntos, para ver cuánto de esto es real, ¿no crees?

No podían. Solo empeoraría las cosas. Sabía eso en el fondo de su mente, y sin embargo, no soportaba la idea de no estar con ella. Si esto era todo lo que tendrían, entonces, maldita sea, lo tomaría, por imprudente que fuera al hacerlo.

—De acuerdo —dijo—. Aunque tu hermano me despellejará si alguna vez se entera.

—Entonces no dejaremos que se entere —respondió con una sonrisa traviesa que él sabía que les traería problemas a ambos.

—¿Juliana?

Ambos se sobresaltaron al oír una voz desde el pasillo, y Matthew se agachó para ponerse la camisa lo más rápido posible. Logró vestirse de manera rápida y respetable, faltándole solo el pañuelo del cuello, antes de que sonara un golpe en la puerta y Lady Prudence asomara la cabeza. Sus cejas se alzaron ante la escena, pero no dijo nada al respecto.

—Giles quiere vernos a todos. Parece que él y madre tienen algo que compartir.

Matthew señaló hacia la puerta. —Ve —le dijo a Juliana—. Puedo salir solo.

—Creo que Giles también quiere que vengas, *Sr. Archibald* —dijo Lady Prudence, enfatizando su nombre, obviamente como un recordatorio para Juliana de quién debería ser él para ella.

Cuando Lady Prudence regresó al pasillo, Matthew rápidamente recogió su bolsa y se acercó para arreglar el cabello de Juliana para que se viera más parecida a como estaba cuando habían entrado en la habitación. —Muy bien. Vamos.

Siguieron a Lady Prudence —quien se había cambiado a un vestido diferente— por la puerta y bajaron las escaleras, atravesando el laberinto de habitaciones y corredores hasta que llegaron al salón formal de la entrada. El cuadro frente a ellos mostraba al duque de pie a un lado de la habitación, con los brazos cruzados y una mirada sombría en su rostro, su esposa a su lado con una mano en su brazo como tratando de calmarlo. La madre de ellos estaba sentada en una silla en medio de la habitación con una expresión incierta como si estuviera bajo interrogatorio, y Lady Winchester se encontraba en el sofá, con las manos sobre su bastón y la barbilla levantada en un gesto de altivez.

—Por favor, sentaos —dijo el duque cuando entraron en la habitación—. Mi madre tiene algo que querría decirnos a todos.

La duquesa viuda se erizó. —Realmente no entiendo por qué esto tiene tanta importancia.

—Te dije que compartieras esto hace semanas, Elizabeth —dijo Lady Winchester con astucia —. Cuando te negaste, te di la opción: contárselo tú misma a Giles, o lo haría yo por ti. Hiciste tu elección. Ahora él lo sabe.

—Háblanos de Hudson Lewis, madre —dijo el duque con voz helada, sus palabras sobresaltando a Matthew, quien había tomado un lugar de pie en la parte trasera de la habitación después de que Juliana y Lady Prudence flanquearan a su abuela en el sofá.

—Para ser honesta, ni siquiera sabía el nombre del hombre, porque apenas importa —dijo con un encogimiento de hombros, mientras Matthew notaba que Juliana se inclinaba hacia su madre, claramente con una opinión sobre el asunto, aunque todavía no dijo nada.

—Madre —advirtió el duque secamente.

—Muy bien. Sabía que tu padre había estado pagando a una mujer —una Sra. Lewis— durante años. Aparentemente tuvo un hijo con ella. Me lo contó una noche en medio de uno de sus arrebatos de ira, como si proporcionarme esa información me causaría algún dolor —resopló —. Solo estaba contenta de que encontrara a alguien más a quien imponer su presencia.

Juliana y Prudence se miraron sorprendidas mientras Juliana dejaba escapar una tos que Matthew estaba seguro que pretendía ocultar el sonido de su sorpresa ante las palabras de su madre.

—Hubo un niño, y la mujer amenazó con hacerlo público. No estoy segura de por qué habría importado —muchos nobles tienen hijos bastardos por ahí. Pero vuestro padre decidió que eso mancharía la reputación que él sentía tan prístina y decidió que, en cambio, le pagaría para que mantuviera la boca cerrada sobre la situación.

—Y para cuidar del niño.

Todos miraron a Juliana, quien finalmente había expresado su opinión. Levantó una mano.

—Era hijo de padre. Él *debería* haberlo cuidado, financieramente si no de otra manera, ¿no es así?

—Bueno, yo...

—Es cierto —añadió Lady Prudence en apoyo a su hermana—. Era su responsabilidad.

—Así no son las cosas. Sin embargo, tal como fue, el niño creció, se mudó a Londres, y aparentemente vuestro padre dejó de pagarle a la mujer cuando el muchacho terminó su educación. Eso es todo lo que sé.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —insistió el duque, y su madre lo miró con horror.

—¿Por qué te lo *diría*? ¿Qué diferencia hace?

—Es nuestro hermano —dijo Juliana, pero su madre ya estaba negando con la cabeza.

—*No* es vuestro hermano. No de ninguna manera que importe.

—Estás equivocada —dijo Juliana en voz baja antes de levantarse—. ¿Eso es todo?

—¿Lo es, madre? —preguntó el duque, y ella asintió.

—Deberías habérnoslo dicho tan pronto como la familia se vio amenazada —dijo el duque, y los ojos de la duquesa viuda se abrieron de par en par.

—¿Crees que este hombre podría ser el que nos está amenazando?

—Probablemente no, pero *es* un sospechoso —dijo Matthew, finalmente interviniendo, y todos los ojos se volvieron hacia él, como si hubieran olvidado que estaba allí—. Es una de las pistas que estamos siguiendo.

—Voy a pasear por los jardines —dijo Juliana, aparentemente terminando con la conversación—. Regresaré en breve.

—¡No vayas sola! —le gritó su madre, y el duque miró a Matthew, quien asintió en comprensión y la siguió afuera.

—¡Lleva a Abigail! —añadió la duquesa viuda al ver que Matthew la acompañaba, y él oyó a Juliana suspirar antes de pedirle al mayordomo que buscara a su doncella.

Cuando los tres estuvieron finalmente listos, Juliana salió por la puerta principal, con Matthew y la doncella siguiéndola obedientemente. Una vez que estuvieron a cierta distancia, Juliana se detuvo y se dio la vuelta.

—Abigail, ¿te gustaría sentarte en el banco y mirar el agua por un rato?

Abigail asintió mientras Juliana le pasaba una bolsa de dulces, que la chica tomó con gran alegría.

Matthew esperó mientras se adentraban más en los setos, consciente de que Juliana obviamente quería hablar con él sobre lo que acababa de ocurrir.

—Esa fue una conversación interesante —comentó ella, a lo que él asintió.

—Lo fue, aunque me temo que tu madre no aportó ninguna información nueva.

—No, no lo hizo, pero probó algo.

—¿Qué cosa?

Juliana se volvió hacia él ahora, colocando sus manos en su pecho, y él miró alrededor para asegurarse de que estaban fuera de la vista de la casa.

—Mi madre... hace lo que cree que es mejor para nosotros, pero no es del todo una buena persona. Mi padre ciertamente no lo era. Amo a mi hermano y a mi hermana, y siempre han sido mi mundo, pero no son mejores que cualquiera de estatus inferior. Lo que estoy tratando de decir, y fracasando espectacularmente, es que *piensas* que no eres lo suficientemente bueno para mí, pero esa no es en absoluto la verdad. He conocido a tu familia y son las personas más maravillosas. Puede que no sean la familia de un duque, pero tienen corazones que valen más que cualquier título. Si me preguntas —y sé que no me estás preguntando, pero te lo diré de

todos modos— soy yo quien no es lo suficientemente buena para *ti*.

Sus palabras derritieron algo dentro de él, algo que lo había estado reteniendo.

—Tú siempre serías suficiente para mí, Juliana, pero eso no cambia ciertos hechos.

—¿Como cuáles?

—A ti y a mí nunca se nos permitiría estar juntos. Ni por tu madre ni por tu hermano...

—A Giles se le puede convencer. Simplemente no le daré otra opción.

—¿Vas a decirle al duque lo que debe hacer?

—No subestimes mis poderes de persuasión —dijo con un guiño, y de alguna manera, le creyó. Mira hasta dónde lo había convencido a él, después de todo.

Se puso de puntillas y lo miró, sin besarlo esta vez, pero obviamente esperando que él diera el primer paso.

Con un suspiro, bajó su boca hacia la de ella, incapaz de resistirse. Ciertamente sabía cómo presentar un argumento convincente, y si fuera un hombre le sugeriría que se convirtiera en abogada para defender su caso, pues no estaba seguro de cómo alguien podría negarle algo.

Pensó en su trabajo en el panfleto, en la pasión que sentía por su sociedad y su causa, y reconoció lo afortunados que eran todos de tenerla de su lado.

Y lo afortunado que era él de tener a una mujer como ella en sus brazos, en sus labios, ya fuera por ahora o para siempre.

Se rindió ante ella y su beso, y ella se acercó más a él. No pudo evitar que sus manos vagaran por la parte posterior de su vestido y subieran por sus costados hasta que estuvieron acunando sus pechos, aunque sabía que no debería tocarla, pero ella disipó todas sus dudas.

—Sí —respiró en él, y fue todo el estímulo que necesitó para rozar con sus pulgares sus pezones, que se endurecieron ante su toque. Ella se arqueó contra él, claramente disfrutándolo, y él deslizó una mano dentro del corpiño de su vestido y encontró su piel suave. Su pezón se endureció aún más, y ella, probablemente sin saberlo, se frotó contra su dolorosa erección mientras él la acariciaba y la provocaba. Dejó su boca, sus labios mordisqueando el lóbulo de su oreja antes de trazar una línea por su cuello hasta su clavícula. Solo podía imaginar cómo se vería debajo de él sin una sola prenda de ropa, lista para su exploración. El pensamiento casi lo puso de rodillas, especialmente cuando parecía que ella estaba lista para hacerlo realidad.

Ella alcanzó la bragueta de sus pantalones, y él se preguntó si siquiera sabía lo que estaba buscando, pero se apartó antes de que pudiera ir más lejos, su respiración agitada mientras miraba fijamente sus labios rosados e hinchados y su pecho que subía y bajaba.

—Juliana —dijo desesperadamente, y ella se inclinó hacia él.

—Quiero más.

—No podemos.

—Tal vez no ahora, no aquí —dijo ella—. Pero en algún momento. Quiero... *necesito* más.

—¿Siquiera entiendes qué es ese "más"?

—Tengo una idea —dijo con una sonrisa pícara—. Mi abuela nos proporcionó a Prudence y a mí bastantes detalles.

Matthew casi se atragantó con esa información, especialmente al pensar que venía de Lady Winchester.

—No estoy seguro de qué decir a eso.

—Di que lo haremos, que podemos.

—No puedo hacer ninguna promesa —dijo finalmente—. No quiero arruinarte para... para quien sea que un día se convierta en tu esposo.

Ella entrecerró los ojos. —¿Y quién supones que será ese?

—Parecías bastante interesada en Lord Hemingway.

Ella apartó la mirada de él, la brisa haciendo que sus mechones de pelo sueltos flotaran lejos de su rostro. —De hecho, necesito hablar con él —dijo—. No tengo ningún deseo de hacerlo, porque solo lo estaré decepcionando, lo que no me da ninguna alegría. Pero tampoco puedo casarme con él. Ambos lo sabemos.

Matthew extendió la mano y tomó las suyas. —Si soy honesto, debo decirte que nunca he sentido por otra mujer lo que siento por ti. Pero Juliana... ¿cómo tendríamos un futuro juntos? ¿Qué tengo para ofrecerte? Has visto la vida que llevo, cómo sería un hogar conmigo.

—¿Como el de tus padres?

—Sí, algo así.

—Me encantó el hogar de tus padres. Estaba tan lleno de amor.

—Sí, pero ¿podrías dejar una mansión como esta —una de las muchas donde resides actualmente— para vivir en un lugar pequeño?

—Por supuesto —dijo, pero Matthew escuchó el titubeo en su tono, y se dio cuenta de que probablemente era la primera vez que realmente había pensado en esto y se había imaginado cómo sería esa vida. Su vacilación lo llevó de vuelta a todas las razones por las que había tratado de advertirles a ambos que se alejaran de esto en primer lugar.

—Juliana —dijo suavemente, pasando sus manos por sus brazos—, solo tómate un tiempo y piénsalo. No te precipites.

—Cuando estoy contigo —dijo, inclinándose hacia él—, nada más importa. No pienso en nada más que en ti. En estar contigo. En cómo se sentiría...

Tuvo que detenerla ahí.

—Quizás ese es el problema, entonces —dijo—. En cambio, piensa en ello cuando estés sentada en medio de Warwick House, disfrutando de una cena preparada por tu chef francés.

Dijo las palabras tan suavemente como pudo, pero sabía que aun así dolían mientras ella se sobresaltaba y se alejaba de él, haciéndolo sentir inmediatamente como un idiota.

—Juliana —dijo, extendiendo una mano hacia ella, pero ella le sonrió tristemente.

—Entiendo —dijo.

—Te digo esto porque me preocupo por ti —dijo con aspereza, no acostumbrado a expresar sus sentimientos en voz alta, pero necesitando que ella comprendiera—. Solo quiero que estés segura antes de seguir adelante con algo. Pero sabe esto... me importas profundamente. De verdad.

—Lo sé —dijo, extendiendo la mano y tomando la suya, entrelazando sus dedos—. Y siento lo mismo por ti. Necesito que lo sepas.

Él frotó su pulgar sobre el dorso de su mano, recordando cómo era tocarla más íntimamente, y asintió hacia la casa.

—¿Regresamos?

Sin embargo, no fue Juliana quien respondió, sino un gañido desde la distancia, y atravesaron la vegetación para encontrar a Lucy esperándolos en la valla.

—¡Lucy! —llamó Juliana, encantada de ver a la perra, quien parecía igualmente emocionada con el encuentro.

Se inclinó y acarició a la perra a través de la valla, mientras la mestiza inclinaba la cabeza hacia ella, aceptando el afecto.

Matthew las observó antes de acercarse él mismo y arrodillarse junto a ellas.

—Te has ganado su confianza —dijo en voz baja, extendiendo su propia mano, satisfecho cuando la perra lo lamió—. ¿Has pensado en llevarla a casa, en cuidarla?

Juliana sonrió con nostalgia. —Pienso en ello todo el tiempo.

—¿Entonces por qué no lo haces?

—Por la misma razón por la que no hago nada de lo que realmente me gustaría hacer: por mi madre y Giles.

—¿Qué pasó con seguir adelante y pedir perdón después? —bromeó.

Ella inclinó la cabeza. —Todavía sigo ese mantra, de verdad. Pero con todo lo demás que estamos pasando ahora mismo, no quiero aumentar sus preocupaciones.

Se dio cuenta, entonces, de que por mucho que ella hubiera sido afectada por su secuestro, parte del problema era que se sentía culpable por lo que le había hecho a su hermano, el miedo que había causado en su madre.

—No fue tu culpa, Juliana.

—Si no hubiera estado tan distraída, tan fácil de leer...

—No fue tu culpa —dijo, más firmemente ahora—. Fue culpa de quien orquestó este plan, alguien a quien yo debería haber atrapado ya.

—Pero estás demasiado ocupado cuidándome.

—En absoluto —negó con la cabeza—. Esto es parte de mi trabajo.

—Claro —dijo, mirando de nuevo a Lucy, evitando su mirada—. Parte de tu trabajo.

—Cuidarte puede ser el trabajo, Juliana —dijo con fiereza, tomando su barbilla entre su pulgar e índice—. Pero tú, Juliana, *tú* eres mucho más que un trabajo.

Si no hubieran estado de pie junto a la valla y visibles para todos los que pasaban, la habría besado justo en ese momento, pero tal como estaban, tendría que esperar por otro momento, otro día.

Hasta entonces, simplemente tendría que mostrarle lo especial que realmente era de otras maneras.

CAPÍTULO 16



Con Matthew dedicando los siguientes días a seguir pistas de los adversarios más vocales de su padre, Juliana hizo todo lo posible por ayudarlo en sus esfuerzos simplemente quedándose en casa. Iba en contra de todo en su naturaleza sentarse y no hacer nada, pero pasó su tiempo ayudando a Emma en los jardines, visitando a Lucy en la valla, y trabajando en su folleto, que estaba casi terminado.

Estaba bastante enamorada de los dibujos de Matthew, y todo lo que tenía que hacer ahora era encontrar una imprenta que pudiera armarlo y crear las copias para ella. Apenas podía esperar para verlo en papel real y en manos de lectores por todo Londres.

Como no había solicitado su presencia, se sorprendió cuando Matthew llegó una tarde por iniciativa propia, con una expresión seria en el rostro al entrar en la pequeña sala que ella había ocupado como su cuarto de trabajo.

—Juliana —la saludó al ver que estaba sola. Abigail se deslizó en la habitación tras él y tomó asiento en el rincón, así que cuando él se acercó y movió una silla para estar justo a su lado con el fin de hablarle en voz baja al oído, Juliana se sintió intrigada.

—¿Sí?

—Tenemos un pequeño... problema.

—¿Oh?

—Lewis vino a mi oficina.

—¿*Hudson* Lewis? ¿Mi hermano? —Estaba tan sorprendida que su voz se elevó, haciendo que Abigail levantara la vista del libro que Juliana le había prestado. Juliana bajó el tono—. ¿Por qué?

—Le había dicho mi nombre, así que preguntó sobre mí, descubrió dónde trabajaba. Quisiera tener esa cena que mencionaste.

—¿Y?

—No pude decir que no, y la conversación se volvió bastante incómoda, así que finalmente tuve que pedirle que viniera.

—¿Cuándo?

—El viernes.

—¡El viernes! ¿Cómo vamos a arreglar tus habitaciones para entonces?

—No lo sé.

Juliana se puso de pie y comenzó a murmurar para sí misma mientras caminaba de un lado a otro. —Tendremos que hacer una cena temprana para que pueda irme sin que nadie se entere.

Tendré que ir a ver a Lady Maria y confesar que la he estado usando como excusa. Quizás me permita hacerlo de nuevo, ya que apenas puedo hacerlo sin preguntarle esta vez, especialmente para un evento nocturno, pues es difícil saber dónde podría estar, y...

—Juliana... —Extendió la mano en un gesto para detenerla—. Siéntate. Determinaremos la mejor manera de proceder. Y lo haremos juntos. ¿Entiendes?

Ella se detuvo frente a él y tomó aire.

—Sí. Entiendo.

—Bien. Primero, organiza un momento para ver a Lady Maria. Luego puedes mirar mis habitaciones, ver qué te parecen, qué podemos hacer para mejorarlas. Después tendremos que organizar un menú.

La miró con repentino interés. —¿No sabrás cocinar, verdad?

Al principio su expresión fue de horror, y luego no pudo evitarlo: comenzó a reír. Porque la idea de cocinar una comida que no solo fuera comestible sino que pasara como la que haría una ama de casa... era casi demasiado.

Matthew pareció desconcertado por su risa al principio, hasta que finalmente las líneas junto a sus ojos se arrugaron y se unió a ella. Abigail los observaba como si se hubieran vuelto locos, pero cuando finalmente sus risas se calmaron, Juliana lo miró con las manos en las caderas.

—Vamos a tener que pedir ayuda.

* * *

LA AYUDA vino en forma de la hermana de Matthew, Betsy, quien aceptó con dos condiciones: la primera, que Matthew y Juliana le contaran todo lo que estaba ocurriendo, y la segunda, que cuidaran de Andrew mientras ella ayudaba a organizar la comida.

Matthew dejó ambas decisiones a Juliana, quien aceptó sin dudar.

—Confío en ella —explicó mientras estaban frente al edificio de Lady Maria. Hoy era el día en que Juliana tendría que confesar uno de sus pecados a la mujer y rezar para que no les contara a ninguna de sus madres sobre lo que Juliana realmente había estado haciendo.

—¿Qué harás mientras hablo con ella? —le preguntó a Matthew.

—Preguntaré al mayordomo si puedo permanecer en la casa. No parecería correcto estar en la habitación contigo, pero puedo hacer guardia en la puerta. ¿Qué te parece?

—Está bien —dijo, antes de extender la mano y tocar su brazo—. Además, me gusta tenerte cerca.

Sonrió cuando notó que él tuvo que aclararse la garganta antes de seguirla escaleras arriba, con Abigail tras ellos. Juliana tendría que hablar con Abigail sobre sus planes del viernes. Quizás podría convencerla de tomarse una noche libre pagada, sin compartir la información con su madre o cualquier otro sirviente. Era un riesgo, pero uno que quizás tendría que correr.

—Lady Juliana, qué maravilloso verla —dijo Lady Maria, tan encantadora como siempre. Juliana se preguntó, no por primera vez, cómo habría sido si Lady Maria se hubiera casado con Giles, como era originalmente el plan de su madre antes de que Giles y Emma se enamoraran perdidamente. Una cosa era segura: Juliana no podía imaginar a su hermano y a Lady Maria como algo más que socios, cada uno cumpliendo su propósito en la sociedad. Le costaba imaginarlos como una potencial pareja romántica.

Juliana le dio las gracias y tomó asiento en el sofá frente a ella. Como hija de un acaudalado marqués, el hogar familiar de Lady Maria podría no haber estado al nivel de Warwick House, pero ciertamente era lujoso por derecho propio.

Ante la sonrisa educada pero ligeramente inquisitiva de Lady Maria, Juliana decidió prescindir de las cortesías por ahora e ir directamente al grano.

—He venido a ofrecerle una disculpa —dijo Juliana, y Lady Maria volvió a colocar la taza de té que había estado sirviendo en la mesa.

—¿Oh?

—Verá... tengo un proyecto que me apasiona bastante. De hecho, formo parte de una sociedad, pero es una que mi hermano... —vaya, era incómodo hablar de Giles, pero había llegado hasta aquí y no había vuelta atrás— no aprueba exactamente. Así que he estado asistiendo a estas reuniones —acompañada, por supuesto— pero puede que le haya estado diciendo que estaba... visitándola a usted.

Se detuvo, con el calor quemándole las mejillas, y echó un vistazo a Lady Maria para ver cuál era su respuesta a su confesión.

Para su sorpresa, Lady Maria se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas mientras miraba a Juliana con fascinación.

—Cuénteme más, por favor.

—¿Más? —logró decir Juliana—. ¿Sobre...?

—Pues, sobre su pasión secreta, por supuesto. Me encantaría escuchar sobre lo que la tiene tan cautivada.

—Muy bien —dijo Juliana con vacilación—. Sin embargo, le advierto que la mayoría de las personas no lo comprenden del todo.

Pero con la insistencia de Lady Maria, siguió adelante, contándole sobre la sociedad y sus esfuerzos. Lady Maria, educada para nunca interrumpir, se sentó y escuchó con las manos cruzadas en su regazo, la audiencia perfecta.

Solo cuando Juliana terminó de explicar, Lady Maria respondió.

—Vaya, Lady Juliana, eso es maravilloso.

—¿Maravilloso?

—Sí, que tenga tanta compasión por las criaturas que son menos afortunadas que nosotros. Y no solo eso, sino que actúe al respecto. La admiro mucho.

—G-gracias —dijo Juliana, momentáneamente aturdida. Emma siempre había dicho que apreciaba el trabajo de Juliana, pero Juliana era consciente de que Emma probablemente solo lo decía porque eran muy buenas amigas.

Lady Maria, sin embargo, no tenía razón para fingir; de hecho, tenía todas las razones para estar molesta con Juliana por usarla como excusa.

—¿No está molesta porque la usé como una mentira?

—Me siento halagada de que pensara en mí —dijo Lady Maria con una pequeña sonrisa.

—Pero... ¿por qué?

Ahora fue Lady Maria quien pareció sin palabras por un momento mientras hacía una pausa, probablemente ordenando sus pensamientos.

—Bueno, supongo que no suelen pensar en mí en ese sentido.

Juliana seguía sin entender, y su expresión debió reflejarlo.

—Tengo muchos conocidos, pero no tengo muchos amigos —dijo finalmente Lady Maria con prisa, y esta vez fue Juliana quien necesitó tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

—Pero usted es tan... tan... *perfecta*.

—Según todas nuestras madres, quizás —dijo Lady Maria con un delicado y elegante encogimiento de hombros—. Pero esa misma razón hace que la mayoría de las jóvenes —y hombres— me eviten. Y ahora que su hermano eligió a otra... bueno, estoy verdaderamente feliz

por ambos, pero ha causado ciertos cuestionamientos sobre qué falla encontró en mí.

—No tenía idea —dijo Juliana, sintiéndose de repente como una tonta. Nunca había pensado en incluir a Lady Maria en su círculo cercano, pues su presencia siempre le había recordado cuán inferior era ella comparada con la mujer que siempre había considerado la favorita de la sociedad.

—No debería haber dicho nada —dijo Lady Maria, inclinando la cabeza, sus mejillas de porcelana teñidas de rosa—. En cuanto a usarme como excusa, no me importa. Estoy feliz de hacer una pequeña parte para ayudar.

—Gracias —dijo Juliana, sabiendo que tenía que preguntar sobre el viernes pero sin saber cómo hacerlo de manera genuina—. Tengo un... evento el viernes por la noche al que me gustaría asistir pero...

Lady Maria se mordió el labio por un momento mientras pensaba en el dilema.

—Voy a ir a un baile que se celebra en Almack's. Podría decirle a su madre que asistirá conmigo, siempre que ella no tenga planes de ir. Entonces se daría cuenta de que está siendo poco sincera, a menos que yo pueda presentar sus excusas si la veo durante la noche. En cuanto a cómo fingirá su asistencia sin que ella la acompañe... eso tendría que dejárselo a usted.

—¿Haría eso por mí?

—Estaría encantada.

—No sé cómo agradecérselo.

—Continúe con su trabajo —dijo Lady Maria, lo que solo causó más vergüenza a Juliana cuando, de hecho, iba a estar con Matthew el viernes por la noche.

—¿Quizás podría visitarme la próxima semana? —preguntó Juliana, sorprendida al darse cuenta de que realmente hablaba en serio con la invitación; sí quería ver a Lady Maria otra vez, estaba interesada en pasar tiempo en su compañía.

—Me encantaría mucho —respondió Lady Maria, obviamente tratando de ocultar rápidamente su placer—. Gracias.

Pasaron el resto de la visita enfrascadas en una conversación más profunda de la que jamás habían mantenido, a pesar de que habían pasado bastante tiempo juntas, aunque la mayor parte del tiempo con sus madres, lo que significaba que era difícil intervenir, y si lo hacían, a menudo era conducida en la dirección de conversación que sus madres preferían.

Cuando llegó el momento de partir, Juliana se despidió con mucho cariño, y estaba prácticamente rebosante de emoción cuando ella y Matthew se marcharon.

—¿Siguiente parada? Holborn —dijo Matthew con una sonrisa seria—. Recogeremos a Betsy y luego continuaremos hasta mi pensión.

Juliana juntó las manos con entusiasmo mientras subían al carruaje, ansiosa por ver cómo eran sus aposentos. Recogieron a Betsy y Andrew en el camino, y cuando llegaron frente a un edificio marrón de dos pisos, Juliana miró por la ventana con curiosidad. Abigail accedió a quedarse en el carruaje con James en lo alto; Betsy le aseguró que ella sería una acompañante adecuada, y siguieron a Matthew al interior de su edificio.

Juliana no estaba segura de qué esperar de los aposentos de Matthew. Pero cuando cruzó la puerta, quedó bastante... decepcionada.

El apartamento estaba limpio y ordenado, lo que agradecía. Pero aparte de eso, era escaso, sencillo. Vaya, si no lo hubiera sabido mejor, se habría preguntado si alguien vivía allí.

Se giró para preguntarle por qué no tenía adornos en ninguna parte, pero Betsy obviamente adivinó lo que estaba pensando.

—Matthew siempre ha dicho que estaba demasiado ocupado para hacer de esto un verdadero

hogar —dijo con los labios fruncidos mientras dejaba a Andrew y le permitía explorar este nuevo lugar—. Creo que siempre supo que había algo más esperándolo.

Lanzó una mirada de complicidad primero a Juliana y luego a Matthew antes de continuar en la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho. Miró de nuevo a Juliana.

—Ahora, mi lady, ¿qué cree que deberíamos hacer para convertir este lugar en un hogar?

CAPÍTULO 17

A Matthew le daba vueltas la cabeza para cuando Juliana y Betsy terminaron. Se sentaron juntas, planeando y tramando, decidiendo que Betsy y Mary pondrían todo en marcha antes del viernes. A Juliana le habría gustado participar en gran parte de todo ello, pero sería demasiado difícil para ella encontrar suficientes excusas para ausentarse.

Matthew había disfrutado viéndola jugar con Andrew más de lo que le habría gustado admitir. No era difícil imaginar a Juliana como madre algún día, aunque tuvo que recordarse más de una vez que no sería de sus hijos, y que la nobleza criaba de una manera muy diferente a la que él estaba acostumbrado.

Ahora había regresado a su oficina para reunirse con sus hombres y ver si alguno había avanzado en las pistas que les había asignado a todos.

—¿Anderson? —comenzó, pero el hombre ya estaba negando con la cabeza.

—El lord al que le ganó todo ese dinero está muerto. No pudo haber sido él. Tampoco tenía familiares vivos que pudieran tener algún problema con eso.

—¿Pip? —preguntó después de asentir agradeciendo a Anderson.

—El banquero al que hizo perder su empleo lo recuperó y no parece guardar ningún rencor. Dicho esto, aun así lo investigué. No estaba en Londres en el momento de la muerte del duque.

Matthew continuó alrededor de la sala, pero cada pista moría, una tras otra.

—¿Green? —terminó, esperando poder contar con Owen para que le diera alguna buena noticia.

—He continuado investigando a Lewis, pero no parece tener ninguna interacción con la familia. La noche del secuestro de Lady Juliana, estaba en casa de su madre, por lo que pudimos averiguar.

Matthew asintió. —Eso es bueno, aunque supongo que su madre no es necesariamente una fuente confiable.

—Ciertamente podrían estar juntos en esto.

—Muy bien —dijo Matthew con cierta resignación. Su propia tarea para la semana había sido determinar los movimientos de Lord Hemingway durante el período en cuestión, pero por lo que podía saber, el hombre había estado fuera de la ciudad, en Bath—. Así que no hemos hecho ningún progreso.

—Hemos hecho *algún* progreso —lo corrigió Owen, y Matthew levantó la mirada, tratando de no aferrarse a demasiadas esperanzas.

—¿Cómo es eso?

—Interrogamos más a fondo a Cillian Reynolds, como pediste.

—El hombre que admitió haber secuestrado a Lady Juliana.

Había mantenido su compostura habitual cuando se había reunido con el hombre antes, pero eso fue antes... antes de que empezara a sentir algo por Juliana.

Ahora, si se enfrentara cara a cara con él, sabiendo que ese hombre había puesto sus manos sobre ella para llevársela y causarle tanto miedo, probablemente no podría evitar hacer algo de lo que nunca podría recuperarse.

—¿Tenía algo nuevo que decir?

—De hecho, sí —dijo Owen con una sonrisa de satisfacción—. Nos contó más sobre quién lo contrató.

—¿Ah, sí?

—Dijo que recibió las instrucciones en una nota, una que nos entregó.

—Déjame ver. —Matthew extendió la mano.

Owen le pasó el trozo de papel. Estaba arrugado, sucio ahora, después de haber estado en posesión de Reynolds durante tanto tiempo, pero eso no podía ocultar el hecho de que el papel era de cierta calidad, y la tinta y la caligrafía habían sido escritas por alguien de buena educación.

—Entonces fue alguien de la nobleza —dijo Matthew con gravedad—. O, al menos, un profesional.

Lo había sospechado, basándose en el hecho de que quien fuera que estuvieran persiguiendo parecía conocer los movimientos de la familia, había entendido las formas de la sociedad. Pero también sería mucho más difícil perseguir a alguien de alto estatus, incluso si su víctima había sido un duque.

—Bueno, al menos podemos reducir nuestra búsqueda —dijo, golpeando con los dedos sobre el escritorio—. Miremos de nuevo a los enemigos del duque, pero esta vez limitemos a aquellos que estarían en sociedad. También deberíamos considerar a los sirvientes de la casa que podrían haber ayudado al perpetrador. Personas que sabrían dónde estaría el duque, qué comería, cuándo comería. Recuerden, el duque original fue envenenado, y quien capturó a Lady Juliana sabía dónde estaría y qué la distraería. Y... —el pensamiento, el que le había estado molestando durante algún tiempo finalmente floreció—. Alguien que conociera al duque lo suficientemente bien como para saber que no duerme en las habitaciones del duque. Cuando alguien fue tras él mientras estaban en el campo, fue en la habitación en la que dormía.

—Muy bien, Archibald —dijo Owen, antes de pasar a los siguientes pasos y otros asuntos del día.

Matthew trató de concentrarse —este era su negocio, después de todo, y debería conocer todos los detalles de lo que estaba sucediendo—, pero tenía dificultades para enfocarse en algo que no fuera Juliana y su cena de mañana por la noche. Cena con Hudson Lewis, un hombre que, sin ser culpa suya, se estaba convirtiendo menos en un sospechoso y más en un amigo.

* * *

HASTA AHORA, todo había salido milagrosamente según lo planeado.

Juliana había convencido a su madre de que iba a acompañar a Lady Maria al baile de Lady Merryweather en Almack's. Su madre, por supuesto, había sugerido inmediatamente que ella y Juliana asistieran al evento junto con Lady Maria y su madre, Lady Bennington, pero entonces Prudence le había recordado oportunamente a su madre que iban a asistir a un concierto el viernes por la noche. La presencia de Juliana podía ser excusada, pero sería el colmo de la

descortesía si las tres eligieran asistir a otro evento después de confirmar su asistencia.

Su madre se mordió el labio, obviamente tratando de determinar cómo excusarse para el concierto. Le dijo a Prudence que harían acto de presencia en el concierto antes de partir para Almack's, lo que llevó a Juliana a escribir una nota a Lady Maria sobre los planes de su madre. Con suerte, si Lady Maria se la encontraba, podría excusarla, y para cuando la madre de Juliana regresara, Juliana estaría bien acostada en la cama.

Luego había sobornado a Abigail para que se tomara la noche libre después de salir con ella. Afortunadamente, tenía un pretendiente al que estaba ansiosa por visitar, y aceptó la noche libre pagada junto con un pago adicional de Juliana, así como la promesa de que si su madre alguna vez se enteraba, Juliana se aseguraría de que Abigail encontrara una excelente colocación en otro lugar.

Matthew había llegado a Warwick House para recoger a Juliana, y acompañó a ambas, a ella y a Abigail, calle abajo hasta un carruaje de alquiler. Viajaron con Abigail hasta la casa de su madre, donde se despidió de ellos, antes de que Matthew y Juliana comenzaran a dirigirse a la casa de Matthew.

Juliana golpeaba con los dedos sobre sus rodillas, de repente nerviosa por estar a solas con Matthew, especialmente porque iban a hacerse pasar por marido y mujer y actuar para Lewis, su hermano.

Matthew pareció entender sus temores cuando se inclinó y colocó sus manos sobre las de ella para detener su nervioso golpeteo.

—No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —dijo ella, arqueando las cejas—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Hay todo por lo que preocuparse!

—Betsy tiene todo preparado. Los apartamentos parecen bien habitados. Ya sabes cómo ser la anfitriona perfecta.

Ella dio vuelta sus manos para que sus palmas estuvieran contra las de él y apretó sus manos.

—Gracias.

—Por supuesto —dijo él antes de volverse para mirar por la ventana, y Juliana quedó cautivada por la forma en que la luz golpeaba sus pómulos. No deseaba nada más que abrazarlo y deleitarse en su calidez, en todo el consuelo que podría darle, pero no quería que él supiera lo cerca del límite que estaba. Así que en lugar de eso, permaneció en su asiento, con sus manos en las de él, y esperó a que el carruaje se detuviera.

* * *

—AQUÍ ESTAMOS —dijo Matthew, conduciendo a Juliana al interior—. Dulce hogar.

Vio cómo la mandíbula de ella se abría mientras miraba a su alrededor, y no pudo evitar sonreír.

—¿No es el mismo lugar que recuerdas? —preguntó.

—No, para nada. Es... bueno, es... ¡perfecto!

—Betsy y Mary convirtieron tu visión en realidad, eso es seguro —dijo él—. Déjame mostrarte dónde está todo en la cocina.

La condujo adentro, mostrándole los platos que Betsy y Mary habían preparado, con instrucciones sobre lo que necesitaba hacer para terminarlos.

—Qué maravilloso que hayan preparado tantos platos de verduras —dijo ella, conmovida de que las hermanas de Matthew pensaran en tal cosa.

—Prepararon un plato de carne para asegurarse de que fuera suficiente para Lewis, pero el resto lo hicieron según tu preferencia —dijo él—. Además, debería ser bastante fácil hacer los últimos preparativos.

—Debería haber pedido a Abigail que viniera —murmuró ella—. Tendría sentido que tuviéramos una sirvienta, ¿no?

—Quizás sí, quizás no —dijo él—. Pero habría sido otra oportunidad para que Lewis determinara la verdad.

—Eso tiene sentido —dijo ella mientras continuaba mirando a su alrededor con interés y asombro—. ¿Cuándo llegará? —preguntó.

—En cualquier momento —dijo Matthew, y ante su agitación, supo que necesitaba calmarla. Se paró frente a ella y rodeó su cintura con sus brazos, acercándola.

—Todo estará bien —dijo.

—No sabes eso —dijo ella, negando con la cabeza.

—Quizás no lo sé, es cierto —admitió—. Pero sé que pase lo que pase, estaré aquí para ti y tú para mí. Eso es suficiente, ¿no?

—Supongo que tendrá que serlo —dijo ella con una pequeña sonrisa, y Matthew no pudo evitar inclinarse y besarla en la nariz.

Un ruido sonó desde fuera de la puerta —más un arrastre de pies que otra cosa, y Matthew se separó de Juliana justo antes de que sonara el golpe. Ella se quedó un paso detrás de él mientras caminaba hacia la puerta, abriéndola con la sonrisa en su rostro... hasta que vio quién estaba al otro lado, de pie junto a Lewis.

—Señor Archibald, es bueno verlo —dijo Lewis con una sonrisa—. Gracias de nuevo por invitarme. Espero que no sea un inconveniente, pero para equilibrar los números y hacer que todo sea más cómodo para su esposa, traje a una invitada. ¿Puedo presentarle a mi madre?

CAPÍTULO 18



¿Su madre? Juliana se llevó una mano a la boca. Una cosa era conocer a su medio hermano, pero ¿a la mujer con quien su padre le había sido infiel a su madre? Bueno, eso era algo completamente distinto. Enderezó la espalda mientras esbozaba una sonrisa, recordándose el motivo por el que estaban haciendo esto —para encontrar justicia contra quien estuviera amenazando a su familia— pero no fue suficiente para prepararla para lo que vendría a continuación.

La pareja había entrado en la habitación, pero nadie había dicho nada además del Dr. Lewis. Eso era extraño, ¿no? Seguramente Matthew y la Sra. Lewis ya deberían haber intercambiado cortesías.

—Lo conozco —la voz de la Sra. Lewis era baja, quizás normalmente tenía un tono agradable, pero con esa declaración, contenía un dejo amenazante.

—Soy del vecindario —dijo Matthew, manteniendo aún la amabilidad en sus palabras—. Seguro nos hemos visto alguna que otra vez.

—No, no es eso. Lo *conozco*. He hablado con usted antes.

Oh, cielos. Esto no podía ser bueno.

—¿Quizás mi trabajo nos ha permitido conocernos? —dijo él, intentando obviamente mantener un tono ligero.

—Usted vino a mi puerta —dijo ella, con un dedo levantado frente a ella, apuntando a su pecho—. Usted y ese... ese hombre.

Juliana se retorció las manos. Había pensado en muchas formas en que esto podría haber salido mal, pero nunca consideró que podría haber salido *tan* mal. No estaba segura de quién era *ese hombre*, pero no podía evitar preguntarse si sería Giles.

—Ah, sí, tuvimos la fortuna de conocernos —dijo Matthew—. Quizás ahora podamos llegar a conocernos mejor.

La mujer entró completamente en la habitación, acercándose a Matthew, dándole a Juliana su primera oportunidad de verla apropiadamente. Era alta, y de edad similar a la madre de Juliana. Un aire de belleza aún la rodeaba, aunque su cabello ahora incluía mechones grises y había muchas más arrugas alrededor de sus ojos de las que habría tenido cuando el padre de Juliana la conoció.

—Usted vino con *él* —el hombre criado por ese monstruo. Para interrogarme sobre si yo había secuestrado a esa chica. Cuando en verdad, no quiero tener nada que ver con esa familia. Nunca lo quise.

Juliana supuso que podía entender el sentimiento de la mujer, pero la declaración aún le dolía, a pesar de todo.

—Madre —dijo el Dr. Lewis en un tono mesurado—, no estoy seguro de qué está hablando, pero ¿por qué no nos sentamos y lo discutimos más a fondo?

—Este hombre —dijo, señalando a Matthew una vez más—, trabaja para el hijo del hombre que te engendró.

El corazón de Juliana dio un salto cuando vio al Dr. Lewis mirar de Matthew a su madre y viceversa.

—Si ese es el caso, estoy seguro de que debe ser una coincidencia —dijo—. Conocí al Sr. Archibald y a su esposa por casualidad. Permítame presentarle a la *Sra.* Archibald y luego podemos sentarnos todos...

La mirada de la Sra. Lewis finalmente se volvió hacia Juliana, el reconocimiento entrando en sus ojos. Juliana no creía haber visto nunca antes a la mujer, aunque tenía un aspecto familiar.

—¿Sra. Archibald? Ja. Otra mentira.

—Sra. Lewis —dijo Juliana, dando un paso adelante con la mano extendida—. Quizás deberíamos...

—Esta, hijo —continuó la Sra. Lewis con ese dedo levantado de nuevo—, no es otra que Lady Juliana Remington, quien es la hermana del Duque de Warwick, también engendrado por *ese hombre*. Y a menos que haya ocurrido un milagro —de lo cual dudo mucho— ella *no* está casada con este investigador.

El Dr. Lewis se detuvo, congelado ahora, mientras miraba fijamente a Juliana antes de volver a mirar a su madre.

Finalmente, habló, aunque parecía que no estaba completamente seguro de qué decir.

—Es difícil saber por dónde empezar —dijo en tonos lentos y medidos y con una calma que sería necesaria en su profesión—, con el hecho de que mi padre era un duque, que tengo medio hermanos, o que ustedes dos me han estado mintiendo por razones desconocidas.

—Nada de eso importa —dijo su madre, envolviendo su brazo alrededor del codo de él—. Nos vamos.

—Por favor, no lo hagan —dijo Juliana, sorprendiéndolos a todos al dar un paso adelante—. Hay tanto de lo que me gustaría hablar con usted.

—Su familia es venenosa —dijo la Sra. Lewis, entrecerrando los ojos, y Juliana se recordó a sí misma que no era culpa suya que la mujer tuviera tales sentimientos, sino de su padre —como tantas cosas en su vida lo habían sido—. Debemos irnos.

El Dr. Lewis los miró por un momento como si no estuviera seguro de qué decir, pero parecía resignado a seguir a su madre hacia la salida.

Justo antes de que se girara para alejarse, después de que su madre ya había empezado a avanzar por el pasillo, Juliana tocó silenciosamente su brazo, y cuando él miró hacia atrás, ella colocó su tarjeta en su mano. Él no dijo nada, no reaccionó, pero se la guardó en el bolsillo, dejando a Juliana con alguna esperanza.

* * *

—BUENO —dijo Matthew, desplomándose en una silla—. Eso fue... inesperado.

Juliana caminaba de un lado a otro frente a él, sobre la alfombra que las hermanas de Matthew habían añadido por sugerencia de ella. Al principio se había mostrado reacia a hacer las recomendaciones, sin estar segura de quién pagaría por todo, pero Matthew le había asegurado

que podía permitírselo —había sido más una cuestión de tiempo y gusto que de si tenía el dinero —.

—¿Tenías alguna idea de que traería a su madre?

—Ninguna —dijo él, sin disfrutar al ver su agitación, aunque él tenía una sensación similar en lo profundo de su pecho.

—Nunca nos va a perdonar. Nunca. Justo cuando pensaba que tal vez podríamos construir una relación con él, que podría conocerlo mejor, que había ganado otro hermano...

—Juliana —dijo él, sabiendo que necesitaba detenerla antes de que se alterara demasiado para pensar con claridad—. Nunca hubiéramos podido hacernos amigos de Lewis honestamente a menos que conociera nuestras verdaderas identidades. De lo contrario, todo se basaba en una mentira, una que inevitablemente iba a descubrir, especialmente cuando nunca tuvieras un hijo.

—Lo sé —dijo ella, levantando las manos al aire—. Sé que tienes razón. Simplemente me siento... miserable. Nunca debí pensar que esto funcionaría. Nunca debí haber hecho nada de esto. Solo... —se detuvo y lo miró—. Supongo que me gustaba la idea de conocerlo mejor. Y especialmente me gustaba la idea de ser tu esposa.

Él se levantó del gran y mullido sillón que ocupaba cada vez que se tomaba un momento para relajarse realmente en sus aposentos y comenzó a caminar hacia ella, deteniéndose justo frente a ella. Miró sus manos, tomándolas entre las suyas.

—No debería admitir esto —se sorprendió diciendo—. Ni a ti ni a mí mismo. Pero a mí también me gustaba.

Ella levantó la mirada, sus labios a un suspiro de los suyos.

—¿Se ha desmoronado todo?

Él extendió la mano y colocó un mechón errante de cabello detrás de su oreja.

—Una parte sí, eso es seguro —murmuró—. Pero no todo. Ciertamente no todo.

Ella había iniciado muchos de sus besos, pero esta vez fue diferente. Esta vez fueron sus labios los que se acercaron a los de ella, reclamándolos, recordándole que sin importar lo que dijera la sociedad, sin importar cuál sería la decisión sabia cuando su futuro juntos era casi imposible, la dejaría con besos tan grandes y memorables que nadie más jamás podría compararse.

Debería avergonzarse de hacerlo, pero no podía. No cuando se trataba de Juliana. Porque si esta era la manera en que la reclamaría, haciendo el amor con sus labios, entonces la reclamaría.

—Matthew —murmuró ella contra su boca cuando hicieron una pausa para tomar aire, sus dedos subiendo por su pecho hasta que encontraron el camino para enlazarse alrededor de sus hombros y lo acercó más a ella—. Me haces sentir... todo.

Él inclinó su cabeza en el hombro de ella e inhaló la dulzura de su aroma, como pan de jengibre en Navidad.

—Lo sé, Jules —dijo—. Lo sé.

—Hazme sentir más —dijo ella, mirándolo con ojos brillantes, pero él ya estaba negando con la cabeza.

—No puedo —dijo, incluso mientras sus manos se deslizaban arriba y abajo por su espalda, atrayéndola más cerca.

—¿Por qué no? —susurró ella.

—Porque tú eres para otro. No para mí, un investigador que nunca podría darte la vida que mereces.

Ella sujetó sus mejillas entre sus manos y lo miró fijamente a los ojos.

—¿No lo entiendes? No. Me. Importa. Tú eres Matthew y eso es todo lo que me importa. *Tú*

eres el hombre del que me estoy enamorando.

Sus palabras lo elevaron más alto de lo que había estado antes en su vida y también lo pusieron de rodillas mientras trataba de imaginarse a sí mismo como digno de ella. No era un hombre que tuviera problemas para verse a sí mismo bajo una luz positiva, pero ella era Lady Juliana Remington, hermana de un duque. Él era un detective. Sería un escándalo del más alto nivel si ella alguna vez se mancillara con él.

—Yo... —Quería decirle que la amaba, pero sabía que eso solo fortalecería su resolución de estar con él, aquí y ahora, y no podía permitirlo. Necesitaba que ella tuviera algo de vacilación, porque no estaba seguro de tener suficiente para ambos—. Puedo darte placer. Eso puedo hacer.

Su sonrisa se ensanchó, sus labios extendiéndose ampliamente en su rostro, y él se propuso hacerla más feliz de lo que jamás había sido antes, aunque solo fuera por esta noche. Se inclinó y la levantó en sus brazos, a lo que ella respondió con un pequeño "¡uy!" de sorpresa antes de que él la llevara a través de la habitación y hacia su dormitorio al final del pasillo. No le había mostrado la habitación cuando ella había visitado el otro día, y sus hermanas no habían hecho nada para hacerla confortable como el resto de la casa. Seguía siendo la cama pulcra pero austera en la habitación pulcra pero austera, sin apenas nada en las paredes.

Pero ella no parecía importarle, así que en ese momento, a él tampoco.

La colocó reverentemente sobre la cama, quitándose la chaqueta antes de inclinarse sobre ella, pero no la tocó; en cambio, alcanzó detrás de ella y comenzó a aflojar su cabello, sacando una horquilla tras otra. Había anhelado verla con su cabello extendido a su alrededor; la idea de esto, especialmente sobre sus sábanas, era erótica. Continuó con ella observándolo hasta que terminó y su cabello ondulaba alrededor de la parte delantera y trasera de sus hombros. Mientras la miraba, supo que esta imagen de ella ocuparía para siempre un espacio en su mente: la suave crema de su vestido sobre sus mantas azul oscuro, sus mejillas sonrosadas y sus ojos verdes llenos de deseo... por él.

Si tan solo pudiera tenerla. Si no fuera por las grandes diferencias que los separaban, estaba listo para darle todo de sí y tomar lo que ella tuviera para ofrecer a cambio. El único problema era que ella era *demasiado* generosa, y él sabía que probablemente daría más de lo que debería.

Gateó sobre la cama hacia ella, deteniéndose cuando llegó a su cintura. Se arrodilló sobre ella, tirando de la parte inferior de su corpiño hacia abajo, centímetro a centímetro, hasta que sus pechos perfectos, cremosos y firmes quedaron expuestos ante él. Tomó primero uno y luego el otro en su boca mientras ella jadeaba sobre él y clavaba sus dedos en sus hombros.

Raspó ligeramente sus dientes sobre sus pezones mientras sus manos comenzaban a explorar su cuerpo a través de los confines de su vestido. Finalmente, tuvo suficiente, y alcanzó detrás de ella y comenzó a desabotonar los botones, deteniéndose a mitad de camino.

—Lo siento mucho... ¿te molesta? Di la palabra y me detendré, lo prometo...

—No. Te. Detengas.

Era enérgica cuando quería algo, eso era seguro.

Y a él le gustaba.

Tiró del vestido de su cuerpo pero dejó su camisola donde estaba, aunque no dejaba mucho a su imaginación. Al menos era una última barrera entre ellos, para evitar que él fuera más allá y descubriera lo que había debajo.

Pasó su mano por una pantorrilla suave, sobre su muslo, hasta que llegó al centro entre sus piernas, encontrando el punto de placer, que comenzó a acariciar mientras devolvía su lengua a uno de sus pezones.

—Matthew —jadeó ella de nuevo—. Oh, Matthew, esto es... esto es...

Sin embargo, no tenía que describirlo, porque él podía ver las palabras escritas en su rostro. Ella había estado entretenida antes, sí, pero ahora estaba cautivada. Y él era quien la hacía sentir así.

—¿Puedo continuar? —preguntó, y ella asintió.

—Por favor —dijo con un gemido, y él deslizó un dedo dentro de ella, haciendo que todo su cuerpo temblara.

Siguió moviéndose, dentro y fuera, mientras sus propios pensamientos se volvían nebulosos, su deseo igualando el de ella mientras su boca viajaba por su cuerpo, besándola a través de la tela arrugada de su camisola mientras descendía más y más.

Nunca había deseado a una mujer con tal intensidad, y estaba teniendo dificultades para recordar que no habría un final para él, que esto era para ella, y así la marcaba con todo lo que podía darle.

Su boca llegó al final de su camisola, y movió su mano para hacer espacio para su lengua.

—Matthew, ¿qué estás...? ¡Oh! —exclamó ella cuando él la encontró, aparentemente apenas capaz de contenerse mientras él la sostenía contra sí y saboreaba la esencia misma de ella. Levantó la mirada para poder seguir disfrutándola mientras veía cómo se veía —y ella parecía la diosa que era, sus mejillas sonrojadas, su espalda arqueándose en el aire. Sus manos envolvieron sus nalgas, manteniéndola cerca incluso mientras ella se retorcía contra él, buscando más aunque probablemente incierta de qué era exactamente ese más. Su lengua continuó moviéndose, saboreando, explorando, y ella temblaba a su alrededor de nuevo.

—Ven para mí —dijo, aunque no estaba completamente seguro de que ella supiera exactamente lo que quería decir con eso.

—Yo... yo solo... lo que estás haciendo, es demasiado bueno, es... es *hechicería*.

No pudo evitar reírse de eso, lo que debe haberle sentado bien porque ella extendió la mano y agarró su cabello mientras él volvía al centro de todas sus sensaciones y se movía dura y rápidamente. Ella gritó, y él esperaba que sus vecinos no pudieran oírla a través de las paredes.

Cuando finalmente se relajó contra él, la miró fijamente, incapaz de detener las palabras que brotaban de sus labios.

—Eres la mujer más hermosa que he visto jamás —dijo—. Y eres mía.

Vio el destello de triunfo en sus ojos, y tuvo que añadir, por el bien de ambos, —por ahora.

—Tienes razón —dijo ella, levantándolo hacia ella, quitándole la corbata y agarrando su camisa con los puños—. Soy tuya. Y quiero que me hagas tuya. De verdad, de todas las formas posibles.

CAPÍTULO 19

—No podemos.

Ella supo lo que iba a decir antes de que las palabras salieran de su boca, y ya estaba haciendo todo lo posible por hacerle cambiar de opinión.

—Sí podemos.

—Juliana...

—Matthew, tenías razón cuando dijiste que soy tuya. Y tú eres mío. Lo que suceda en el futuro, sucederá, pero hay algo que sé con certeza: nunca sentiré por otro lo que siento por ti. Nadie más hará jamás por mí lo que acabas de hacer, y sé que nadie amará como tú.

—Tu hermano me mataría.

—¿De verdad necesitamos hablar de mi hermano en un momento como este?

No pudo evitar reírse mientras la miraba, negando con la cabeza.

—¿Sabes lo ordenada que era mi vida antes de conocerte?

—Creo que tengo una idea.

Entonces se arrodilló y se quitó la camisa interior por encima de la cabeza, depositándola en el suelo junto a ella. Cuando vio sus ojos recorrerla, el evidente trago que dio, supo que lo tenía.

Se inclinó sobre él, tomando sus labios, y sabiendo que él deseaba esto tanto como ella. Lo atrajo consigo en la cama, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura mientras bajaba la mano y comenzaba a buscar la abertura de sus calzones, aunque no tenía idea de cómo liberarlo.

Sin embargo, él ya estaba con ella, y se deshizo rápidamente de ellos, quedándose pronto solo con la camisa de lino entre ambos. Ella la levantó y con un fuerte movimiento de brazo él se deshizo de ella, hasta que quedaron desnudos, piel contra piel, y fue lo más glorioso que había sentido en su vida.

No estaba segura de qué hacer aquí, tampoco, pero una cosa sabía: su prominente erección dirigiéndose hacia ella era lo que necesitaba para hacerlos uno, para permitirle sentir todo lo que había estado esperando. Extendió la mano y pasó suavemente los dedos por encima y cuando él gimió, supuso que estaba haciendo algo bien.

Mientras la besaba de nuevo, él bajó la mano y rozó el capullo de placer cuya existencia ella desconocía hasta hacía unos minutos, y sabía lo que estaba haciendo: preparándola para ir a ese lugar nuevamente, ese donde sentía toda la euforia posible en cuestión de segundos. ¿Llegaría allí otra vez? No tenía idea, pero haría cualquier cosa para lograrlo.

—Por favor —murmuró, y él se inclinó y mordisqueó su cuello.

—¿Estás pidiendo algo?

Ella extendió la mano y le dio una palmada ligera, lo que le sorprendió lo suficiente como para que interrumpiera el beso por un segundo, y ella sintió su sonrisa contra sus labios.

—¿Estás segura?

—Nunca lo he estado más.

Él se colocó en su entrada y comenzó a deslizarse dentro de ella.

Juliana no estaba segura de para qué prepararse, pero él murmuró: —Relájate, amor —en su oído, y ella trató de hacerlo mientras él avanzaba lentamente, llenándola centímetro a centímetro. No estaba segura de que fuera posible que encajaran juntos, pero sintió el momento en que su cuerpo pareció aceptarlo, cuando realmente se relajó lo suficiente para que los dos se fundieran como uno solo. Hubo un momento de dolor agudo, pero pasó bastante rápido mientras él se quedaba quieto dentro de ella, obviamente dándole tiempo para acostumbrarse a lo que estaba sucediendo.

No necesitó mucho tiempo.

—Más —dijo ella, y él respondió deslizándose lentamente hacia fuera, y luego hacia dentro nuevamente.

—¿Se siente bien?

—Sí —dijo ella, y él hizo lo mismo otra vez, hasta que ella se impacientó, preguntándose si podrían ir más rápido, y decidió que solo había una cosa que hacer, que era tomar el control de la velocidad ella misma.

Levantó las caderas para encontrarse con él, y él pareció entender lo que necesitaba cuando comenzó a moverse dentro de ella más rápido, y mientras ella había sentido el placer antes, ahora era una sensación completamente diferente. Luego, cambió el ángulo de su embestida para rozarse contra ella, incluso mientras la besaba con tal ternura que ella supo lo que él sentía por ella, aunque no lo dijera en voz alta.

Las sensaciones comenzaron a crecer dentro de ella nuevamente, hasta que estaba temblando a su alrededor, y todo su mundo explotó en un caleidoscopio de colores. Apenas estaba bajando de esa cima cuando él salió abruptamente de ella y abrió los ojos a tiempo para verlo limpiarse a su lado.

Luego él volvió a colocarse encima de ella, y la besó en la frente, la nariz, la mejilla, la mandíbula, mientras se miraban con completo y absoluto asombro.

Él abrió la boca, pero ella puso su dedo índice en su barbilla y la cerró antes de que pudiera decir algo.

—No lo digas.

—Yo...

—No. Eso fue maravilloso y asombroso y todo lo que podría pedir jamás. Lo que yo *pedí*. Pase lo que pase, lo recordaré por el resto de mi vida.

—Yo también —dijo finalmente, la sonrisa que ella esperaba finalmente cruzando su rostro —. Yo también. Ahora, por mucho que me gustaría mantenerte aquí en mi cama toda la noche, creo que ya hemos tenido suficientes emociones por una noche. No quisiera abusar de nuestra suerte.

Se levantó, poniéndose su ropa antes de ayudarla a ponerse de pie. —Ven, vamos a alimentarte. Luego es hora de llevarte a casa.

* * *

MATTHEW SENTÍA que caminaba sobre el sol al día siguiente después de su noche con Juliana.

Había una parte de él que le seguía recordando que había cometido un error colosal, por supuesto, pero trató de silenciar ese aspecto de su mente y en cambio, al menos por un día, concentrarse en Juliana y en todo lo que habían compartido.

Era un tonto por preocuparse por ella, lo sabía, pero se preocupaba por ella, sí, incluso podría ir más allá y decir que la amaba, aunque no estaba del todo listo para admitirlo ante sí mismo.

Para cuando entró a su oficina, estaba tarareando para sí mismo, pero se detuvo cuando entró por la puerta y encontró a algunos de sus hombres mirándolo.

—¿Archibald?

—¿Sí, Owen?

—Tiene un visitante.

Su cabeza se levantó de golpe y miró hacia el lado de la habitación donde estaban las pocas sillas para invitados, sorprendido de encontrar a Hudson Lewis de pie frente a ellas, esperándolo.

—Lewis —dijo con calma—, venga conmigo a mi oficina.

Cerró la puerta detrás de ambos, señalando la silla frente a su escritorio. Matthew decidió ir directo al punto del asunto.

—No lo insultaré ofreciéndole mis disculpas. Sin embargo, puedo proporcionarle una explicación si eso es lo que busca.

Lewis se sentó tranquilamente y entrelazó sus manos en su regazo.

—Lo agradecería. No hace falta mucho para sorprenderme, pero quedé bastante desconcertado por todo lo que supe anoche, eso es seguro. Desafortunadamente, mi madre no fue extremadamente comunicativa sobre mi padre y mis antecedentes. Nunca lo ha sido, y nada cambió cuando parte de la verdad salió a la luz ayer. Esperaba que pudiera llenar algunos de los vacíos.

—Muy bien —dijo Matthew, recostándose en su silla mientras tamborileaba con los dedos en el escritorio frente a él, tratando de determinar cuánto compartir con Lewis. Finalmente, decidió que no tenía nada que perder al contarle todo lo que sabía sobre los antecedentes del hombre y la historia familiar y procedió a hacerlo. Le contó cómo descubrieron su conexión con la familia del duque a través de los libros de contabilidad, lo que le sucedió al duque, e incluso que habían considerado a Lewis como un posible sospechoso. Le dijo que Juliana nunca debió ser parte de esto, pero ella había insistido en participar en el plan debido a lo mucho que deseaba conocer al medio hermano que nunca supo que tenía.

—No sé si significa algo, pero ella nunca creyó que usted fuera culpable —dijo—. Disfrutó la oportunidad de conocerlo y quedó muy afligida anoche después de que se fuera.

—Ya veo —dijo Lewis, juntando las puntas de sus dedos—. Fue una noche bastante desafortunada. No puedo decir que disfrute que me mientan, aunque no puedo evitar estar algo interesado en aprender más sobre la familia.

—Hay algo que puedo decirle —dijo Matthew—. Por lo que he aprendido, los hijos no se parecen en nada al hombre que me dicen que era el duque. Nunca lo conocí personalmente, pero según todas las versiones, no era un buen hombre. Sin embargo, he disfrutado trabajar con el duque actual.

—¿Y las damas Juliana y Prudence? —dijo Lewis con una leve mirada de complicidad.

—También son buenas personas —finalizó Matthew con bastante neutralidad—. La duquesa viuda quizás necesite algo de tiempo para acostumbrarse a la idea de que todos ustedes se conozcan.

—Ya veo —dijo Lewis, antes de ponerse de pie—. Bueno, si ellos quisieran saber más sobre mí, supongo que no hay mejor momento que el presente.

—¿El presente?

—Sí —dijo Lewis—. ¿Le importaría mostrarme dónde viven?

* * *

JULIANA SE SORPRENDIÓ y alegró cuando Lady Maria la visitó el día después de haber estado con Matthew.

—¡Qué agradable verte! —dijo, antes de asentir a Lady Bennington, quien la seguía detrás. Por supuesto, Lady Maria siempre viajaría debidamente acompañada, aunque también lo hacían la mayoría de las jóvenes de la *ton*. Juliana se reprendió, recordándose que a ella le *agradaba* Lady Maria, y que ya no debería pensar mal de ella.

—Es bueno ver que se ha recuperado, Lady Juliana —dijo Lady Bennington.

Juliana murmuró un breve "por supuesto", antes de encontrar la mirada de Lady Maria.

Mientras la madre de Juliana, Emma y Prudence daban la bienvenida a Lady Bennington, Juliana condujo a Lady Maria a un lado de la habitación.

—¿Todo salió bien anoche? —le preguntó suavemente.

—Sí, en su mayor parte —susurró Lady Maria—. Tu madre apareció y preguntó por ti, pero le dije que te habías ido con un dolor de cabeza. Mi madre pareció muy interesada en dónde habías estado, pero la distraje rápidamente. Solo debemos asegurarnos de que no hablen en detalle sobre el tema, o será difícil mantener la mentira. Mi madre insistió en acompañarme a visitarte hoy.

—Está bien —dijo Juliana, aunque su ritmo cardíaco se había acelerado—. Muchas gracias por tu ayuda en todo esto.

—Por supuesto —dijo Lady Maria con una amplia y bonita sonrisa—. Estoy feliz de ayudar.

Se sentaron en un lado del salón cerca de Prudence y Emma, mientras Lady Bennington y la duquesa viuda estaban al otro lado, cerca del servicio de té.

—Ahora, cuéntame sobre anoche —dijo Lady Maria en voz baja en su oído, con los ojos brillantes, y Lady Juliana trató de pensar en una explicación plausible además de que la noche anterior había sido la mejor experiencia de su vida, pero justo entonces el mayordomo, Jameson, entró en la habitación.

—Su Gracia —dijo, a Lady Emma—, tiene otro visitante.

Cruzó la habitación y le entregó una tarjeta.

Los ojos de Lady Emma se agrandaron, y levantó la mirada, encontrándose con los ojos de Juliana antes de dirigirlos hacia la madre de Juliana con cierta vacilación.

Todos en la habitación ahora la miraban, y ella se puso de pie, caminando hacia la puerta. —Si me disculpan un momento —dijo, mientras Jameson la seguía afuera.

Después de un breve silencio incómodo, la conversación se reanudó, aunque rápidamente fue interrumpida por la actividad en el pasillo.

—Su Gracia, el salón ya está ocupado, quizás quiera entrar al cuarto de estar...

—¿Está Lady Juliana aquí? —Oh, cielos. El "Su Gracia" en cuestión era Giles. Esto no podía ser bueno.

—Ella está en el salón también. Su Gracia, tiene visitantes...

Pero Giles, aparentemente, no se preocupaba demasiado. Era el duque, sí, pero tampoco tenía tanto respeto por las conveniencias sociales como debería haber tenido.

—¿Juliana? —dijo, de pie en la puerta, con Emma detrás de él, tirando de su codo.

—¿Sí?

—Creo que tienes algunas explicaciones que dar.
Y allí, atrapado en la luz del pasillo, había un hombre que Juliana reconoció demasiado bien.
Su otro hermano.

CAPÍTULO 20



Matthew tenía la sensación de que este encuentro no iba a terminar bien, no con la duquesa viuda en la casa y especialmente no cuando tenía compañía.

A su llegada con Lewis, Jameson los había dejado esperando en el vestíbulo mientras buscaba a la duquesa. Mientras tanto, el duque había llegado a casa y exigido una explicación de cómo Lewis sabía sobre su familia, la cual Matthew había ofrecido lo mejor que pudo, aunque deseaba haberlo hecho sin Lewis presente, pues ahora básicamente estaba admitiendo sus pecados dos veces ante el hombre. Omitió el papel de Juliana en su explicación, pero Lewis había dejado claro que ya la había conocido, lo que provocó las preguntas esperadas del duque.

Lo que los llevó a su situación actual.

Todos estaban sentados en la sala ahora, después de que Lady Bennington y su hija hubieran partido apresuradamente, aunque no antes de que Lady Maria y Lewis intercambiaran bastantes miradas interesadas entre sí. Matthew no estaba seguro de qué se trataba —¿se habían conocido antes?— pero pronto dejó el pensamiento de lado, ya que había muchas otras cosas de las que preocuparse.

Como el hecho de que la duquesa viuda estuviera presente para la presentación de Lewis.

—Bueno —dijo Matthew cuando parecía que nadie más iba a decir nada. También estaba haciendo todo lo posible por no mirar fijamente a Juliana, sentada frente a él con ojos grandes y labios rosados con los que ahora estaba demasiado familiarizado—. Me gustaría presentarles a Hudson Lewis, a quien todos ustedes conocen. Dr. Lewis, este es el Duque y la Duquesa de Warwick, la duquesa viuda de Warwick, Lady Juliana y Lady Prudence. Ah, y aquí está Lady Winchester ahora.

Lewis asintió a cada uno de ellos antes de sentarse hacia adelante con las manos juntas frente a él, los codos sobre las rodillas.

—Esta es una situación bastante incómoda, soy consciente de ello —dijo—. No estaba seguro de cómo manejarla, pero acabo de descubrir mis antecedentes anoche y estaba... interesado en saber más.

—¿Qué quiere de nosotros? —dijo la duquesa viuda bastante bruscamente.

Lady Juliana replicó con un: —¡Madre!

Lewis no se inmutó.

—No quiero nada. Tengo una práctica exitosa como médico y no necesito nada más. Simplemente quería conocer a quienes acabo de saber que son mis medio hermanos. También

estoy aquí para decirles que no tuve nada que ver con la muerte del anterior duque. De hecho, ni siquiera sabía que él era mi padre hasta ayer.

La duquesa viuda resopló pero no dijo nada más.

—Nos alegra que haya venido —dijo Juliana con cierta vacilación—. Sé que cuando le conocí no fui sincera, y por eso me disculpo. Si sirve de consuelo, nunca pensé que tuviera algo que ver con la muerte de mi padre.

—¿Y dónde, Juliana, tuviste la oportunidad de conocer al Dr. Lewis? —preguntó su madre bruscamente, y las mejillas de Juliana se sonrojaron.

—Estaba fuera un día y casualmente lo encontramos. El Sr. Archibald ya estaba entablando amistad con él, y justo me acompañaba en un recado cuando nos topamos con el Dr. Lewis.

—Ya veo —dijo la duquesa viuda. Era evidente que tenía más preguntas pero no deseaba hacerlas ahora con Lewis en la habitación.

—Quizás no debería haber venido —dijo Lewis—. Pero les proporcionaré mi dirección si desean hablar más adelante.

Se levantó para irse, pero fue el duque quien se adelantó ahora, colocándose entre Lewis y la entrada.

—Eso no será necesario —dijo—. Nos alegra que nos haya buscado. Por favor, tome asiento. Debe quedarse a cenar.

—No tienen que...

—Insisto —dijo el duque, y Matthew pudo ver las similitudes en los rasgos entre los dos medio hermanos. El duque se acercó a Matthew y le tendió la mano—. Gracias, Archibald —dijo —. Creo que podemos cerrar la puerta sobre este asunto. Le veremos mañana.

Matthew tomó su mano incluso cuando se dio cuenta de que, efectivamente, lo estaban despidiendo. Asintió al duque, girándose para una última mirada a Juliana antes de irse. Ella lo estaba mirando, la expresión en su rostro diciéndole que se quedara, pero ¿por qué razón?

Lewis era bienvenido, porque ahora era parte de su familia. ¿Matthew? Él no era nada. Nada más que un empleado.

* * *

ERA interesante cómo la vida de uno podía cambiar tan drásticamente en tan poco tiempo.

La mayor parte de la vida de Juliana había sido bastante aburrida, con la excepción de su trabajo con su sociedad de bienestar animal. Pero todo lo demás era una rutina monótona de hacer lo que se esperaba de ella, con los únicos cambios siendo pequeños fragmentos de chismes que no significaban nada en el gran esquema del mundo. Incluso la muerte de su padre solo había servido para proporcionarle mayor libertad.

Pero ahora todo había cambiado. Tenía un medio hermano, uno que la mayoría de su familia —con la excepción de su madre— parecía aceptar. Había hecho el amor con un hombre, y no con cualquier hombre, sino con uno que también había capturado su corazón. Si tan solo supiera cómo sería una vida juntos, haría que las discusiones futuras fueran más fáciles. Una cosa que sí sabía, sin embargo, era que no estaba dispuesta a renunciar a la oportunidad de estar con él.

Sin embargo, antes de seguir adelante con Matthew, tenía que hablar con otro hombre. Uno que probablemente también había visto el futuro de manera muy diferente de cómo iba a resultar, para ambos.

Lord Hemingway había pedido visitarla esta tarde, y ella había aceptado, pero solo porque sabía que tenía que decirle la verdad. Que no lo amaba, y que no podía casarse con él.

Estaba segura de que lo primero no sería una sorpresa —en ningún momento habían declarado sentimientos el uno por el otro, ni se esperaba ninguno—. Pero tenía la sensación de que Lord Hemingway y las madres de ambos habían estado bastante seguros de que lo segundo era un hecho, cuando, en realidad, ahora sabía que todo lo que había asumido como cierto —que todo lo que necesitaba en la vida era un hombre que le proporcionara apoyo financiero y moral— estaba completamente equivocado.

Esperaba que él lo tomara bien, que estuviera dispuesto a encontrar a otra persona que ocupara su lugar.

Solo no estaba segura de cómo reaccionaría su madre.

Juliana la miró ahora desde su lugar en el sofá de la sala. Hubiera preferido estar dando los toques finales al folleto que iría a imprenta mañana, pero nunca podría arriesgarse a que su madre viera la publicación. En su lugar, estaba mutilando la labor de costura frente a ella. Había comenzado el trabajo intentando hacer un sol y una nube, pero actualmente parecía más bien patatas con salsa.

—Qué agradable que Lord Hemingway te lleve a pasear hoy —dijo su madre, sonriéndole.

—Sí —dijo Juliana, sabiendo que era mejor no contarle a su madre su verdadero propósito, pues su madre solo intentaría disuadirla.

—Es todo un caballero —continuó su madre—. Y de tan buena familia.

—Es de nuestra familia —dijo Juliana irónicamente, y su madre chasqueó la lengua.

—No es lo que quiero decir —dijo—. Su padre era primo de tu padre. Eso no es tan cercano. Y su madre es la mujer más maravillosa que he conocido.

—Es encantador que las dos hayáis podido mantener una amistad tan buena a lo largo de los años —dijo Juliana con sinceridad, omitiendo la última parte: que era encantador, a pesar de que sus maridos, que eran parientes, no fueron ni fieles ni amables con sus esposas.

—Qué maravilloso será tener a la familia verdaderamente unida —continuó su madre soñadoramente.

Juliana tuvo que ahogar sus palabras, agradecida cuando sonó un golpe en la puerta y Jameson apareció en la entrada.

—Lord Hemingway ha llegado —dijo, a lo que la duquesa viuda asintió.

—Gracias, Jameson —dijo antes de volverse hacia Juliana—. Probablemente sea mejor que salgas de la casa, porque no querríamos una repetición de lo de ayer con Lord Hemingway aquí. Fue suficiente vergüenza que Lady Bennington y Lady Maria tuvieran que ver tal espectáculo. Bien, ve. Te ves encantadora hoy, Juliana. Asegúrate de llevar tu sombrero blanco con la cinta amarilla. ¿Está Abigail preparada?

—Sí, está lista con el sombrero —dijo Juliana, inclinándose y sorprendiendo a su madre al darle un beso en la mejilla. Sabía que lo que estaba a punto de hacer enfadaría a su madre, y aunque era necesario, lamentaba angustiarla—. Te veré pronto.

Juliana bajó las escaleras delanteras del brazo de Lord Hemingway, algo sobresaltada cuando vio a Matthew esperando en su caballo a un lado del camino. Él no dijo nada, simplemente asintió hacia ella, y ella tragó saliva. Por supuesto que estaba aquí. Giles se habría asegurado de que estuviera cerca para un paseo por el parque. Parecía que Giles tampoco pensaba mucho en la capacidad de Lord Hemingway para protegerla.

Lord Hemingway la ayudó a subir a su faetón y ella se sentó, sabiendo que salir con él haría que los chismosos asumieran que su unión estaba prácticamente decidida. Sin embargo, no sabía dónde más decirle lo que sentía, ya que de lo contrario sus madres estarían presentes y eso sería el desastre máximo.

El faetón se puso en marcha con Matthew trotando detrás de ellos en su caballo, y Juliana tuvo un impulso inexplicable de saltar del carruaje, subirse detrás de él y marcharse cabalgando.

Lo cual, por supuesto, nunca haría. Pero no podía evitar considerarlo.

Juliana tenía que cronometrar esto perfectamente. Permitió que Lord Hemingway hablara de todo y nada mientras dejaban Piccadilly y entraban en el parque. Allí, intercambiaron cortesías y saludaron a conocidos mientras todos los observaban con interés.

Lord Hemingway finalmente detuvo el faetón a un lado del camino cerca de la orilla del Serpentine y Juliana tuvo la sensación de que algo se avecinaba, algo que necesitaba detener antes de que fuera demasiado lejos.

—Lady Juliana —dijo Lord Hemingway, aclarándose la garganta como si tuviera algo importante que decir—. He disfrutado mucho el tiempo que hemos pasado juntos.

—Yo también —dijo Juliana tan rápido como pudo, antes de que él pudiera decir más—. Estoy muy agradecida por la atención que me ha prestado, y debe saber que es un hombre muy amable, que algún día será un maravilloso esposo.

—Me alegra que piense así —dijo él antes de que ella pudiera continuar—. Porque...

—Pero no para mí —dijo Juliana apresuradamente—. Sé que esto es el colmo de la rudeza, de verdad, y lo siento mucho, Lord Hemingway, pero no puedo casarme con usted.

Él la miró inexpresivamente, el único signo de que seguía vivo eran las pocas veces que parpadeó. Finalmente, logró decir: —Pensé que estábamos cortejándonos.

—Así era —dijo ella, colocando su mano enguantada sobre la de él, deseando poder arreglar esto pero sin saber exactamente cómo hacerlo—. Desearía que las cosas fueran diferentes, pero he llegado a darme cuenta de que necesito casarme por amor, y creo que ambos somos conscientes de que, aunque nos llevamos bien, simplemente no tenemos ese amor el uno por el otro.

—Crecerá... a través del matrimonio —insistió él, pero Juliana estaba negando con la cabeza.

—Lo siento mucho, Lord Hemingway —dijo—. Quizás deberíamos regresar ahora.

Él tenía el rostro pétreo mientras se alejaba de ella y llamaba tensamente a su cochero para que los llevara de regreso a Warwick House. Juliana miró hacia atrás, buscando consuelo en la presencia de Matthew. Ahí estaba él, gracias a Dios, fuerte y sólido en su caballo, y ella captó su mirada y la mantuvo por más tiempo del necesario, pero simplemente no podía apartar la vista.

Todo estaría bien, se dijo a sí misma. Porque amaba a ese hombre, y él la cuidaría. Era una certeza que no dudaba.

CAPÍTULO 21



Matthew no estaba seguro de lo que había ocurrido el día anterior entre Juliana y Lord Hemingway, pero era obvio que el conde no estaba contento. No había podido dejar de lado sus modales, pues aún había ayudado a Lady Juliana a bajar de su faetón, pero no parecía particularmente complacido al hacerlo, y después de que ella entrara en la casa, él se marchó furioso sin hablar con nadie más.

Matthew no supo nada más del asunto, por supuesto, hasta que llegó al día siguiente para acompañar a Juliana en el encargo que ella le había solicitado. Jameson le permitió la entrada con una expresión algo inquieta, cuya razón Matthew pronto descubrió.

Al entrar en el vestíbulo, podía oír la voz de la duquesa viuda resonando por los pasillos. Aceptó la sugerencia de Jameson de esperar en el vestíbulo hasta que Juliana estuviera lista, pero ella y su madre debían estar conversando en la sala principal, pues podía escuchar cada palabra con total claridad.

—¿Sabes cuánta vergüenza nos estás causando? Me pregunto si Lady Hemingway volverá a dirigirme la palabra. ¿Cómo pudiste, Juliana?

—Madre, no lo amo. No podría casarme con él, y fue mejor decírselo tan pronto como lo supe en lugar de esperar más tiempo.

—¡Ya duró demasiado!

—Sí, pero antes no sabía que necesitaba amor para un matrimonio.

—¿Desde cuándo?

—Desde... no estoy segura, supongo que desde que me di cuenta de que nunca podría amar a Lord Hemingway.

—Él te habría tratado bien, Juliana —dijo su madre, su voz perdiendo su filo y volviéndose derrotada—. Nadie va a casarse contigo ahora.

—No sabes eso.

Hubo una pausa, y Matthew sabía que probablemente debería irse, que no era su lugar escuchar su conversación. Pero no podía hacer que sus pies se movieran.

—Hay alguien que se casará conmigo. Lo sé.

—Espero que no creas que es ese hombre.

—¿Qué hombre? —preguntó Juliana en un tono medido.

—El detective —dijo su madre, con desdén en su voz—. He visto cómo lo miras, Juliana, cómo él suspira por ti. Le dije a Giles que necesitaba encontrar a otra persona para cuidarte, pero él me aseguró que el señor Archibald era un profesional intachable y que yo estaba siendo

ridícula. ¿Lo soy? ¿Lo soy, Juliana?

Hubo otra pausa, y Matthew deseó poder ver a Juliana en ese momento.

—Lo amo, madre —dijo ella en voz baja, y el corazón de Matthew se hinchó incluso mientras sabía que Juliana probablemente acababa de destruir cualquier oportunidad que jamás hubieran tenido.

Esperó que la duquesa viuda se alterara de nuevo, pero en cambio ella adoptó una táctica diferente.

—Crees que lo amas, Juliana —dijo, tan suavemente que Matthew casi no oyó las palabras —. Pero es simplemente un encaprichamiento. El amor se desvanecerá, ¿y entonces qué? Te quedarás cuidando de una casa que tiene la mitad del tamaño de esta sala, probablemente con cuatro o cinco hijos, y nadie que te ayude. ¿Es esa la vida que quieres? ¿De esposa y criada tú misma? El amor suena muy bonito, pero ¿renunciarías a todo esto por un hombre? ¿Sabes cuántas personas harían cualquier cosa por estar en tu lugar, Juliana? Te lo diré: toda Inglaterra lo haría. Piensa en eso. Piénsalo muy bien.

Se escucharon pasos en el pasillo, y Matthew se deslizó alrededor de la pared para asegurarse de que la duquesa viuda no lo viera. Era lo último que necesitaba.

Parecía, sin embargo, que no había sido lo suficientemente sigiloso.

—¿Señor Archibald?

Dejó escapar un suspiro mientras daba la vuelta a la esquina para enfrentarse a la mujer que tenía la mitad de su tamaño pero, aunque odiaba admitirlo, el doble de poder.

—¿Sí, Su Gracia?

Ella lo miró con una mirada penetrante. —Usted sabe tan bien como yo que esto nunca funcionará. No le permita arruinar su vida. Haga lo correcto.

Con un remolino de faldas, se fue con un floreo, y Matthew la siguió con la mirada mientras Juliana aparecía en el pasillo.

—¡Matthew! —exclamó ella, corriendo hacia él sin censura, arrojándose en sus brazos, y él instintivamente la rodeó con los suyos, cubriendo su cabello con su mano.

—Jules —susurró en su oído, mientras su corazón se rompía ligeramente ante la verdad de lo que la duquesa viuda había dicho. No había una respuesta correcta en todo esto, eso lo sabía. Simplemente no estaba seguro de si podría renunciar a Juliana.

—¿Podemos irnos? —preguntó ella.

—Por supuesto —dijo, soltándola lentamente—. ¿A dónde vamos?

—A la imprenta —dijo en un fuerte susurro con un destello en sus ojos, y él sonrió, contento de que ella estuviera viendo al menos uno de sus sueños hacerse realidad.

Ella reunió todo lo que necesitaba, incluyendo a Abigail, y luego se fueron, Matthew subiendo a lo alto del carruaje como siempre hacía, lo que le dio algo de tiempo para ordenar sus pensamientos después de todo lo que acababa de escuchar.

Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que la duquesa viuda tenía razón. Era todo lo que ya sabía, todo lo que se había dicho a sí mismo y a Juliana, pero había permitido que Juliana y su amor por ella superaran esos pensamientos inquietantes.

Llegaron a la tienda que Juliana había seleccionado, y él la siguió adentro, quedándose a un lado mientras le permitía hablar con el impresor a solas, sin querer interferir. Quedó impresionado cuando ella logró negociar un precio bastante razonable, e hizo un plan para la distribución de los panfletos también. Sus ojos brillaban cuando salieron, y él deseó no tener que detener toda su alegría, pero necesitaba hablar con ella.

—Cuando lleguemos a Mayfair, ¿te gustaría caminar un rato?

—Me encantaría —dijo ella, aunque había cierta interrogante en sus ojos, pero tendría que esperar. Cuando llegaron al borde de su vecindario, hizo que James detuviera el carruaje y ayudó a Juliana a bajar, mientras Abigail se sentaba arriba donde podía vigilarlos.

Juliana deslizó su brazo a través del de Matthew, y se sentía tan natural que él no pudo evitar sostenerlo cerca contra él, tomando todo lo que podía de este tiempo juntos mientras se preguntaba cuánto tiempo más tendrían el uno con el otro.

—¿Cuánto de la conversación con mi madre escuchaste? —preguntó ella, inmediatamente consciente de lo que él quería discutir.

—La mayor parte, creo.

—Lo siento mucho, Matthew. Yo...

Tuvo que detenerla. —Juliana, no deberías haberle dicho a Lord Hemingway que no te casarías con él.

—¿Por qué no? —dijo ella, deteniendo su avance—. No puedo casarme con él. No lo amo. No de la forma en que te amo a ti.

Él cerró los ojos mientras sus palabras le traían tanta alegría y, sin embargo, tanto dolor. —Juliana, tu madre tiene razón. No puedo proporcionarte la vida que mereces.

—No tiene nada que ver con lo que *merezco* —dijo ella acaloradamente—. Puedo elegir la vida que quiero, y, si me aceptas, te quiero a ti.

—Eres la hermana de un duque.

—Soy una mujer.

Ella le estaba haciendo esto muy difícil.

—Juliana...

—Por favor, no tomes decisiones por mí, Matthew. Dijimos que veríamos a dónde nos lleva esto. Hagámoslo, al menos, sin permitir que mi madre tome la decisión por nosotros. ¿Realmente crees que soy tan superficial que renunciaría al hombre que amo por la grandeza de la vida?

—Yo...

Habían empezado a caminar, y ya Warwick House se divisaba a lo lejos. Matthew abrió la boca para responder, pero una criatura comenzó a correr hacia ellos, una que pronto reconoció como un perro.

—¡Lucy! —exclamó Juliana mientras se inclinaba y recogía al perro —el perro sucio y sarnoso— en sus brazos, probablemente arruinando el hermoso vestido de mañana que llevaba —. ¿Me estabas esperando? Lo siento mucho, no tengo sobras conmigo.

Caminó con el perro, hablándole todo el tiempo, mientras Matthew la observaba marcharse, preguntándose qué demonios se suponía que debía hacer con todo esto.

* * *

JULIANA ENTENDÍA la preocupación de Matthew. Entendía la preocupación de su madre. Entendía sus propias preocupaciones. Simplemente no estaba segura de cómo determinar cuáles eran más válidas.

Esperaba que Emma pudiera ayudarla a aclarar sus sentimientos, y cuando su amiga vino a visitarla a su habitación mientras se preparaban para un baile esa noche, no pudo evitar descargar la totalidad del dilema sobre ella.

Emma escuchó, con los ojos muy abiertos e interesada, mientras Juliana le contaba toda su historia, sentada de esa manera regia suya hasta que Juliana se quedó sin palabras.

—Bueno —dijo, parpadeando al final—. Eso es todo un dilema.

—Lo es —dijo Juliana, suspirando mientras se tiraba dramáticamente sobre la cama.

—Te dije desde el principio que el señor Archibald era guapo —dijo Emma, con los ojos arrugándose.

—No es solo eso —dijo Juliana, incapaz de ver el humor en este momento—. Es amable y considerado, y apoya mi sueño y nunca me ha hecho sentir tonta por aquello por lo que estoy luchando.

—¿Qué piensa él de todo esto? ¿Qué *siente* por ti?

Juliana vaciló. —Creo que me ama. Nunca lo ha dicho, aunque me ha dicho que se preocupa por mí. Pero duda en seguir adelante, ya que cree que tal vez mi madre tiene razón: que pronto me arrepentiría de renunciar a mi vida por él.

Emma asintió sabiamente. —Tengo que preguntarte: ¿lo harías? ¿Estarías bien viviendo una vida sin sirvientes, sin vestidos finos, teniendo que cocinar y limpiar y ser la única cuidadora de tus hijos?

La espalda de Juliana se puso rígida. —En realidad disfrutaría cuidando de mis hijos yo misma, creo. En cuanto a todo lo demás, tendría que aprender. Y nunca se sabe, Giles podría proporcionarme una dote suficiente para contratar a una criada.

Logró esbozar una pequeña sonrisa, pero Emma se mordió el labio, obviamente incierta sobre si Giles llegaría tan lejos.

—No estoy segura de lo que Giles pensaría de ello, aunque le gusta el señor Archibald, y entiende lo que significa casarse por amor —dijo Emma lentamente—. No puedo decir con certeza qué pensaría de que te casaras fuera de la sociedad, de que probablemente te mudaras lejos de Mayfair. Apenas puede soportar la idea de que camines por Mayfair sin un hombre que vele por tu bienestar. Es difícil imaginar la idea de que vivas una vida que te pondría en potencialmente más peligro.

Juliana no había considerado ese aspecto, pero entonces, estaría con Matthew, y una cosa que sabía con certeza era que él siempre cuidaría de ella. Solo esperaba que no permitiera que nociones ridículas entraran en su cabeza sobre lo que eso significaba.

CAPÍTULO 22

Matthew se quedó atrás mientras observaba el carruaje continuar por el camino hacia el gran invernadero donde se celebraba el baile. No pudo evitar comparar el glamuroso evento que tenía delante con las reuniones que se celebraban en su familia. Él prefería, por supuesto, la comodidad y el amor a los que estaba acostumbrado, pero ¿y Juliana? No tenía idea.

La vio emerger del carruaje, notó cómo ella miró hacia atrás buscándolo, y observó cómo su madre siguió su mirada y le lanzó una mueca de desprecio antes de que ambas entraran.

El duque salió el último y se acercó a Matthew antes de escoltar a su esposa al interior.

—Habrá una gran multitud esta noche, así que preferiría que permanecieras dentro para vigilar a Juliana. No creo que permitan entrar a nadie que no pertenezca a este círculo, pero como has dicho, no podemos estar seguros de que quien la secuestró antes no forme parte de la sociedad. Hablaré con el anfitrión.

Matthew asintió y le siguió, sabiendo que Owen y un par de sus otros hombres también estaban apostados fuera de las puertas del lugar. Le permitieron entrar por la puerta principal, pero luego le indicaron que siguiera un camino diferente hacia el salón de baile. Cuando llegó, se encontró al lado de la sala donde una fila de lacayos permanecía de pie, listos para satisfacer los caprichos de toda la nobleza.

Lo estaban tratando como a un sirviente. Lo cual no era sorprendente, pero aun así, no hacía más que profundizar el abismo entre él y Juliana. Hizo lo que el duque le había pedido, vigilándola durante toda la noche, lo que por supuesto no era difícil ya que no podía evitar observarla dondequiera que fuera. Ella circulaba entre la multitud, saludando a sus numerosos amigos y conocidos, pasando gran parte del tiempo con Lady Maria y, por supuesto, con su hermana y la duquesa. Bailó bastantes veces, y Matthew tuvo que reprimir la ira que bullía en su estómago al ver a otros hombres con sus manos sobre ella. Vio a Lord Hemingway entre los asistentes, pero el hombre evitó a Juliana, lo que supuso era una bendición para todos.

Luego vio a Juliana hablar con su madre antes de salir por la amplia entrada de la sala hacia el interior del edificio, y supuso que iba al tocador de señoras. No estaba seguro de cómo se suponía que debía seguirla hasta allí, pero tampoco le gustaba la idea de que vagara sola por los pasillos. Miró a un lado y al otro, tratando de determinar la manera más rápida de seguirla, pero parecía que tendría que atravesar la multitud, lo que sabía que nunca le permitirían. En su lugar, tuvo que mantenerse en los límites de la sala, y para cuando logró cruzar las puertas para seguirla, la había perdido de vista. Miró en una dirección y luego en otra, tratando de encontrar

en qué habitación había entrado.

Abrió un par de puertas, encontrando en una ocasión a una pareja en pleno encuentro amoroso, y en otra a una mujer sentada sola que no parecía muy complacida de verlo. Murmuró sus disculpas mientras comenzaba a sentir un ligero pánico por no poder localizar a Juliana. Finalmente, creyó oír una voz al final del pasillo, hasta que se dio cuenta de que en realidad era un grito.

—¡Suéltame, patán!

Se oyó un gruñido y Matthew corrió por el pasillo, doblando la esquina solo para chocar con una figura. Una figura muy familiar. Extendió los brazos para atrapar a Juliana antes de que cayera, mirando más allá de ella para ver a un caballero apoyado contra la pared, sujetándose el estómago con los brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, dividido entre querer asegurarse del bienestar de Juliana e ir tras el hombre, aunque fuera un noble.

—Este es Lord Dennison. Parece que hemos tenido un *malentendido* —dijo ella con los dientes apretados—. Afortunadamente, tenía suficiente conocimiento para dejarle muy claro que no daba la bienvenida a sus avances.

—Lo has entendido todo mal —resopló el hombre mientras se acercaba a ella en actitud suplicante.

—Te aseguro que no —dijo ella, antes de tirar del brazo de Matthew para alejarse.

Matthew reprimió su necesidad innata de estampar su puño en la cara del hombre, sabiendo que sería la ruina de Juliana si lo hacía.

Sin embargo, no pudo evitar la enfermiza bola de tensión que comenzó a agitarse en su estómago. Juliana había estado en peligro —quizás no el peligro que le preocupaba, pero peligro al fin y al cabo—. Y no había llegado a tiempo para impedirlo, porque había estado de pie contra la pared como un sirviente. ¿En qué sería diferente si vivieran en Holborn y él tuviera que dejarla sola cuando fuera a trabajar? No podía pasar cada minuto de su vida cuidándola para mantenerla a salvo. Y tampoco podía permitirse que alguien la vigilara en todo momento.

Estaba atrapado entre la necesidad de seguir cada uno de sus movimientos y dejarla en manos de otra persona por completo, sabiendo que solo iba a empeorar lo inevitable.

La vio regresar al salón de baile, tan concentrado en seguirla que no notó que alguien se le acercaba hasta que sintió un tirón en el codo.

—Matthew.

Se dio la vuelta y encontró a Owen detrás de él, con una expresión en su rostro que Matthew reconoció bien.

—¿Qué ocurre? ¿Qué va mal?

—Estábamos vigilando las puertas y vimos una figura familiar. El Dr. Lewis. Lo tenemos esperando fuera. Afirma que está aquí para ver a un paciente, pero también encontramos a su madre cerca.

El corazón de Matthew se hundió. Había estado seguro de la inocencia de Lewis, convencido de que no tendría nada que ver con la desgracia del duque, tanto por su propio bien como por el de Juliana. Ella había estado tan complacida de conocer a su medio hermano que él temía tener que decirle que quizás no era tan inocente como parecía.

—Muy bien. Iré a hablar con él para determinar si es como dice.

—Voy contigo.

Matthew se volvió para encontrar al duque allí de pie, con el rostro endurecido.

—Su Excelencia —dijo—, ¿ha oído lo que ha descubierto el señor Green?

—He oído suficiente. ¿Lewis está detrás de esto, entonces?

—No lo sabemos. Solo sabemos que está aquí esta noche. Está esperando fuera.

—Vamos, entonces.

—Owen, ¿te quedarás dentro y vigilarás a Lady Juliana?

Owen asintió mientras Matthew y el duque atravesaban el salón de baile —al parecer, se le permitía si un duque lo hacía posible— hacia la entrada del edificio.

—¿Dónde está?

—Owen dijo que junto a una de las puertas. Supongo que una puerta trasera. Su Excelencia, no sabemos...

—Pero pronto lo sabremos.

Doblaron la esquina y allí estaba Lewis, bolsa en mano, junto a la puerta trasera. Su madre estaba a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Archibald. Su Excelencia —los saludó Lewis, con un tono tan calmado como siempre, aunque había un deje de inquietud en él.

—¿Así que es esto? —dijo el duque, cuya ira ya crecía—. ¿Tu aparente necesidad de conocer a tus hermanos solo era para acercarte a nosotros? ¿Para intentar atacarnos desde dentro?

—¿Perdón? —dijo Lewis, enderezando la columna mientras se elevaba a su altura completa, que era casi la misma que la del duque.

—¿Por eso estás aquí, para venir a por uno de nosotros otra vez? ¿Tu madre estaba haciendo de vigía?

—Estoy aquí como su ayudante —dijo su madre, con los ojos brillantes.

—¿Su ayudante? —El duque se burló—. Ahora lo he oído todo.

—Casualmente, mi madre me asiste en mi trabajo —dijo Lewis, con tono sereno, pero ahora había un filo en él—. Me llamaron aquí esta noche.

—¿Una joven dama se lastimó los pies de tanto bailar? —preguntó el duque, obviamente convencido ahora de que Lewis estaba detrás de todo esto.

—No compartiré la condición de un paciente con usted, pero sí le pido que me permita entrar al invernadero para ofrecer mi ayuda.

—¿Para ir tras mi familia? No. Puedes entrar cuando nos marchemos.

Matthew miró de uno a otro, sabiendo que el duque intentaba hacer lo que creía correcto para proteger a los que amaba, pero los instintos de Matthew le decían que el juicio del duque estaba nublado en este asunto.

—Su Excelencia —murmuró—. Quizás podría acompañar al Dr. Lewis adentro. No querríamos que nadie que requiera su ayuda sufra innecesariamente.

El duque golpeó el suelo con el pie en señal de incertidumbre, finalmente atravesando a Matthew con su mirada.

—Bien. Pero si algo sucede, será tu responsabilidad. Voy a llevar a mi familia a casa.

—Muy bien —dijo Matthew—. Entiendo.

El Dr. Lewis pasó junto al duque sin decir una palabra más, sus hombros rozándose al pasar, su madre siguiéndolo después de lanzar una mirada oscura en dirección al duque.

No fueron al salón de baile, sino a la habitación donde Matthew había visto a la joven sola. Entraron, y Lewis se acercó a hablar en voz baja con ella. Asintió, luego volvió a la puerta y habló en voz baja con Matthew.

—¿Te quedarías fuera de la puerta por privacidad? Creo que no es una dolencia demasiado grave, pero requiere cierto examen.

—Muy bien —dijo Matthew, saliendo de la habitación y cerrando la puerta tras de sí,

apoyando la cabeza contra ella. Se inclinaba a creer a Lewis, pero quizás estaba permitiendo que su propia preferencia por el hombre causara un sesgo. El duque parecía mucho más convencido de que estaba equivocado, y era él quien le pagaba por sus servicios.

Después de unos minutos, hubo un golpe en la puerta, y Lewis salió, dejando a su madre con la joven.

—Estará bien —dijo—. En cuanto a lo que ha sucedido aquí esta noche, no puedo fingir no estar enormemente decepcionado. Sin embargo, me deja clara una cosa.

—¿Cuál?

—No importa que compartamos sangre, ni un deseo de conocernos mejor. Siempre seré un médico, un bastardo, y no digno del tiempo de la familia. Pueden decir todo lo que quieran sobre tener el deseo de conocerme mejor, que me aceptarían como parte de su familia, pero eso es todo lo que son: palabras. Son las acciones las que muestran la verdadera naturaleza de la persona, y mira con qué facilidad fui sospechoso, simplemente por mi presencia aquí. Es una lástima, realmente, porque me habría gustado tener hermanos.

Su madre salió entonces, con el rostro pétreo mientras Lewis le hacía un gesto con la cabeza —. Vámonos, madre.

Matthew comenzó a bajar por el pasillo con ellos, y Lewis se volvió hacia él—. No hay necesidad de seguirnos a casa. Puedo asegurarte que no voy tras el duque, ni su familia. De hecho, no tendré nada más que ver con ellos.

Matthew lo vio marcharse antes de darse cuenta de que ya no había nada más para él allí. Recogió su caballo de la caballeriza y cabalgó hasta Mayfair, deteniéndose frente a la Casa Warwick. Conversó con el encargado de los establos, se aseguró de que toda la familia Remington hubiera llegado a casa, y luego continuó hacia su propia casa de huéspedes en Holborn. Allí, miró a su alrededor, observando todos los cambios que Juliana había hecho. Podía sentir su presencia, y anhelaba que ella estuviera aquí con él, pero también sabía que eso era simplemente un deseo ilusorio. Ella estaba en su casa en Mayfair, donde pertenecía. Ahora solo tenía que dejárselo claro.

Porque Lewis tenía razón. Por mucho que ella dijera que lo amaba, que lo harían funcionar, esas eran solo palabras. Nunca sería verdaderamente feliz con él, por mucho que tratara de convencerse a sí misma de que lo sería.

Todo era solo un sueño.

CAPÍTULO 23



Juliana recorría inquieta el salón, esperando la llegada de Matthew. Sabía que estaría aquí pronto; había escuchado a Giles pedirle a Jameson que enviara una nota, solicitándole que viniera a reunirse con él. Giles, aparentemente, estaba convencido de que su medio hermano era el responsable de todos los peligros que acechaban a la familia.

Juliana intentó decirle que estaba equivocado, que no había manera de que el Dr. Lewis pudiera haber hecho esto, que probablemente estaba realmente atendiendo a un paciente, pero Giles le dijo que no fuera tan ingenua, que solo estaba creyendo lo que quería creer.

Pero ella confiaría en Matthew. Él sabría la verdad. Estaba segura de ello.

Oyó a Matthew entrar y a Jameson conducirlo al estudio de Giles. Corrió hacia la sala contigua al estudio, pegando su oído a la pared para escuchar el intercambio lo mejor que pudiera. Las paredes eran robustas y bien construidas, así que no podía oír toda la conversación, pero sí escuchó a Giles decirle a Matthew que estaba seguro de que Lewis estaba detrás de todo esto.

Matthew no parecía estar de acuerdo, pero Giles estaba convencido. Juliana respiró hondo, esperando que Matthew pudiera hacer entrar en razón a Giles.

Pero entonces escuchó claramente las siguientes palabras de Giles, palabras que le dolieron profundamente en el alma: —Ya no requeriremos sus servicios.

Giles fue amable al respecto, agradeciéndole a Matthew y diciéndole que apreciaba todo lo que había hecho por la familia. Juliana solo podía imaginar lo que Matthew estaría pensando, probablemente permitiendo que la culpa se apoderara de él por lo que había sucedido entre ellos. Pero Juliana se negó a dejarse afectar por eso. Porque esto no era un simple capricho pasajero. Amaba a Matthew Archibald, y se lo diría de nuevo, tantas veces como él necesitara escucharlo para comprender que ella no lo abandonaría por nada. Ahora estaba convencida: podía aceptar cualquier vida que la esperara, siempre que estuvieran juntos.

Porque la idea de estar sin él, de que él saliera de su vida cuando dejara el empleo en su familia, era demasiado espantosa para soportarla.

Oyó que la puerta del estudio de Giles se abría y se mantuvo a un lado mientras veía a Matthew salir. Afortunadamente, Giles no lo acompañó a la salida, y una vez que quedó fuera del campo visual de Giles, lo siguió por el pasillo.

—¡Matthew! —lo llamó cuando vio que no había nadie más alrededor, y la expresión en su rostro cuando se volvió fue suficiente para casi romperle el corazón, aunque no tenía idea de por qué se sentiría así. Él no la estaba abandonando, solo dejaba el trabajo.

Se detuvo, esperándola, pero no extendió sus brazos ni sonrió ni dio ninguna señal de estar particularmente complacido de verla.

—Tu hermano está convencido de que Lewis y su madre están detrás de todo —dijo, con voz monótona—. Quiere tomar medidas contra ellos.

—No crees que eso sea cierto, ¿verdad?

—No lo creo —dijo, negando con la cabeza—. Pero Su Excelencia está convencido.

—Hablaré con él —dijo Juliana con determinación—. Cambiará de opinión. Está tan desesperado por que todo esto termine.

—Ha decidido que ya no necesitas protección —dijo Matthew, frunciendo el ceño—. Pero te pido que tengas cuidado, Juliana. Lleva tu cuchillo contigo, aunque parezca ridículo. No vayas a ningún lado sola; lleva a alguien más además de Abigail. Ten al menos tres o cuatro personas contigo dondequiera que vayas, aunque eso incluya lacayos. Intentaré que Owen te vigile cuando pueda.

La confusión de Juliana creció a medida que Matthew hablaba.

—Pero... ¿qué hay de ti?

—Ya no estoy al servicio de tu hermano.

—Sí, pero seguramente nosotros dos seguiremos viéndonos, ¿no?

Él apretó los labios.

—Quizás deberíamos caminar por los jardines.

—Muy bien —dijo Juliana, con el corazón latiendo fuertemente ante la expresión en el rostro de Matthew. No le gustaba el rumbo que tomaba esto. No le gustaba en absoluto.

Encontró su sombrero y los dos salieron al exterior, sin ganarse miradas curiosas de los sirvientes, pues ninguno de ellos sabía aún que Matthew había sido despedido.

Una vez que estuvieron fuera de la vista de la casa, Matthew tomó una profunda bocanada de aire y se volvió hacia Juliana, su expresión indescifrable.

—Juliana, necesito que sepas cuánto me importas.

—Tú también me importas. De hecho, te amo —enfatizó, necesitando que él comprendiera la verdad de sus palabras.

—Soy un hombre afortunado de merecer incluso una pizca de tu afecto —dijo él, con las manos detrás de la espalda cuando ella deseaba que estuvieran extendidas hacia ella, rodeando su cuerpo, en cualquier lugar menos lejos de ella—. Y, de hecho, he tomado demasiado de él. He permitido que esto continúe por demasiado tiempo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella con creciente pánico, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Esto es un adiós, Juliana —dijo él suavemente—. Este no es un mundo en el que tú y yo podamos estar juntos.

Le tomó un momento asimilar sus palabras, comprender exactamente lo que estaba diciendo.

—¿Cómo puedes decir eso? —protestó ella, su dolor emergiendo como ira mientras arremetía, golpeando su pecho—. Eso no te corresponde decidirlo a ti.

—Nos corresponde a ambos decidirlo —dijo él, y ella odiaba lo estoico que estaba, parado ahí mirándola—. No puedo ofrecerte la vida que mereces.

Ella se acercó más a él, necesitando que entendiera. —No es una *vida* en particular lo que quiero, Matthew. Eres *tú*. No me importa lo que venga con ella. Quiero vivir mi vida a tu lado, de cualquier manera que eso signifique.

—No sabes lo que estás diciendo.

—¡Sí lo sé! —exclamó—. He visto dónde vives, cómo es tu familia. Disfruto mi tiempo con

ellos. No tengo reparos en ocuparme de una casa. Tendré mucho que aprender, sí, pero estoy dispuesta y soy capaz.

—¿Y si, en algún momento, decides que ya no estás feliz con el acuerdo? Estarás atrapada, por el resto de tu vida.

—¿Cómo puedes decirme lo que sentiría? Pensé que entendías mejor que cualquier otro hombre que tengo derecho a pensar y sentir como elija.

—Sé que eres perfectamente capaz de hacerlo, Juliana, pero eres joven y...

Ella se burló de eso, molesta porque él pensara tan poco de ella y de si conocía o no su propia mente.

—Además —continuó él—, ¿has considerado alguna vez lo que pensaría tu madre de la unión? ¿O tu hermano? Si tu familia se niega a reconocer nuestra unión, es posible que ya no admitan tu presencia en su hogar.

Eso dejó a Juliana desconcertada por un momento. Tenía razón: sabía que su madre no aprobaría su relación, pero le resultaba difícil considerar que alguno de los miembros de su familia se negara a hablarle de nuevo.

—Lo resolveremos. Juntos —dijo con sinceridad, pero él solo suspiró y negó con la cabeza.

—No creo que sea la mejor de las ideas, Juliana.

—¿La *mejor de las ideas*? —repitió ella—. ¿Cómo puedes decirlo tan casualmente? Estamos hablando de nuestras vidas. ¡De nuestro amor!

Él miró a lo lejos antes de volver su mirada hacia ella, y esta vez, simplemente parecía triste, lo que casi era peor. —Anoche, juzgaron a Lewis simplemente por estar en un lugar concreto en el momento equivocado. Todo el edificio estaba lleno de la nobleza, pero ninguno de ellos estaba bajo sospecha. Y aquí viene un hombre que, a pesar de lo duro que ha trabajado por su estatus actual, sigue siendo visto como inferior a los ojos de quienes aparentemente importan. Este es un hombre que tiene la sangre de un duque. ¿Cómo crees que me vería tu familia? ¿Cómo crees que eventualmente no llegarías a resentirme?

El dolor había disminuido, y la ira de Juliana crecía por momentos.

—No puedo creer que pienses tan poco de mí —dijo, acercándose a él, y él retrocedió un paso para que ella no estuviera pisándole los pies—. Que pienses que soy tan superficial que necesito todos los lujos de la vida o me importa lo que piensen los demás. Te he dicho una y otra vez lo que quiero, pero parece que no te importa más que a cualquier otra persona en mi vida. ¿Esto es lo que quieres? ¿Una vida sin mí? Bien, entonces. Que así sea. Si no puedes luchar por mí, por lo que hay entre nosotros, entonces dejaré de hacer todo el amar y todo el luchar por los dos. Solo me hiciste parecer tonta. Adiós, Matthew. Disfruta tu vida.

Con eso, se dio la vuelta y se alejó furiosa, con los puños cerrados, antes de que él pudiera ver las lágrimas que habían comenzado a brotar de sus ojos. Esperó a que él la llamara, que le dijera que se había equivocado, pero parecía que no tenía deseos de preocuparse por lo que ella sentía o cómo estaba.

Simplemente tendría que aceptar el hecho de que él no la quería.

CAPÍTULO 24

Matthew regresó a Holborn con determinación. Había terminado con la familia Warwick, con Mayfair y todo lo que representaban. Él no pertenecía allí, y Juliana tampoco pertenecía aquí con él.

Así es como debía ser, continuaba repitiéndose a sí mismo. Había tomado la decisión correcta.

Entonces, ¿por qué se sentía tan terrible? Todo lo que podía visualizar era su rostro frente a él, afligido, angustiado, para luego transformarse en tanta ira.

Al menos la ira era mejor que el dolor que inicialmente había visto reflejado allí. Dolor que él había causado. Durante tanto tiempo, había hecho todo lo posible para ser quien la protegiera de amenazas que pudieran traerle algo que no fuera alegría.

Ahora la había lastimado más que cualquier otra persona antes.

Debería haberlo sabido, se reprochó mientras pateaba una piedra grande en medio de la calle. Debería haber detenido esto antes de que comenzara, nunca debería haberla dejado entrar.

Y sin embargo sabía, en lo más profundo de su ser, que nunca hubiera podido evitar que ella se incrustara en su corazón. Ella era la mujer para él. Incluso si no podían estar juntos, sabía que nunca amaría a otra como la amaba a ella.

Pero esto era lo mejor.

El baile le había dejado claro cuál era su lugar en la sociedad y dónde estaba ella. Su trabajo había sido protegerla, no enamorarse de ella. Ella había sido criada para asistir a bailes y bordar, no para ser la esposa de un investigador. Mientras tanto, él nunca sería aceptado como su marido, lo que significaría una vida alejada de todo lo que ella había conocido.

Mejor terminar con esto antes de que avanzara más de lo que ya había avanzado.

Abrió de golpe la puerta de su oficina, saludando con la cabeza a sus hombres antes de pararse al frente de la sala.

—Dejamos el caso Warwick —dijo—. El duque lo considera resuelto.

Se produjo un clamor entre los cinco o más hombres que estaban sentados en la habitación mientras todos comenzaban a lanzarle preguntas. Matthew levantó una mano.

—El duque cree que Lewis y su madre estaban detrás de todo, y dijo que él se encargará a partir de ahora.

—No hay manera de que fuera Lewis —dijo Owen, levantándose preocupado y caminando hacia Matthew, obviamente intuyendo que había más en la historia, pero Matthew levantó una mano.

—Estoy de acuerdo contigo. Tampoco creo que sea él, lo cual le dije al duque. Pero si esto es lo que el hombre quiere, no hay nada más que podamos hacer. Tenemos más casos esperándonos. Solo tengo que revisar algunos expedientes y determinar qué caso tomaremos a continuación. Tómense la noche libre, señores, quedan relevados de sus deberes por hoy.

Todos olvidaron sus preguntas con eso, saliendo por la puerta, aunque Owen se quedó atrás, siguiendo a Matthew hasta su despacho.

—¿El duque no entró en razón, entonces?

—No —dijo Matthew, negando con la cabeza—. Intuyo que probablemente no esté contento con toda la situación de tener un hermano, de lo que podría significar o lo que dice sobre su familia. Se apresuró a aceptar la certeza de la implicación de Lewis.

—¿Qué más?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué más ocurrió?

—Nada.

Owen resopló.

—No me vengas con eso. Pareces uno de los cachorros desamparados de Lady Juliana.

Matthew se sobresaltó al oír el nombre de Juliana, intentando sin éxito ocultar su reacción a Owen.

—Lady Juliana y yo nos hicimos cercanos mientras la cuidaba. Cuando me fui, ella... no estaba complacida.

Owen lo miró detenidamente, finalmente inclinándose para mirar directamente a los ojos de Matthew.

—¿Puedes quitarte de mi cara? —le preguntó Matthew.

—La amas.

—No es cierto.

—¡Sí la amas! —exclamó Owen—. Y, déjame adivinar, ¿le dijiste que no podían estar juntos, que son amantes destinados a la desgracia y que ella es demasiado buena para ti?

Derrotado, Matthew exhaló un suspiro.

—Algo así.

—Oh, Matthew —dijo Owen, negando con la cabeza—. A veces no estoy seguro de qué hacer contigo.

—No hay nada que hacer.

—¿Por qué estás sentado aquí entonces, como si el mundo entero estuviera en tu contra?

—Bueno —dijo Matthew, decidiendo que la verdad era la mejor política—, Lady Juliana me odia ahora, como estoy seguro que también lo hace el Dr. Lewis, quien se estaba convirtiendo en una especie de amigo. Digamos simplemente que todo esto me ha puesto en un estado de ánimo que no es mi mejor versión.

—Puede que no haya nada que puedas hacer con la dama por el momento —dijo Owen pensativamente—, pero quizás puedas arreglar las cosas con el doctor. Parece un hombre razonable. Solo explícale tu postura.

Matthew miró a Owen. Maldita sea, pero tenía razón.

—Puedo hacerlo, Owen —dijo, levantándose de su escritorio—. Ven, no está lejos.

—No voy a ir contigo —dijo Owen, negando con la cabeza—. Solo te digo que es una buena idea.

—Bien —dijo Matthew con un suspiro—. No me ayudes entonces.

Matthew pudo escuchar la risa de Owen mientras salía por la puerta, probablemente

dirigiéndose a su casa con su familia.

Pero Matthew sabía que tenía razón: tenía que hablar con Lewis, hacerle saber que él, al menos, creía en él. Lewis era un buen hombre y se merecía eso.

Matthew cerró la puerta con llave detrás de él y continuó las pocas cuadras hasta la casa de Lewis. En realidad, era sorprendente que no lo hubiera conocido antes, estando sus vidas físicamente tan cerca.

Llegó justo cuando llegaba otra persona, y esperó mientras Lewis atendía el asunto. La espera le dio tiempo para pensar en la situación con Juliana, no es que quisiera hacerlo, pero no podía evitarlo. Imaginaba que ella estaría en su mente durante algún tiempo. No tenía idea de cómo sacarla de allí.

Cuando Lewis finalmente apareció, le dio a Matthew un mesurado asentimiento antes de indicarle que pasara a su estudio. Matthew podía entender su reticencia y se sentía un poco como un niño esperando ser reprendido.

—Debo ofrecerte mis disculpas nuevamente, al parecer —dijo Matthew, tomando asiento antes de que Lewis pudiera decir algo—. No había dado a mis hombres ninguna nueva información para que no te detuvieran si te vieran en algún lugar. Aunque debo decirte que hice todo lo posible para convencer al duque de que no tenías nada que ver con toda la situación. Sin embargo, parece que ya no confía mucho en lo que digo, pues me ha comunicado que ha prescindido de mis servicios.

—Ya veo —dijo Lewis, reclinándose en su silla, siendo el fuerte agarre que mantenía en los bordes el único signo de que estaba afectado—. Bueno, no puedo decir que me sorprenda. Es la forma de actuar de la nobleza, ¿no es así?

—Supongo que sí —respondió Matthew—. Pensé que algunos de ellos eran diferentes, incluyendo a la familia Remington, pero quizás fui tonto al esperarlo.

—¿Qué hay de Lady Juliana? —preguntó Lewis, obviamente bastante perspicaz.

—También hemos tomado caminos separados —dijo Matthew abruptamente, sin desear hablar más de ella o de lo que había sucedido entre ellos. Lewis pareció entender ya que simplemente asintió.

—Quizás sea yo quien ahora requiera tus servicios.

—¿Cómo es eso?

—Si el duque decide procesarme, voy a necesitar ayuda. De un abogado sí, pero quizás también de un investigador si necesito ayuda para probar mi inocencia.

Matthew maldijo por lo bajo.

—Esperemos que entre en razón antes de que llegue tan lejos. En el fondo, sé que el duque es un buen hombre. Quizás si es su familia lo que le preocupa, es a su familia a quien debemos hablar.

Lewis abrió las manos frente a él.

—Soy todo oídos.

* * *

JULIANA SABÍA que no debía salir de la valla que rodeaba la Casa Warwick sola, pero habría dado cualquier cosa en ese momento por tener a Lucy acurrucada en su regazo en lugar de lamerle la mano a través de la valla.

—Fue terrible, Lucy, verdaderamente terrible —le dijo al perro, que ladeó la cabeza y movió una oreja mientras escuchaba la historia de Juliana—. Es un mulo terco, y finalmente me di

cuenta de que no había ninguna posibilidad de hacerle entrar en razón. Así que lo dejé ir. Pero pudo haber sido la decisión más tonta que he tomado en mi vida, porque ahora no sé si alguna vez lo recuperaré.

—A veces dejar volar algo libremente es la única manera de conseguir que vuelva a ti.

Juliana giró rápidamente la cabeza, sorprendida de encontrar a su abuela de pie detrás de ella, con su bastón sostenido majestuosamente en la mano mientras observaba sin comentarios al perro que Juliana acariciaba.

—Abuela —dijo Juliana, poniéndose de pie precipitadamente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscándote —dijo ella—. Apenas comiste nada esta mañana, y quería ver si estabas bien o si te habías desmayado aquí por hambre.

—Estoy bien.

—Me alegra oírlo. Esa era mi primera preocupación. En segundo lugar, quería que vieras esto. Un muchacho los estaba repartiendo cuando regresaba de visitar a Lady Tanningham.

Le entregó a Juliana una pila de papeles, una pila que reconoció muy bien.

—¡Mi panfleto! —exclamó emocionada, incapaz de contener la alegría que atravesó su melancolía—. Es decir, un...

—No es necesario que me ocultes tu secreto, niña. Soy muy consciente de lo que has estado haciendo.

—Pero ¿cómo...?

—¿Quién crees que usó ese pequeño salón antes que tú? ¿Nunca te preguntaste por qué estaba tan elegantemente equipado que te invitaría como lo ha hecho? Un día encontré tu trabajo guardado en uno de los cajones.

—Ya veo —dijo Juliana, sintiéndose tonta por haber considerado alguna vez que no sería descubierta.

—Tus ideas son peculiares —dijo Lady Winchester, nunca alguien que ocultara sus verdaderos pensamientos sobre un tema—. Sin embargo, has escrito de manera concisa y directa, y algunos de tus argumentos incluso me han convencido de que podría tomar un mejor camino.

Juliana no pudo evitar reírse de eso.

—Gracias, abuela.

—Solo digo la verdad. Ahora, ven a sentarte con tu abuela en un banco cerca del estanque para que podamos discutir lo que ha sucedido con este joven pillo.

Juliana se despidió de Lucy antes de seguir a su abuela, preguntándose si la mujer realmente necesitaba su bastón dada la rapidez con la que caminaba, o si todo era simplemente para aparentar. Supuso que probablemente nunca sabría la verdad.

—Realmente no hay nada que contar —dijo Juliana mientras se sentaba junto a su abuela y observaba a las pocas aves que estaban usando el agua poco profunda como su piscina—. Lo amo y él no quiere estar conmigo.

—¿Lo *amas*? —Las cejas de Lady Winchester se elevaron—. Esa es una afirmación contundente. ¿Estás segura de ello?

—Absolutamente —dijo Juliana con determinación—. Aunque estoy bastante enfadada con él en este momento.

Su abuela se rio entre dientes.

—No siempre puede ser todo de color de rosa.

—Esa es sin duda la verdad.

—Supongo que su objeción es la diferencia en vuestras posiciones.

—Sí.

—No se equivoca. Si te casaras con él, un investigador de Holborn, tu vida nunca sería la misma.

Juliana miró sus manos, que estaban retorciendo la fina muselina de sus faldas.

—Mi vida nunca será la misma de todos modos. No ahora que lo he conocido.

Su abuela la estudió durante tanto tiempo que Juliana podía sentir el paso del tiempo.

—Verdaderamente lo amas.

—Sí.

—¿Y estás dispuesta a renunciar a todo esto —agitó su bastón sobre los jardines frente a ella — por una vida con él?

—Sí.

—Bueno, entonces —dijo su abuela con un encogimiento de hombros que hacía parecer que era tan simple—, tienes que hacer que él lo crea.

—¿Cómo?

Su abuela le sonrió irónicamente.

—Esa es una pregunta que solo tú puedes responder.

CAPÍTULO 25



Juliana esperaba nerviosa frente a la puerta. A pesar de la amabilidad de la familia, no tenía idea de cómo la recibirían ahora. Miró hacia el carruaje, donde Emma le sonreía alentadoramente, mientras Prudence observaba con cierto escepticismo.

Tal como le había prometido a Matthew, Juliana se había asegurado de no viajar sola. Si todo salía según lo planeado, permanecería con Abigail, un lacayo y quien accediera a ayudarla con su plan.

¿Y si no? Bueno, entonces regresaría a casa con las otras mujeres antes de poder siquiera intentar cambiar la opinión de Matthew.

La madre de Matthew abrió la puerta, con sorpresa en los ojos al ver quién estaba del otro lado.

—¡Lady Juliana! —exclamó—. Es encantador verla, pero debo preguntar, ¿qué hace usted aquí?

—He venido a pedirle su ayuda, en realidad —dijo ella—. Verá, debo convencer a Matthew de que estoy dispuesta a comenzar una vida con él, como sea y donde sea. Matthew no confía en que lo que le he dicho sea verdad, y al principio no estaba segura de cómo asegurárselo, pero tengo una idea. Solo necesito su ayuda y un poco de consejo.

La señora Archibald no dijo nada al principio. Solo miró a Juliana de arriba abajo. Juliana había tenido cuidado de vestirse de manera respetable pero no demasiado ostentosa, algo de lo que se alegraba particularmente en ese momento.

—Por supuesto, querida —dijo finalmente la señora Archibald con una cálida sonrisa, abriendo más la puerta para permitir que Juliana entrara en la casa. Juliana saludó con la mano a Emma y Prudence, quienes le devolvieron el saludo con entusiasmo. Tenía la sensación de que ellas eran más optimistas sobre todo este plan que ella misma, pero tenía que hacer algo para al menos intentarlo, incluso si no conducía a nada más que a una cena arruinada. Lo cual estaba bien. Al menos habría hecho algo para demostrarse.

¿Él pensaba que ella nunca podría vivir en una casa como esta? Estaba equivocado. Solo necesitaba que él creyera lo que le estaba diciendo. Y él siempre decía que las acciones eran más fuertes que las palabras.

—Ven, siéntate —dijo la madre de Matthew, indicándole el sofá—. Cuéntame qué hizo mi hijo.

—Bueno —dijo Juliana, con la mirada fija en sus manos mientras se sentaba—, me dijo que nunca podríamos estar juntos. Que nunca funcionaría entre nosotros. He intentado convencerlo

de que estaría con él sin importar lo que haga falta. Simplemente no me cree.

La madre de Matthew esperó un momento antes de responder.

—Mi hijo es muy terco —dijo, a lo que Juliana asintió enérgicamente.

—Lo sé.

Su madre sonrió con esa sonrisa cariñosa que solo una madre puede tener al considerar las posibles deficiencias de su propio hijo. —Pero eso significa que una vez que se compromete, es leal hasta la exageración y siempre prefiere llevar las cosas hasta el final. Si siente lo mismo por ti que tú por él —y, después de verlos juntos, sospecho que así es— entonces entrará en razón. Solo necesita darse cuenta de la verdad en tus palabras.

Juliana asintió, de acuerdo con todo lo que la señora Archibald decía. Luego respondió: —Estaba pensando en cocinarle la cena. Solo hay un problema: no sé cómo hacerlo.

Ante eso, la señora Archibald estalló en carcajadas, pero pronto las dejó desvanecer y dio unas palmaditas alentadoras en el brazo de Juliana.

—No te preocupes, querida. Eso podemos solucionarlo. Ahora, antes de empezar, busquemos a Betsy y Mary.

La señora Archibald se fue a buscar a sus hijas mientras Juliana comenzaba a anotar lo que había notado que Matthew había disfrutado las pocas veces que habían comido juntos.

Demostraría que podía crear un hogar para ambos. Y luego dependería de él si quería creer en ella o no. Si, incluso después de eso, se negaba a hacerlo, si no creía en ella o en su amor... Bueno, entonces no sería el hombre para ella. Las palabras dolían incluso mientras corrían por su mente, pero se negaba a permitir que alguien la hiciera sentir menos de lo que era.

Ni siquiera Matthew.

No mucho después de que la madre de Matthew se hubiera marchado, regresó con sus hijas, quienes parecían extasiadas de que Juliana hubiera llegado.

—Matthew es un mulo terco —dijo Betsy, sentándose y cruzando los brazos sobre su pecho. Juliana no pudo evitar reírse.

—Yo misma estaba diciendo exactamente lo mismo a alguien más no hace mucho —dijo, aunque no mencionó que había estado hablando con un perro.

—He hecho una lista de lo que creo que Matthew disfrutaría, aunque agradecería cualquier recomendación que pudierais ofrecerme, ya que todas vosotras sabríais mucho mejor que yo lo que le podría gustar.

Extendió la lista, que Betsy y Mary tomaron y comenzaron a leer, con las cabezas juntas mientras la examinaban.

—Has llegado a conocerlo bien —dijo Betsy, mirando a Juliana con ojos tan parecidos a los de Matthew que resultaba extrañamente inquietante.

—Soy observadora —dijo Juliana, aunque el calor subió a sus mejillas, pues sabía que era principalmente observadora de Matthew y sus preferencias.

—Solo hay una cosa que cambiaría —dijo Betsy.

—¿Cuál?

—Matthew no ha estado comiendo carne últimamente.

Juliana se quedó sin palabras por un momento. —¿No... ha comido?

—No —dijo Betsy, con una sonrisa creciendo en su rostro, la de Mary haciendo juego con la suya—. Parece que tus argumentos han causado bastante impresión en él.

—Pero no le he impuesto ningún argumento —dijo Juliana, recostándose en el sofá, atónita —. La única manera en que lo sabría es... bueno, supongo que debe ser por mi folleto.

—¿Tu folleto?

Juliana explicó rápidamente en qué había estado trabajando. —Matthew proporcionó algunos de los dibujos para ello.

Ahora era el turno de sus hermanas de quedarse sin palabras.

—Matthew no ha dibujado ni pintado en mucho tiempo —dijo finalmente Mary—. Decía que estaba demasiado ocupado, que tenía muchas otras cosas que hacer. Nos pareció una lástima, porque tiene tanto talento. Parece que has sacado lo mejor de él, Lady Juliana.

—Por favor, llamadme simplemente Juliana —insistió Juliana. Parecía tonto usar su título cuando estaba tratando de demostrar que estaba preparada para este estilo de vida.

Las hermanas intercambiaron una mirada. —Muy bien.

—¿Cuándo te gustaría hacer esto? —preguntó Betsy.

—¿Es mañana demasiado pronto? Si pudierais orientarme sobre qué comprar, puedo ir al mercado y encontrar todo.

—Podemos hacer eso por ti —dijo Mary rápidamente, pero Juliana ya estaba negando con la cabeza.

—No. Debo hacer esto yo misma. Aunque... quizás vuestra compañía sería encantadora.

No era tan tonta como para pensar que no necesitaría algunos consejos sobre dónde ir y qué hacer.

Lo arreglaron todo y acompañaron a Juliana hasta la puerta, donde James había regresado para esperarla. Betsy extendió la mano y apretó la suya.

—Trata de no preocuparte. Todo saldrá bien.

—Gracias —dijo con una sonrisa tranquilizadora antes de dejar la comodidad del hogar de infancia de Matthew. Mientras saludaba a James, quien la ayudó a subir al carruaje, sabía una cosa: estaba tomando la decisión correcta. Tenía que luchar por Matthew, o podría arrepentirse para siempre.

* * *

AL DÍA SIGUIENTE, Matthew de repente se encontró abrumado por no tener nada que hacer y una gran necesidad de ocupar su tiempo. Porque estaba miserable. Todo en lo que podía pensar era en Juliana. Estaba maquinando razones en su mente por las que tenía que ir a verla, sabiendo que estaba actuando como un tonto pero incapaz de detenerse. Porque todo esto era por su propia causa. Lo sabía. Podría tenerla en sus brazos ahora mismo si quisiera, pero no podía hacerle eso. No podía poner patas arriba toda su vida, no podía ser tan egoísta como para alcanzar a la única mujer que era demasiado buena para él.

Le habría gustado intentar distraerse con el trabajo, pero los nuevos casos que había decidido aceptar aún no habían comenzado. El caso Smithfield había terminado hace tiempo, cuando determinaron que la esposa no estaba siendo infiel; simplemente había adoptado un nuevo pasatiempo, uno que ella pensaba que su marido no aprobaría. Estaba esperando reunirse con un hombre al día siguiente para resolver sus requisitos, y aún estaba por determinar si el otro se había resuelto por sí solo.

Finalmente, Matthew se convenció de que era el día perfecto para ir a hablar con la duquesa de Warwick y las damas Juliana y Prudence para ver si podía convencerlas de intervenir en nombre del Dr. Lewis. Lo cual era la *única* razón por la que regresaba a Warwick House, se recordó severamente. No tenía nada que ver con su deseo de ver a Juliana.

Una vez que averiguara si podían ayudarlo en su búsqueda, determinaría cómo demostrar mejor la inocencia de Lewis. Ya sabía que Lewis tenía una coartada para la noche en que Juliana

había sido secuestrada, pero era su madre, lo que el duque insistía que no era ninguna coartada. En cambio, Matthew tendría que dejar claro que Lewis no había sabido nada de su propio padre o de sus antecedentes, aparte del hecho de que no había estado presente en su vida. Para eso, necesitaría la ayuda de la señora Lewis, pero lo tomaría paso a paso y vería qué podía hacer por su cuenta antes de involucrarla.

Su caballo parecía conocer el camino a Warwick House sin que Matthew tuviera que guiarlo, y muy pronto estaba mirando la puerta que conducía a los terrenos de atrás. Estaba a punto de entrar cuando escuchó un ladrido agudo a su lado, y miró hacia abajo para encontrar a la pequeña Lucy de Juliana mirándolo.

—¿Cómo estás, pequeña? —preguntó, a lo que Lucy respondió con un ladrido rápido—. ¿Ocurre algo?

Estaba hablando con un perro. Ridículo. Pero no podía evitar que Juliana y su amor por los animales parecieran haber tocado algo dentro de él, y cada vez sentía más curiosidad por sus opiniones sobre el derecho que tienen a un mejor bienestar. Si no otra cosa, pasar tiempo viendo a Juliana y Lucy juntas había demostrado que ciertamente podía existir un vínculo entre humano y animal.

Solo pensarlo, sin embargo, le hizo extrañar a Juliana una vez más, aunque la vería lo suficientemente pronto. Simplemente no estaba seguro de qué tipo de recepción recibiría.

Entró por las puertas, dejando su caballo con un mozo de cuadra antes de dirigirse a los escalones. Jameson pareció considerablemente sorprendido de verlo.

—Señor Archibald —dijo—. No lo esperaba.

Era interesante cómo los mayordomos podían decir tanto con tan pocas palabras.

—Estoy aquí para hablar con las damas Juliana y Prudence y con la duquesa, si es posible.

—Veré si están recibiendo visitas —dijo Jameson, con una recepción más fría de lo que había sido anteriormente, eso era seguro.

Regresó no mucho después.

—La duquesa y Lady Prudence lo recibirán.

Matthew lo siguió por el corredor, preguntándose qué significaba eso exactamente. ¿Había renunciado Juliana a él por completo?

Entró en el salón, encontrando a la duquesa y a Lady Prudence esperándolo en el sofá.

—Señor Archibald —dijo la duquesa, sin delatar ninguna de sus emociones hacia él, aunque su tono carecía de su habitual nota amistosa—. Bienvenido. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Estoy aquí para hablarles sobre el Dr. Lewis —dijo, tomando el sillón frente a ellas—. Parece que Su Gracia está convencido de la culpabilidad del hombre; sin embargo, estoy bastante seguro de que no ha tenido ningún papel en amenazar a su familia. Esperaba que ustedes, quizás, pudieran ayudarlo a creer lo contrario.

—¿Me está pidiendo que vaya en contra de mi marido, y a Lady Prudence que vaya en contra de su hermano? —dijo la duquesa con una ceja levantada.

—Solo estoy pidiendo ayuda para convencerlo de la verdad —intentó en su lugar.

Para su sorpresa, las comisuras de los labios de la duquesa se elevaron ligeramente. —Muy bien. Da la casualidad de que estamos inclinadas a estar de acuerdo contigo. Giles está tan ansioso por terminar con esta amenaza que no está pensando racionalmente al respecto. ¿Qué podemos hacer?

Él esbozó su plan, pidiéndoles que trabajaran lentamente en contra de los argumentos del duque.

—Me temo, sin embargo —dijo—, que todavía hay alguien ahí fuera esperando encontrar

una debilidad en sus defensas. Por favor, sigan siendo vigilantes.

—Por supuesto —dijeron, antes de levantarse en señal de que era hora de su partida.

—¿Podrían por favor... transmitir mis saludos a Lady Juliana? —preguntó vacilante.

—Por supuesto —dijo la duquesa—. Creo que actualmente está visitando a Lady Maria.

—¿Es así? —dijo Matthew mientras su corazón comenzaba a latir más rápidamente. Tenía un mal presentimiento sobre eso, un presentimiento muy malo.

Si Juliana había proporcionado tal excusa a su hermana y a su mejor amiga en el mundo, lo más probable es que no estuviera con Lady Maria, sino en alguna misión u otra, solo que esta vez, él no estaba allí para cuidar de ella.

Se dirigió hacia la entrada principal con un nuevo propósito: tenía que encontrar a Juliana. No importaba si tenían o no un futuro juntos o lo que se había dicho entre ellos. No iba a dejar que le pasara nada. Nunca.

Lo cual le decía que algo había estado ahí, debajo de la superficie de su conciencia, que aún no había aceptado. Ella era tanto parte de él como él era su propio hombre, y no podía ver ningún futuro sin ella. Ahora solo tenía que decidir si esa atracción mutua era suficiente para superar todo lo demás que se interponía entre ellos.

Ya tenía una mano en la puerta cuando una voz detrás de él lo detuvo.

—Señor Archibald.

Se volvió para encontrar a Lady Winchester allí, mirándolo con todo el conocimiento del mundo contenido en sus ojos.

—¿Sí?

—Puedo decirte dónde encontrar a Juliana, pero con una condición.

—¿Sí?

Esperó a que ella le dijera que tendría que prometer no verla nunca más, no perseguir ningún romance con ella. Pero sus palabras lo sorprendieron completamente.

—No debes volver a actuar como un tonto.

CAPÍTULO 26



Juliana estaba muy orgullosa de sí misma.

Mientras levantaba el delantal que la señora Archibald le había dado para limpiarse una gota de sudor de la frente, podía admitir que estaba exhausta, sí. Pero este era un trabajo gratificante. Agarró el mango de la cuchara y la giró lentamente a través de la sopa que había preparado — ella sola. Había cocinado la totalidad de la comida, aunque había recibido algo de ayuda en otros aspectos.

Las hermanas de Matthew la habían acompañado al mercado y Juliana había hecho todo lo posible por no parecer completamente fuera de lugar, aunque tenía la sensación de que había fracasado rotundamente en ese aspecto.

Se alegraba de no haber estado sola. Cuando había metido la mano en su pequeño retículo para pagar lo que el primer vendedor le había pedido, Betsy había puesto su mano encima de la suya para detenerla.

—Te está pidiendo demasiado —le susurró Betsy al oído—. Puede notar por la elegancia de tu ropa que puedes permitirte pagar más. Deberías estar pagando la mitad. Tienes que regatear con él.

Juliana había regateado antes —con el impresor para conseguir una mejor tarifa para los panfletos, por ejemplo— pero no estaba preparada para el regateo en el mercado.

Afortunadamente, Betsy era bastante experta y, después de los intentos poco entusiastas de Juliana, intervino y dio un ejemplo de cómo debía hacerse.

A Juliana le fue mucho mejor la segunda vez, y pronto tuvieron los brazos y las cestas cargados con todo lo que necesitaba y regresaron a la casa de los padres de Matthew. Su madre había sugerido que su casa sería el mejor lugar para que Juliana preparara la comida, pues tenía mucho mejor equipamiento que Matthew. Prometió que ella y su esposo permanecerían escasos cuando Matthew llegara, aunque Juliana recibió la impresión de que sentía que quizás los dos necesitarían algo de vigilancia. No estaba del todo equivocada, aunque Juliana había estado esperando con ansias pasar tiempo completamente a solas con Matthew.

Sin embargo, si todo salía bien esta noche, tendrían el resto de sus vidas para compensarlo.

Juliana removió la sopa, encontrando otra cuchara para probarla. Sabía decente, pero era consciente de que faltaba algo. Sabía que sus esfuerzos en la cocina nunca rivalizarían con los de su propio cocinero, ni con las mujeres de la familia de Matthew, pero estaba decidida a hacer esto por sí misma. Sus hermanas habían abandonado la casa hacía tiempo, necesitando volver con sus familias, y la madre de Matthew entraba de vez en cuando para comprobar cómo iban las

cosas. Le había proporcionado a Juliana las instrucciones que necesitaba y luego la había dejado sola.

La sopa necesitaba especias, decidió. Examinó el pequeño espacio y los armarios de abajo, preguntándose si sería impertinente por su parte buscar lo que necesitaba. Abrió algunos cajones y puertas, pero sentía que estaba invadiendo. Esperó a que regresara la madre de Matthew, pero la casa se sentía vacía, como si estuviera completamente sola. La idea realmente la asustó un poco, y estaba más inclinada a salir y encontrar lo que buscaba que a permanecer allí sola. El mercado estaba justo a la vuelta de la esquina y todo lo que necesitaba era un poco de perejil.

¿Seguramente podría salir sola y encontrar lo que necesitaba? Estaba en Holborn y nadie sabía que estaba allí. No había razón para que alguien la hubiera seguido o tuviera alguna idea de quién era realmente.

Giles no parecía sentir que hubiera una amenaza, no ahora que había decidido que el Dr. Lewis era el culpable. Aunque ella no estaba inclinada a estar de acuerdo con él, no pensaba que estuviera en peligro aquí y él ya no requería que tuviera protección siguiéndola. Debería tener una carabina, pero ¿cómo podría ayudarla una carabina si estuviera en peligro?

Además, no era como si fuera a recorrer una gran distancia y Matthew iba a estar aquí pronto, si respondía puntualmente a la llamada de su madre.

Colgó su delantal en la percha junto a la puerta y revisó la sopa antes de girar tentativamente el pomo. Esto era ridículo, se dijo a sí misma. Era una mujer adulta que se había vuelto temerosa de su propia sombra.

Llenándose de valor, atravesó la puerta, caminó por la calle, dobló la esquina y comenzó a cruzar el mercado. La luz comenzaba a atenuarse mientras el sol se ponía en la hora de la cena, apresurándola mientras debía regresar antes de que Matthew llegara o todo estaría arruinado.

Encontró al vendedor de especias, le pidió perejil y le entregó la moneda que pidió. Probablemente era mucho más de lo que valía la especia, pero no tenía tiempo, ni la inclinación en ese momento, para regatear con él.

Con el perejil seco en la mano, comenzó a abrirse paso de regreso a través del mercado hasta que estuvo cerca de doblar la esquina. Se preguntó adónde habrían ido sus padres, ya que la casa no era particularmente grande.

¿Qué diría Matthew cuando la viera? Su corazón comenzó a latir con fuerza mientras se preguntaba si estaría sorprendido, emocionado o decepcionado. Empezaba a sentirse bastante tonta por todo lo que había planeado. La idea de que pudiera rechazarla era casi demasiado para soportar.

Pero no se centraría en eso. Se centraría en...

—Entrega el retículo y no te harán daño.

Juliana se detuvo en seco, inhalando bruscamente.

¿Realmente le estaba pasando esto?

Disimuladamente metió la mano en el bolsillo del frente de su vestido, deslizando el cuchillo en su mano antes de darse la vuelta lentamente, abriendo los ojos ante el hombre frente a ella. Por su voz, había imaginado a alguien que claramente había vivido una vida más dura de lo que ella podría imaginar. Este hombre, sin embargo, parecía bastante bien arreglado. Su vestimenta no era tan fina como para ser noble, pero tenía un aire que le decía que esta no era la primera vez que detenía a alguien para quitarle unas monedas o joyas.

—Estaría encantada de darle las monedas que puedo permitirme —dijo con calma—. Pero no puedo dárselas todas o podría no ser capaz de volver a casa.

—Estás lejos de Mayfair, ¿no es así?

Juliana inclinó la cabeza, observándolo. Llevaba un paño negro con agujeros para los ojos atado sobre su rostro, por lo que no podía verlo correctamente, aunque tenía dificultades para ubicar su acento. No sonaba como ninguno de los nobles que conocía, pero tampoco parecía ser un hombre sin educación. Si tuviera que adivinar, sería de una clase similar a Matthew o al Dr. Lewis.

Esperaba que esto no significara que su medio hermano estuviera involucrado.

—¿Por qué creería que soy de Mayfair?

—El vestido elegante, por supuesto.

—Quizás se podría decir lo mismo de usted.

El hombre se burló antes de avanzar hacia ella amenazadoramente.

—Entrégalo.

—¿O qué?

—O te haré las cosas difíciles —dijo, blandiendo un cuchillo en su mano derecha.

Después, Juliana solo pudo explicarlo como si el tiempo se hubiera detenido. Lo vio acercarse a ella incluso mientras revisaba sus opciones, tratando de pensar en todo lo que Matthew le había enseñado. ¿Debería correr? ¿Debería luchar? ¿Debería usar su arma? Primero, debería ser inteligente.

—Muy bien —dijo con calma—. Tómelo.

En realidad, solo eran unas pocas monedas, después de todo, y no valía la pena potencialmente perder la vida por ello. Extendió el retículo con la mano izquierda, y él se acercó para tomarlo. Solo que, en lugar de tomar el retículo, le agarró la muñeca.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, mirando frenéticamente a su alrededor en busca de ayuda, solo que esta esquina estaba bastante desprovista de gente. Por supuesto.

Él se inclinó, su boca se ensanchó en una mueca burlona.

—Estoy tomando el premio más grande de todos —dijo—. ¿Crees que tu hermano vendrá por ti otra vez?

Juliana se vio instantáneamente invadida por el miedo siempre presente que había estado suspendido justo por encima de ella desde la última vez que había sido secuestrada.

Habían evitado que algo así le volviera a pasar teniendo a Matthew o uno de sus hombres vigilando cada uno de sus movimientos. Pero Matthew no estaba aquí ahora. Era solo Juliana, contra este hombre que amenazaba con llevarla de vuelta al único lugar donde había jurado no volver a estar: en cautiverio.

Deliberadamente había sostenido la bolsa con la mano izquierda, y levantó el cuchillo en su mano derecha, preparándose para atacar. Ya estaba arremetiendo antes de que él lo viera, y cuando clavó el arma en la mano de su cuchillo, sus ojos se abrieron de asombro al dejar caer el cuchillo al suelo frente a ellos. Un temor enfermizo se clavó en su estómago, pero no se dio tiempo para darse cuenta exactamente de lo que había hecho.

—¿Qué dem...?

Su sorpresa le dio a Juliana el tiempo suficiente para torcer su mano en su agarre, trayendo su otro brazo hacia abajo sobre el suyo. Los recuerdos de su entrenamiento con Matthew pasaron por su mente, y solo esperaba poder hacer lo suficiente para mantener al hombre a raya.

Él soltó un grito, y antes de que pudiera recobrar el sentido y atacarla de nuevo, Juliana hizo lo que Matthew le había enseñado: corrió.

Dobló la esquina y miró las filas de puertas frente a ella. Una de ellas era la residencia Archibald, pero ¿cuál? Y si entraba, ¿solo estaría invitando problemas a su hogar? Justo cuando había decidido que debía seguir corriendo más allá de la puerta, apareció una figura en el otro

extremo de la calle, una que reconocería en cualquier lugar.

—¡Matthew! —gritó en parte como advertencia, en parte con alivio, y pudo notar cuando él la vio a ella y al peligro que la amenazaba, porque su cuerpo se agachó preparándose para el ataque.

Instantáneamente sintió más que vio la retirada del hombre detrás de ella, y se arriesgó a mirar por encima de su hombro para verlo corriendo en la dirección contraria. Ella siguió corriendo, directamente a los brazos de Matthew, en los que se lanzó tan pronto como estuvo cerca. Él la rodeó con sus brazos, abrazándola fuertemente, y ella pudo sentir el latido de su corazón mientras golpeaba contra su pecho.

El calor de su aliento golpeó su oído, y ella pudo notar cuánto había afectado toda la situación a él, incluso mientras ella necesitaba su consuelo más que nunca antes. Juliana no habría podido decir cuánto tiempo estuvieron allí juntos, hasta que él lentamente se apartó de ella, colocándola frente a él.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás sola frente a la casa de mis padres? —preguntó, sus ojos aún moviéndose de un lado a otro como si todavía no estuviera preparado para renunciar al peligro potencial.

—Yo... te preparé algo —dijo ella, alejándose de él, extendiéndole la mano—. Ven.

Él asintió, su rostro inescrutable mientras la seguía a través de la puerta principal de la casa de sus padres. Ni la señora ni el señor Archibald se veían por ninguna parte, pero la comida de Juliana olía bastante bien.

—Siéntate —dijo, señalando la mesa, y él hizo lo que ella dijo, aunque pudo notar que su cuerpo no estaba del todo listo para relajarse.

Ella regresó a la cocina, encontró la especia que milagrosamente había sobrevivido a su encuentro, y la añadió a la sopa. Miró todo lo que tenía ante sí y luego comenzó a servirlo para Matthew. Si no hubiera sido por los latidos de pánico de su corazón, pensó que realmente habría disfrutado de sí misma y de la capacidad de preparar comida para el hombre que amaba.

Caminó desde la cocina sosteniendo sus platos, colocando uno frente a él.

—¿Qué te gustaría beber?

Él parpadeó hacia ella, obviamente aún sin entender lo que estaba sucediendo.

—¿Perdón?

—¿Qué te gustaría beber?

—Juliana, podemos hablar...

—Por favor —dijo desesperadamente—, no dejes que él arruine esto. Hablaremos más tarde, lo prometo. Pero por ahora, ¿qué te gustaría beber?

—Yo lo traeré —dijo, y fue al aparador para servirse, trayéndoles a ambos una copa de vino. Miró la mesa frente a él.

—¿Qué es esto?

—Tú eres el investigador —no pudo evitar espetarle. Estaba empezando a cansarse de ser la única que lo daba todo, mientras él seguía haciendo lo que consideraba su propio maldito sacrificio, pero en realidad no le permitía elegir su propio destino—. ¿Por qué no resuelves el caso?

—Parece la cena.

—Sí. La preparé para ti —dijo ella.

—¿Por qué?

Con eso, Juliana ya había tenido suficiente. Entre los acontecimientos de esta noche y su falta de voluntad para aceptar lo que ella había hecho, se quebró. Se alejó de la mesa antes de que

incluso hubiera terminado de sentarse, colocando sus puños sobre ella.

—¿Por qué? Porque quería mostrarte que estoy preparada para aprender, para hacer esto por ti si eso significa una vida juntos. Que te amo y no me importa lo que eso signifique. Que disfruto pasar tiempo con tu familia y sería feliz de hacerlo por el resto de nuestras vidas. Pero tú, aparentemente, no te preocupas. ¿Qué más necesito hacer para mostrarte cómo me siento?

—Juliana —se levantó y rodeó la mesa—. Sé cómo te sientes. De verdad.

—Si te preocupas tanto por cómo me siento, entonces me permitirás tomar mis propias decisiones.

Él extendió la mano y colocó sus manos sobre sus brazos, con el ceño fruncido.

—Aprecio esto más de lo que sabes. De verdad.

—No me apacigües.

—No lo hago.

—¿Crees que está bueno? Lo hice todo yo misma.

Levantó la barbilla desafiante. Él la miró fijamente, encontrando su mirada, aunque ella supo entonces que él no tenía fe en sus habilidades.

Él se sentó como ella sabía que haría, tomando su tenedor para obstinadamente hundir en su comida. Clavó su tenedor en las patatas y se lo llevó a la boca. Y ella vio cómo se iluminaban sus ojos.

—Esto está bueno —dijo, después de tragar. Ella se recostó, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Sorprendido?

—No.

—Sí lo estás.

—Quizás un poco.

Ella se inclinó hacia él.

—Puedo hacer cualquier cosa que me proponga, Matthew. Nunca lo olvides.

Sus ojos estaban fijos en ella mientras tomaba una cucharada de la sopa, luego continuaba con el resto de su plato.

—Espero que no extrañes la carne —dijo ella mientras probaba tentativamente un bocado—. Tus hermanas dijeron que ya no la estabas comiendo.

—Tal vez no.

—¿Por qué?

Él suspiró.

—¿Importa?

—Sí.

—Porque... porque leí tu panfleto. Y escuché en tus reuniones. Y descubrí que hay mucha validez en tus opiniones.

—¿Ah, sí?

—Sí —murmuró él.

Comieron el resto de la cena en silencio, aunque Juliana podía ver que su mente estaba trabajando por las expresiones que pasaban por su rostro, sabía que había hecho una mella en su terquedad respecto al asunto de ambos.

Finalmente, ella trajo el postre y él comenzó a hacer las preguntas que había estado conteniendo.

—¿Qué podría haberte pasado esta noche, sola ahí fuera?

—Me defendí —dijo ella—. Y ¿sabes algo? Lo necesitaba. Necesitaba saber que era lo

suficientemente fuerte como para mantenerme a salvo sin depender de ti. Sí, fue tu enseñanza la que me ayudó, pero me enfrenté a ese hombre por mi cuenta.

—¿Y si yo no hubiera llegado?

—Habría encontrado ayuda. Habría seguido corriendo hasta encontrar a alguien, a cualquiera. Si eso no fuera una opción, habría luchado contra él. Tenía mi cuchillo. —Hizo una pausa—. Hay algo que debes saber. Ese hombre me perseguía de nuevo por la misma razón que antes: por quién era yo. Pero no creo que fuera el mismo hombre. No reconocí nada de él.

Matthew suspiró mientras pasaba sus manos por su cabello.

—Bueno, una cosa es segura, entonces. No fue Lewis.

—No. De eso podemos estar seguros.

—Bien. Bueno, si eso es todo, creo que es hora de que me vaya —dijo ella, con el corazón rompiéndose dentro de su pecho. Odiaba esta actitud educada de "seamos-amigos" que Matthew parecía haber adoptado. Ella quería todo de él, o nada en absoluto—. No hago nada a medias, Matthew. Deberías saberlo. Me voy. Por favor, limpia los platos para que tu madre no tenga que hacerlo.

Sabía que debería quedarse y ayudar, pero supuso que después de todo lo que había hecho y el aparente desprecio de Matthew, lo mínimo que podía hacer era lavar los pocos platos restantes. Estaba a mitad de camino hacia la puerta cuando escuchó un grito detrás de ella. Se dio la vuelta para encontrar a Matthew apresurándose hacia ella, y se preguntó qué más tendría que decir.

—Juliana, detente —llamó, y ella no pudo evitar hacerlo—. Por favor.

Se dio la vuelta, y un poco de esperanza brotó en su pecho.

Porque si no se equivocaba, había súplica en sus ojos.

CAPÍTULO 27



El corazón de Matthew latía tan fuerte que se preguntaba si Juliana podía oírlo.

Era un hombre que planificaba. Que reunía toda la información disponible —y aquella que debía buscar— antes de tomar una decisión. Pero con Juliana, continuaba actuando por instinto, lo que más que inquietarlo, lo aterrorizaba.

Sin embargo, sabía, sin lugar a dudas, lo que debía hacer.

Extendió una mano, en la cual ella, lenta y tentativamente, colocó una de las suyas. Tiró de ella, guiándola hacia el interior de la casa, hasta la sala donde había crecido. Se hundió en el sofá, y ella lo siguió, sentándose a su lado.

Se aclaró la garganta, con la intención de comenzar desde el principio para contarle cómo había ido a su casa y la había encontrado ausente, dónde le había dicho su familia que estaba, la advertencia de su abuela, su frenética carrera hacia la casa de sus padres en completo shock, y luego la furiosa mezcla de emociones que lo habían invadido cuando dobló la esquina y la vio corriendo hacia él.

Pero decidió que ese no era el lugar para empezar —con Juliana solo había un lugar para hacerlo.

—Te amo —dijo, poniendo gran énfasis en cada palabra, y aun así, no parecían suficientes para describir verdaderamente la magnitud de lo que sentía por ella. Al ver cómo entrecerraba los ojos, supo que no le creía y continuó, diciéndolo más alto, con más fuerza—. Te amo, con cada parte de mí. Nunca he sentido esto por una mujer antes, y sé que nunca lo sentiré de nuevo. Solo... pensé que mis sentimientos no eran suficientes. Pensé que *yo* no sería suficiente para ti, que esta vida sería una que llegarías a resentir.

Su espalda se enderezó, su cuerpo se tensó, y él supo exactamente lo que ella estaba pensando.

Tomó ambas manos de ella entre las suyas mientras se arrodillaba frente a ella, inclinando su cuerpo hacia adelante mientras los ojos de ella se abrían con sorpresa.

—Pero me di cuenta de algo cuando estuvimos separados, cuando te vi huyendo de un hombre contra el que te defendiste, cuando te esforzaste tanto para preparar una comida para mí con el fin de obligarme a ver que no hay límite para lo que eres capaz. Me di cuenta de que no me corresponde a mí tomar la decisión por ti. Te corresponde a ti entender cómo sería la vida y luego determinar por ti misma si esa es una vida que elegirías. He sido un necio obstinado, y aunque no puedo pedirte que renuncies a todo para estar conmigo, *sí* te diré que ya no decidiré tu futuro por ti.

Finalmente alzó la mirada y encontró sus ojos, apretando sus manos, tratando de hacerle entender la verdad de sus palabras. Los ojos de ella brillaban mientras lo miraba.

—¿De verdad?

Él asintió. —De verdad.

Ella se dejó caer al suelo junto a él, rodeándole el cuello con los brazos. —Entonces te elijo a ti. Hoy, mañana, todos los días por el resto de nuestras vidas.

Él estiró las manos y capturó su rostro entre ellas.

—¿Te casarás conmigo, entonces?

—Por supuesto que lo haré —dijo ella, curvando sus labios en una sonrisa—. Y yo también te amo.

No pudo esperar más, mientras bajaba su cabeza y tomaba esos labios sonrientes con los suyos. El beso comenzó suave, tierno, amoroso, pero en poco tiempo ella estaba agarrando las solapas de su chaqueta, acercándose a él mientras él exploraba su boca, saboreándola, provocándola, y ella le correspondía, dando tanto como recibía. No estaba seguro de cómo había sucedido, pero pronto ella estaba a horcajadas sobre él, con sus piernas envolviéndolo mientras se rozaba contra él donde estaba tenso hacia ella.

—Juliana —murmuró, apartándose—. Jules.

—¿Sí?

—Tenemos que parar.

—¿Por qué? Vamos a casarnos —dijo ella, jadeando mientras se acercaba más a él, llevando sus labios a los suyos nuevamente.

—Porque estamos en medio de la sala de mis padres.

Ella se quedó inmóvil antes de bajarse apresuradamente de su regazo. —Cierto, cierto —dijo, arreglando su cabello para devolverlo a una apariencia de orden—. No sería la mejor impresión si entraran, ¿verdad?

Su risa comenzó como un rumor bajo antes de desbordarse, llena de incredulidad ante la posibilidad de que esta mujer se convirtiera en su esposa.

—Limpiemos, ¿de acuerdo? —dijo—. Luego regresaremos a casa.

No dijo qué casa, pero, en realidad, no estaba seguro él mismo.

—¿Dónde están mis padres, de todos modos?

Fue en ese momento cuando apareció su madre, y Matthew no necesitaba ser un investigador para sospechar de su oportuna llegada.

—Matthew, ¿cómo estuvo tu cena?

—Fue maravillosa, madre.

—Muchas gracias por permitirme cocinar aquí y, señora Archibald, por toda su ayuda —añadió Juliana, y Matthew pudo notar por la mirada cariñosa de su madre que Juliana ya se la había ganado.

—Se está haciendo tarde —dijo su madre—. ¿Por qué no llevas a Juliana a casa, Matthew, y yo limpiaré esta noche?

—Oh, no... —comenzó Juliana, pero su madre levantó la mano otra vez.

—Insisto —dijo—. Vayan. Estoy segura de que la familia de Lady Juliana estará esperando, y puede que haya algunas cosas que necesites discutir con su hermano.

De eso, no había duda.

* * *

FUE CON GRAN INQUIETUD —y sin embargo con gran alegría— que Juliana y Matthew regresaron a Warwick House poco después, tras recoger a Abigail en el camino de vuelta.

Matthew estaba tan estoico como siempre, pero Juliana apenas podía contener las diferentes emociones dentro de ella.

—¿Qué crees que dirá Giles? —le preguntó a Matthew por lo que parecía ser la vigésima vez desde que habían salido de casa de sus padres. El siempre leal James había estado esperando, y por primera vez desde que Juliana lo había conocido, Matthew se sentó con ella en el carruaje. Había intentado tentarlo durante el camino, pero él se había resistido —apenas— diciéndole que si comenzaban algo, no estaba seguro de que pudieran parar.

Consideró que era una razón suficientemente buena, y fue mucho más fácil una vez que Abigail se unió a ellos.

Jameson abrió la puerta con las cejas levantadas al verlos a los dos.

—Lady Juliana. Ha regresado. Y con el señor Archibald.

—Sí, Jameson —dijo ella, incapaz de preocuparse por el enfado del mayordomo, aunque su humor solía ser un buen indicio del de su madre—. ¿Dónde podemos encontrar a Giles?

—La familia está disfrutando del último plato de la cena —respondió Jameson.

El corazón de Juliana se hundió. Debería haberse dado cuenta de la hora. Hubiera preferido tener esta discusión con un miembro de la familia a la vez, aunque supuso que quizás tener el apoyo de Emma y Prudence no haría daño. Y, si lo que Matthew le había dicho era alguna indicación, parecía que su abuela también estaba a su favor.

Miró su vestido que, aunque digno según los estándares de Holborn, ciertamente no pasaría la inspección de su madre para la cena. Eso era, por supuesto, aparte del hecho de que actualmente estaba cubierto por algunas salpicaduras de comida que habían esquivado el delantal mientras cocinaba. Levantó una mano hacia su cabello, encontrando que tanto se había escapado de sus horquillas como seguía colgando de su cabeza.

Pero si su familia iba a aceptar su matrimonio —y ciertamente esperaba que lo hicieran— entonces tendrían que aceptarla como era.

Alcanzó y tomó la mano de Matthew.

—Esperaremos en el salón hasta que terminen.

Jameson levantó las cejas en una silenciosa desaprobación de su idea, pero Juliana no iba a desanimarse. ¿Importaba realmente si ahora se la consideraba arruinada?

Matthew no dijo nada, pero apretó su mano con fuerza y la siguió. Cuando tomaron asiento, ella suspiró y se inclinó hacia él, y él extendió un brazo alrededor de sus hombros y la acercó.

—¿Tenemos un plan?

Ella cerró los ojos y sonrió ante el hecho de que él le pedía primero su opinión.

—Supongo que explicaremos todo y luego tendrás que hablar con Giles para pedir mi mano.

—Puede que no la conceda.

—Puede que no —concedió Juliana—. Pero soy una mujer adulta, y te la doy a ti de todos modos.

No le gustaba la idea de huir sin aprobación más de lo que sabía que a Matthew le gustaba, pero se negaba a quedarse y casarse con el próximo hombre que su madre eligiera para ella solo porque eso era lo que se esperaba.

Juliana estaba a punto de quedarse dormida por la emoción del día cuando la puerta del salón se abrió ligeramente y ella se sobresaltó en su asiento.

—¡Juliana!

Fue Emma quien entró primero, gracias a Dios. Se apresuró y se inclinó para abrazar a

Juliana. —Estábamos preocupados por ti cuando no regresaste antes de la cena.

—Juliana —dijo Giles desde la puerta, donde estaba con los brazos cruzados sobre el pecho —. Estaba a punto de enviar una partida de búsqueda por ti, de llamar a cada hombre armado en Londres para encontrarte, hasta que nuestra abuela aquí me dio una pista de dónde estabas.

Sus ojos se dirigieron a Matthew. —Archibald.

—Su Gracia —dijo Matthew, poniéndose de pie con una reverencia.

—¿Es cierto, entonces? —dijo la madre de Juliana desde donde estaba justo dentro de la entrada, con las manos apretadas frente a su pecho—. ¿No estabas con Lady Maria sino con... este hombre?

—*Este hombre*, madre, tiene un nombre —dijo Juliana, apretando la mandíbula, preparándose para la batalla—. Matthew. Y mejor que lo aprendas bien, porque tengo la intención de casarme con él.

Su madre jadeó ante eso, volviéndose para buscar ayuda en su propia madre, pero Lady Winchester solo golpeó su bastón en el suelo y sonrió a Juliana. —Bien por ti, muchacha.

—Juliana, debemos hablar de esto. Hay mucho más que considerar que tu simple enamoramiento. Y tú —señaló a Matthew—, te dije que la dejaras en paz.

—Lo intenté, Su Gracia —dijo Matthew con contrición—. De verdad lo intenté.

—Pero qué casualidad, Matthew finalmente se dio cuenta de que tengo mi propia mente —añadió Juliana.

—Giles, ¿te ocuparás de esto? —dijo la duquesa viuda, volviéndose hacia su hijo como último recurso, y Giles asintió, aunque su mirada estaba fija en Matthew.

—Archibald, ¿por qué no nos retiramos a mi estudio? Parece que tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

Matthew se inclinó y besó la mejilla de Juliana, para sorpresa de ella y de todos los demás en la habitación, antes de seguir a Giles fuera, dejando a Juliana sola en la habitación con su hermana boquiabierta, su madre a punto de desmayarse, y tanto Emma como Lady Winchester con idénticas sonrisas de aprobación.

—Supongo que todos queréis saber qué ha pasado —preguntó, y Emma asintió con entusiasmo mientras las mujeres finalmente se sentaban alrededor de la habitación.

Les contó cómo había empezado a desarrollar sentimientos por Matthew, cómo él había tratado de resistirse a ella, cómo su tiempo juntos solo los acercó más, hasta que Matthew la alejó por lo que pensó que sería para siempre.

Luego les contó sobre el plan que había ideado para la noche.

—¿Y? —dijo Prudence, inclinándose hacia adelante, obviamente cautivada por la historia de su hermana—. ¿Funcionó?

—Sí —dijo Juliana con una sonrisa satisfecha—. Funcionó perfectamente.

CAPÍTULO 28



Matthew estaba preparado para dar muchas explicaciones cuando entró al despacho del duque. El lugar había cambiado considerablemente desde su primer encuentro allí. Ya no estaba la imponente presencia del duque anterior observándolos desde su retrato, ni las pesadas cortinas azul marino, ni la asfixiante oscuridad de la habitación.

En su lugar brillaba lo que la familia del duque estaba llegando a ser.

Giles tomó asiento con cansancio detrás de su escritorio.

—Si fueras cualquier otro hombre o si Juliana fuera cualquier otra mujer, inmediatamente sospecharía de tus motivos. Pero mi mejor suposición es que fuiste tú quien intentó resistirse a esta unión y ella no lo permitió.

—Eso sería correcto, Su Gracia —dijo Matthew con una sonrisa irónica—. En caso de que esté preocupado, debo decirle que la amo con todo mi corazón. Por esa misma razón, intenté romper cualquier afecto que ella sintiera por mí, pero no vi lo fuertes que eran sus sentimientos, que eran mucho más que afecto, sino un amor correspondido.

—¿Sois ambos conscientes de lo que ella renunciará al casarse contigo?

—Sí, Su Gracia —dijo Matthew—. De hecho, esa fue una de las principales razones por las que intenté alejarla. No estaba seguro de que fuera consciente de la vida que le esperaba si se casara conmigo. Pero me equivoqué. Conoce su mente mucho mejor de lo que jamás imaginé. Fue adamante en que esta es la vida que elige. Hizo toda una demostración, en caso de que yo no pudiera entenderlo con mi cabeza dura.

Explicó lo que Juliana había hecho aquella noche, y las cejas de Giles se elevaron casi hasta su cabello.

—No puedo decir que esté complacido de que mintiera sobre su paradero, pero... estoy bastante impresionado.

Matthew asintió antes de continuar:

—Me gustaría pedirle su mano. Sé que estoy lejos de lo que usted habría esperado o preferido para su hermana, pero le prometo que dedicaré mi vida a cuidarla y proporcionarle la mejor vida que pueda.

Giles lo observó un momento antes de ponerse de pie y rodear su escritorio, apoyándose contra él.

—Tengo algunas preguntas.

—Por supuesto.

—¿Qué pasaría si no te proporciono su dote?

—No lo espero, Su Gracia. Estoy preparado para mantener a Juliana sin ella.

—¿Eres capaz de hacerlo?

Matthew ocultó su irritación.

—Sí.

—¿Estás seguro de que la amas?

Matthew hizo una pausa por un momento, no porque necesitara pensar en su respuesta, sino porque necesitaba elegir palabras que el duque comprendiera completamente. Con voz baja, dijo:

—Con cada pedazo de mi corazón y alma.

Giles asintió antes de volver a su asiento.

—Bien. Te doy mi bendición.

Matthew parpadeó, inseguro de si realmente había escuchado correctamente al duque.

—¿Perdón?

—Dije que te doy mi bendición. ¿Eres lo que esperábamos para Juliana? No. ¿Lo aprobará mi madre? No. Pero afortunadamente para ti, no soy mi padre. Yo mismo me casé por amor y, aunque no seas de cuna noble, sé que harás feliz a Juliana, lo cual es más de lo que puedo decir sobre la mayoría de los otros posibles partidos que mi madre habría elegido para ella. No solo tienes mi bendición, sino también su dote.

Giró una hoja de papel y la deslizó por el escritorio hacia Matthew. Matthew leyó la cifra y ya estaba negando con la cabeza. La cantidad era más de lo que ganaría en cinco años, pero no podía imaginarse aceptando tal suma cuando no había hecho nada para ganarla.

—No puedo aceptar esto, Su Gracia.

—Por supuesto que puedes —dijo el duque, observándolo—. De hecho, si no lo tomas, retiraré mi bendición.

—Pero... ¿por qué?

—La dote de Juliana no es para ti. Es para ella. Aunque tengo plena fe en que la mantendrás, esto siempre estará ahí para ella si lo necesita. No eres el tipo de hombre que lo gastará todo en sí mismo, lo sé. Así que úsalo para cuidar de ella.

Matthew tragó con dificultad. Todavía le dolía tener que tomar el dinero, pero no podía ver otra salida. Simplemente lo dejaría para que Juliana hiciera lo que quisiera con él.

—Muy bien. Gracias, Su Gracia.

—Ahora, solo tenemos que determinar las nupcias.

—¡No os preocupéis!

La puerta se abrió de golpe y Juliana entró precipitadamente. Rodeó el escritorio y envolvió sus brazos alrededor del cuello de su hermano, obviamente para sorpresa de él.

—Gracias, Giles —dijo ella—. Muchas gracias. —Levantó la mirada y encontró los ojos de Matthew—. Y gracias, Matthew, por no oponerte a los deseos de Giles.

Él asintió, sabiendo mientras la miraba que haría cualquier cosa que ella le pidiera.

—Esta iba a ser una conversación entre el señor Archibald y yo —dijo Giles secamente, a lo que su esposa, de pie cerca de la puerta, resopló.

—Has estado en casa el tiempo suficiente, Giles, para saber que eso nunca será el caso.

Él asintió antes de suspirar.

—Supongo que sí.

—En cuanto a la boda —dijo Juliana, con los ojos fijos en Matthew—, estaba pensando que quizás deberíamos casarnos en St. Andrew's.

—¿En Holborn? —preguntó Matthew con una ceja levantada.

—Sí. Es donde viviremos, ¿no es así?

Oyeron una exclamación desde el pasillo que claramente era de la duquesa viuda, pero Juliana no parecía tener tiempo para eso en ese momento.

—Como desees —dijo Matthew—, pero fijemos la fecha para un futuro próximo, ¿de acuerdo?

—Muy bien —dijo Giles.

—Antes de continuar, hay algo más de lo que debemos hablar —dijo Matthew, en realidad complacido de que todos estuvieran allí para no tener que completar la historia él solo—. Un hombre intentó secuestrar a Juliana esta noche, y no fue el doctor Lewis quien intentó hacerlo.

—¿Qué? —Giles prácticamente rugió.

Matthew y Juliana explicaron la historia lo mejor y más concisamente que pudieron, pero Giles ya estaba caminando de un lado a otro de la habitación.

—Así que todavía tenemos trabajo por hacer —finalizó Matthew.

—¡Argh! —dijo Giles, pateando un paragüero en la esquina que hizo saltar a todas las mujeres.

—Por lo que vale, seguiré con ello —dijo Matthew—, y no como un trabajo. Como un miembro de vuestra familia.

—Muy bien —dijo Giles con seriedad—. Gracias. —Extendió su mano—. Hermano.

* * *

HABÍAN ACORDADO ESPERAR TRES SEMANAS, las tres semanas requeridas para la lectura de las amonestaciones. Giles les había ofrecido conseguir una licencia especial para que se casaran antes y en Warwick House, pero Juliana había insistido en que quería casarse como lo harían si su hermano no hubiera sido duque. Era la vida que iba a vivir pronto, así que bien podría empezar ahora, sin privilegios especiales.

En esas tres semanas, Matthew también había renunciado a su suite en la pensión y encontrado una pequeña casa de campo en Holborn cerca de la casa de sus padres —pero no demasiado cerca— y Juliana había pasado mucho tiempo junto con Emma, Prudence y las hermanas de Matthew creando su propio hogar. Un hogar que no era extravagante según los estándares a los que estaba acostumbrada, pero que era cómodo y era suyo... y de Matthew.

Él la cruzó ahora por el umbral, con una sonrisa en su rostro que le decía que tramaba algo.

—¿Es una buena sorpresa o una mala sorpresa? —preguntó ella con una ceja levantada.

—¿Qué te hace pensar que tengo una sorpresa?

—Quizás no eres el único detective por aquí —dijo con una sonrisa.

Él no pudo contenerlo más, su boca ensanchándose mientras Juliana escuchaba el ruido de pies corriendo sobre el suelo. No pudo contener su alegría cuando Lucy vino corriendo a través de la habitación y saltó a sus brazos expectantes.

—¡Lucy! —exclamó antes de volverse hacia Matthew sorprendida—. ¿Qué hace ella aquí?

—Está aquí para quedarse con nosotros —dijo Matthew—. Es mi regalo de bodas para ti.

—Esto es... ella es... tú eres... —Juliana se quedó sin palabras—. Esto es increíble, Matthew. Muchas gracias. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —dijo él, agachándose y tomando a Juliana en sus brazos, perra incluida. La llevó por la pequeña casa hasta su dormitorio en la parte trasera, depositándola en la cama antes de tomar suavemente a Lucy de sus brazos y colocarla en la pequeña cama que había hecho para ella en el suelo.

—Ahora ven aquí, esposa.

Ella chilló cuando él se subió encima de ella en la cama.

Juliana dejó que sus muslos se abrieran, dándole la bienvenida, y sonrió en apreciación por su exquisita forma mientras él comenzaba a desnudar la parte superior de su cuerpo, hasta que solo un ligero vello cubría su pecho. Sabía que probablemente debería esperar por él, pero eso no estaba en la naturaleza de Juliana. En cambio, se levantó de la cama y se inclinó para besar su clavícula en un lado y luego en el otro, sintiendo el latido acelerado de su pulso justo debajo de su piel.

—Jules —gimió él, su nombre un rumor bajo en sus labios, y a ella le gustó, esta sensación de control sobre un hombre tan fuerte como Matthew. Pasó sus manos por los músculos de su abdomen, besando su camino por su pecho antes de inclinarse, sus pezones poniéndose duros cuando rozaron contra su pecho, incluso a través de la tela que los cubría.

Matthew rápidamente se aseguró de que eso también quedara fuera del camino cuando bajó su corpiño y liberó sus pechos, antes de alcanzar detrás de ella para intentar desatar los elaborados cierres del vestido.

Finalmente aflojó el primero y luego la volteó ligeramente para mirar el resto y gimió en voz alta.

Juliana no pudo evitar jadear cuando cada broche comenzó a rasgarse mientras él los arrancaba todos.

—¡Vas a destruir el vestido! —exclamó ella.

—Lo arreglaré —murmuró él, antes de quitarle primero la prenda y luego su camisa, e inclinarse, tomando finalmente sus labios. Habían compartido muchos besos robados en las últimas semanas, pero este era diferente. Era una marca profunda, un recordatorio de quién era ella ahora y quién estaría con ella, cada noche, acostado a su lado.

Él empujó su lengua dentro de su boca en un juego amoroso, y ella gimió, especialmente cuando él comenzó a apretar sus pechos con sus grandes y ásperas palmas.

—Gracias a Dios que nos casamos hoy —gruñó—, porque no podría haber pasado otra noche sin ti en mi cama.

Continuó tomando su boca mientras sus manos recorrían todo su cuerpo, descubriendo cosas nuevas que parecían gustarle. Ella lo exploró a su vez, hasta que alcanzó la caída de sus pantalones y tuvo que inclinarse para hacer lo mejor posible por desabrocharlos. Trató de ignorar el hecho de que sus dedos temblaban ligeramente, pero él debió notarlo porque eventualmente se inclinó para ayudarla. Cuando finalmente estuvo libre, ella encontró lo que estaba buscando, cerrando sus dedos a su alrededor, acariciándolo de la base a la punta. No tenía idea de si lo estaba haciendo bien o no, pero él echó su cabeza hacia atrás y comenzó a gemir, así que supuso que algo debía sentirse bien.

Sin embargo, él no pasó mucho tiempo simplemente disfrutando, porque antes de que Juliana supiera lo que estaba sucediendo, su boca estaba alrededor de uno de sus pechos, tirando, provocando, cada parte de su cuerpo en vilo, esperando. Cuando dejó un pecho, fue al siguiente, usando sus dedos en el primero para que no se sintiera descuidado.

Ella no pudo evitar arquearse hacia él, necesitando más, aunque esta vez sabía exactamente lo que quería. Sus dedos se deslizaron desde su pecho, por todo el frente de su cuerpo, hasta descansar en el lugar exacto por el que ella anhelaba. Entonces Matthew la separó y comenzó a acariciarla entre las piernas.

Ella continuó masajeándolo a su vez, satisfecha de escuchar que su respiración venía tan rápida y dura como la suya propia.

Un palpitar comenzó entre sus piernas, al que él respondió rozando el pequeño punto que

parecía hacerla sentir absolutamente todo. Deslizó un dedo dentro de ella y ella gimió, lo que pareció ser suficiente para él. Levantó sus caderas hacia él, lista para que le diera algo más que sus dedos, pero en lugar de eso los balanceó dentro de ella unas cuantas veces más hasta que ella cruzó el límite, todo su mundo explotando y luego reuniéndose nuevamente.

Él comenzó a susurrar en su oído, palabras que ella sabía que ninguna dama debería escuchar, pero entonces, ella no era cualquier dama, ¿verdad? Lo había demostrado hoy.

—Eres la perfección —dijo él, mientras parecía fascinado por sus pechos frente a él, y ella se tensó hacia él, dejándolo saciarse. Se movió para quedar justo entre sus piernas, su miembro pulsando contra ella.

—¿Estás lista?

—Absolutamente —dijo ella con entusiasmo, y entonces él comenzó a deslizarse dentro de ella con un largo gemido. Juliana levantó sus rodillas para permitirle un acceso más fácil.

—Estás tan apretada —dijo él con un gemido.

—Lo siento.

—¡No! —prácticamente gritó—. Es algo bueno. ¿Te estoy lastimando?

Juliana sacudió rápidamente la cabeza. Si pensaba que él había estado jadeando antes, ahora apenas podía recuperar el aliento. Comenzó a salir y luego empujar, lentamente al principio, hasta que Juliana respondió con una sonrisa y le dijo lo asombroso que era. Ahora que se había relajado a su alrededor, comenzó a sentirse mejor y mejor, hasta que las lágrimas escapaban de sus ojos por lo exquisito. Dejó que sus uñas presionaran la parte superior de sus hombros mientras él comenzaba a moverse más y más rápido hasta que la sensación dentro de ella se estaba acumulando nuevamente. Él debió sentirlo, porque se inclinó hacia ella mientras su duro pecho se frotaba contra sus pechos.

—Te amo —gimió, y luego con una última embestida, gritó su nombre y ella perdió el control nuevamente mientras permitía que las sensaciones indescriptibles la dominaran. Él se balanceó dentro y fuera unas cuantas veces más hasta que se quedó quieto, sin moverse dentro de ella mientras se deleitaban en lo que acababan de experimentar.

Se abrazaron mientras bajaban de su éxtasis, hasta que se quedaron acostados juntos, saciados, con sus rasgadas ropas de boda esparcidas a su alrededor.

—Hay una cosa que puedo decirte con toda certeza —dijo Juliana, girando la cabeza para mirarlo con una sonrisa.

—¿Qué es eso? —preguntó él, girándose de lado y rodeándola con un brazo.

—No hay nada que pueda ser mejor que esto. Ni siquiera baños calientes con aroma a lirio o vestidos incrustados de joyas, o comidas creadas por un chef francés. Gracias.

—De nada —dijo él con una sonrisa mientras le guiñaba un ojo—. Ahora, si te gustó tanto, ¿por qué no lo hacemos de nuevo?

Y lo hicieron.

EPÍLOGO

DOS SEMANAS DESPUÉS

Habían existido algunas ocasiones en las que Matthew se había sentido nervioso al entrar en Warwick House. Principalmente cuando vino a ver a Juliana sabiendo que la amaba pero sin creer que pudiera tenerla, y cuando él y Juliana vinieron a declarar su amor a la familia de ella.

Pero esta noche, estaba nervioso por un motivo completamente diferente.

Miró a la mujer que llevaba del brazo. Su esposa.

—¿Qué piensas? —preguntó, con el corazón en la garganta—. ¿Lo echas de menos?

Ella apartó la mirada de él para contemplar Warwick House, manteniendo en su rostro una sonrisa de felicidad y alegría, sin ningún rastro de arrepentimiento o nostalgia en su expresión.

—Lo único que echo de menos es ver a Emma y a Prudence todos los días —dijo—. Pero el hecho de poder pasar gran parte de mis días y *todas* mis noches contigo lo compensa. Además, las visito casi con tanta frecuencia como Emma solía visitarme a mí antes de que viviéramos juntas.

Matthew le apretó el brazo contra su costado.

—Me alegra oír eso.

—Y además, nuestra casa está tan llena que apenas tengo tiempo de pensar en cómo han cambiado las cosas.

Matthew se rio ante eso. Sabía que Lucy vendría con Juliana. Lo que no sabía era que Lucy sería solo el principio. En apenas dos semanas, su familia ya había crecido para incluir al perro grande y peludo al que Juliana llamaba Max, dos gatos, uno sin una oreja y el otro sin una pata, y una urraca que aparentemente no podía valerse por sí misma en la naturaleza. A menudo volaba lejos y Matthew seguía esperando que encontrara un hogar en otro lugar.

Pero siempre regresaba, frecuentemente deleitando a Juliana con piedras bonitas y baratijas.

—¿Sabe tu madre que asistiremos esta noche? —preguntó Matthew mientras llamaba y esperaba a que Jameson les permitiera entrar.

—Lo sabe —dijo Juliana con un asentimiento—. Y ha prometido comportarse lo mejor

posible.

La duquesa viuda aún no había llegado a aceptar completamente su matrimonio. No tuvo más remedio que aceptarlo cuando Giles lo hizo, pero se había sentado en la primera fila de su boda con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido para dejar claro que no estaba a favor de la unión.

Juliana no parecía preocuparse, así que Matthew intentó que tampoco le afectara.

—Es el cumpleaños de Prudence, así que ella eligió la lista de invitados —dijo Juliana cuando la puerta se abrió—. Todos debemos aceptarla.

El gesto de Jameson esta noche fue de respeto, y tomó sus capas antes de conducirlos al salón.

—¡Jules! —Emma y Prudence fueron las primeras en saludarlos, llevándose inmediatamente a Juliana con ellas, dejando a Matthew para saludar al duque y al otro invitado que estaba con él.

—Dr. Lewis —dijo Matthew, agradablemente sorprendido—. Me alegra verlo.

Lewis le estrechó la mano.

—Y a mí verlo, Archibald. Tengo mucho que agradecerle.

—Al final, no tuve que hacer mucho para limpiar su nombre —dijo Matthew—. Se resolvió por sí solo, aunque no sin poner a Juliana en cierto peligro.

—Lo cual lamento haber oído —dijo Lewis, con palabras sinceras—. Pero le deseo lo mejor en su matrimonio. Un matrimonio de verdad esta vez.

Él y Matthew podían reírse de eso ahora, mientras el duque parecía algo avergonzado.

—He comenzado a disculparme con el Dr. Lewis —dijo el duque, aunque cuando Matthew miró a Lewis, este no parecía del todo convencido—. Ahora debemos determinar dónde radica la verdadera amenaza.

La puerta se abrió detrás del hombro de Matthew, y el duque miró con una sonrisa de bienvenida. Los ojos de Matthew se desplazaron hacia Lewis entonces, y fue cuando se llevó una verdadera sorpresa. Porque Lewis parecía... cautivado. Matthew se giró para ver exactamente qué —o quién— había captado su atención.

—¡Lady Maria, qué gusto verla! —Matthew se distrajo con Juliana, que pasó a su lado para saludar a su nueva amiga. La condujo a la habitación, con su madre siguiéndolas con una expresión curiosa.

—No estaba segura de si debíamos venir, con todo lo que ha ocurrido en su familia últimamente —decía Lady Bennington a la duquesa viuda—. Pero son tan buenos amigos de la familia y todo eso.

La duquesa viuda y Lady Hemingway, que también había sido invitada esta noche, según notó Matthew, intercambiaron una mirada de complicidad. Matthew buscó con la mirada a Lord Hemingway, agradecido cuando no lo vio. No era que tuviera nada contra el hombre. Era solo que resultaba bastante incómodo verlo después de todo lo que había sucedido. El hecho de que hubiera asistido a su boda no había ayudado.

—Resulta que, Lady Bennington, todo está bajo control —dijo el duque con suavidad, aunque sus palabras distaban mucho de ser verdad—. Nuestra familia está a salvo, nuestra casa es una de las mejor protegidas de Londres y estamos más unidos que nunca. Estamos encantados de darles la bienvenida a usted y a Lady Maria a nuestro hogar.

Ella asintió, aunque sus ojos vagaron primero hacia Matthew y luego hacia Lewis, haciendo más que obvio que no apreciaba la presencia de Matthew, pero luego inclinó la cabeza con curiosidad.

—Creo que solo he visto a este caballero de pasada, hace unas semanas, en esta misma casa

—dijo, con una sonrisa para él.

—Este es el Dr. Lewis —dijo el duque, y abrió la boca para continuar, pero Lewis intervino antes de que pudiera hacerlo.

—Soy amigo de la familia —dijo con suavidad, lo que probablemente era la decisión más inteligente. No sería del interés de nadie dar a conocer la verdadera naturaleza de su origen.

Ella hizo una pausa antes de que una sonrisa educada cruzara su rostro, mientras probablemente se preguntaba qué hacía un médico allí, pero sabía que no podía cuestionar así a un duque.

—Encantada de conocerlo —dijo—. ¿Me permite presentarle a mi hija, Lady Maria?

Lady Maria se volvió al oír su nombre, y Matthew notó cómo sus ojos se fijaban en Lewis.

—Nos hemos conocido de paso —dijo finalmente—. Es maravilloso volver a verlo, Dr. Lewis.

—Lo mismo digo, mi lady —dijo él, haciendo una reverencia antes de que el duque finalmente rompiera la tensión.

—¿Una bebida, Lewis?

—Una bebida —confirmó, y Matthew se dispuso a unirse a ellos, pero encontró a Juliana a su lado.

—Eso ha sido interesante —murmuró ella mientras él la conducía a un lado de la habitación.

—Ciertamente lo ha sido —dijo él con un asentimiento.

—Lady Maria es tan hermosa que sería difícil *no* notarla —dijo Juliana.

Matthew le rodeó la cintura con la mano.

—Solo hay una mujer en esta habitación cuya belleza me cautiva así.

—¿Ah, sí? —dijo ella con coquetería—. ¿Y quién sería?

—Una tal señora Archibald.

—Es una mujer afortunada —dijo Juliana mientras él la conducía a las sombras y ella le rodeaba el cuello con los brazos, acercándose—. Una mujer muy afortunada, sin duda.

* * *

QUERIDO LECTOR:

¡Espero que hayas disfrutado leyendo el romance entre clases sociales de Juliana y Matthew, con él como guardaespaldas! Todavía queda mucho por descubrir en el misterio de la familia Warwick, pero dejaremos eso para nuestros próximos dos libros de la serie. ¿Te preguntas sobre la innegable conexión entre Lady Maria y el Dr. Lewis, y si la "joya" del *ton* podría alguna vez estar con un bastardo? Puedes descubrirlo en el próximo libro en Amazon aquí: .

Unas palabras sobre la historia que inspiró este relato. La sociedad vegetariana de Juliana puede parecer algo adelantada a su tiempo, lo cual es tanto cierto como falso. Si bien una Sociedad Vegetariana formal no surgiría hasta 1847, se han documentado vegetarianos y actividades por los derechos de los animales desde principios del siglo XIX. John Newton publicó *Regreso a la Naturaleza: O una Defensa del Régimen Vegetariano* en 1811, quien incluyó la investigación de William Lambe. Él influenció a Percy Shelley para que se volviera vegetariano. Shelley publicó *Una Reivindicación de la Dieta Natural* en 1813.

Hay mucha más lectura fascinante disponible.

Si aún no recibes mi boletín de noticias (*newsletter*), ¡no esperes más, únete a nosotros! Recibirás un libro gratis, así como enlaces a sorteos, noticias, rebajas, descuentos, etc.; sabrás que, entre otras cosas, soy adicta al café, que lucho denodadamente para que mis plantas

sobrevivan y que descubro casi a diario los tremendos líos en los que se puede meter un perro adorable pero con aspecto de lobo.

Español

English

También puedes entrar a formar parte de mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair's Ever Afters, para así estar en contacto diario.

Hasta la próxima, y… ¡feliz lectura!

Con amor,

Ellie

* * *

La pista del bastardo brilliante
Los Remington de la Regencia
Libro 3

ELLA DESPIERTA en los brazos del único hombre que jamás podrá tener... pero es incapaz de resistirse. ¿Podrá su amor prohibido sobrevivir a todo lo que los amenaza?

Lady Maria siempre ha hecho lo que le han dicho, hasta que la antigua Diamante de Primera Categoría se enfrenta a un marido de crueldad indescriptible y escapa por una ventana hacia la noche, salvada por el médico que la afecta como ningún otro hombre lo ha hecho.

Cuando Lady Maria aparece en su puerta, herida, asustada y sola, el Dr. Hudson Lewis no puede evitar cuidarla, aunque signifique sacrificar su corazón para resistir la tentación. Porque él, el bastardo de un duque, nunca será lo suficientemente bueno para una mujer como Lady Maria, especialmente después de haber sido acusado de asesinar a su padre.

Para proteger a Maria, Hudson debe dejar a un lado su orgullo y recurrir a sus medio hermanos, los Remington, en busca de ayuda. Cuando el peligro acecha, todos corren riesgo y deben trabajar juntos para mantenerse a salvo y descubrir quién los persigue. ¿Podrán los corazones de Hudson y Maria soportar todo lo que está en su contra?

Esta apasionante serie de romance de la época Regencia se disfruta mejor si se lee en orden.

UN ANTICIPO DE LA PISTA DEL BASTARDO BRILLANTE



María no podía dejar de temblar.

Apretó sus manos juntas, entrelazando firmemente sus dedos, sintiendo cómo el odioso anillo se le clavaba en la piel. Anhelaba arrancárselo, lanzarlo a través de la iglesia junto con los votos que acababan de salir de sus propios labios.

Pero era demasiado tarde. Estaba hecho.

Estaba casada.

No podía levantar la mirada hacia el hombre a su lado. Apenas lo conocía y se preguntaba si debería haber intentado conocerlo mejor antes de haberse casado, aunque ya era un poco tarde para eso. Él la había cortejado como era de esperar, sí, pero no había sido más que un baile cuando asistían al mismo evento, té con su madre presente y un paseo por Hyde Park. Todo era una farsa, si alguien le preguntara a María.

Pero, por supuesto, nadie lo hacía.

Sonrió mecánicamente a todas las personas que se habían reunido en St. George para presenciar el cuidadosamente planeado enlace. Uno con el que sus padres estaban muy complacidos, especialmente cuando habían perdido la esperanza de que su hija encontrara un marido respetable después de haber sido rechazada por un duque en favor de una mujer que la mayoría consideraba bastante extraña y nada casadera.

María en realidad apreciaba a Lady Emma —ahora la Duquesa de Warwick— pero, por supuesto, eso tampoco era relevante para nadie.

Así que hizo lo que siempre hacía. Sonreía y asentía.

Todos los presentes parecían aprobar bastante la unión. Todos excepto su amiga Juliana, quien la miraba ahora con la misma preocupación que había expresado antes de la boda, preocupación que María había intentado ignorar.

No habría podido decir cómo caminó por el pasillo, salió de la iglesia y subió al carruaje con la ayuda de la mano enguantada de su marido, pero de repente se dio cuenta de que estaba sentada en los cojines, a solas con su esposo. Un desconocido.

Él se inclinó hacia ella, acercándose peligrosamente a su rostro. Intentó no estremecerse visiblemente ante el calor de su aliento en la mejilla, ni ante el olor que lo acompañaba, que le pareció semejante a vino barato mezclado con salmón podrido que había estado demasiado tiempo en la nevera.

—Por fin solos.

María tragó con dificultad, manteniendo la mirada fija en la parte superior del asiento frente a

ella, deseando estar sentada allí y no junto al hombre que ahora era su marido.

Su marido. ¿Cómo era posible que a pesar de que esto se había esperado de ella durante toda su vida, aún pareciera un concepto tan extraño?

Antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, la gran mano de él estaba sobre su muslo, apretando, subiendo por su pierna, y María contuvo la respiración mientras deseaba que se alejara, pero por supuesto, eso no hizo nada para detenerlo, mientras su mano subía más y más hasta que...

—¡Pare! —chilló, apartándose de un salto al otro lado del asiento.

Se tapó la boca con una mano cuando captó la mirada fulminante de su marido. Sus ojos eran duros, sus labios se curvaron en un gruñido, y el rostro que la mayoría en la sociedad consideraba apuesto se transformó en una expresión villana que la hizo encogerse en la esquina como un animal asustado.

—L-lo siento —tartamudeó antes de que él pudiera decir algo—. Me asusté, y t-todo esto es muy repentino, y yo...

No sabía qué más decir. Porque sabía lo que se suponía que debía hacer. Su madre le había explicado cuidadosa e incómodamente cuáles serían las expectativas de su marido. El estómago de María se había revuelto ante la idea de tener que ceder el control de su cuerpo a un hombre que ni siquiera conocía, pero su madre había sido muy clara en que no tenía otra opción.

Pero ahora que estaba a punto de convertirse en realidad, su aceptación del hecho ya no parecía tan racional como había sido mientras estaba sentada en su propia habitación contemplando lo que estaba por venir.

—Eres mi esposa —masculló su marido, avanzando hacia ella una vez más—. Puedo hacer lo que me plazca, y no hay nada que tú tengas que decir al respecto. ¿Me entiendes?

María, siempre dispuesta a aceptar rápidamente lo que le decían, descubrió que por una vez, no tenía dentro de sí misma la capacidad de aceptar lo que él decía.

—E-entiendo. Sin embargo, quizás, podría tener algo de tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para acostumbrarme a estar casada. Para conocerle mejor. Para...

Para su sorpresa, él soltó una carcajada. Solo que no era una risa de alegría. Era una risa larga y cruel, una que le decía que no tendría piedad con ella, que no aceptaría nada de lo que ella tuviera que decir.

Se inclinó cerca de ella una vez más.

—No estoy seguro de qué crees que es todo esto —dijo—, pero tendré lo que quiera, cuando lo quiera. Ahora, ya que no me has permitido probar, tendré mucho más... deseo acumulado esta noche. Puedes tener tu *tiempo*. Pero se acaba cuando se pone el sol.

Entonces sonrió, una lenta y malvada extensión de sus labios que envió escalofríos por toda la columna vertebral de María.

Quizás estaba imaginando cosas. Su marido era un hombre de rango, uno que la sociedad aceptaba y parecía admirar. Ciertamente parecía el típico caballero inglés con su cabello claro, perfectamente peinado en rizos, patillas esculpidas con una longitud exacta y ropa elegante y cara.

¿Era así como se sentía cada novia anticipando lo que vendría en su noche de bodas? Pero entonces recordó haberle preguntado a su amiga Juliana qué debía esperar. La sonrisa de Juliana había sido nada menos que presumida y descarada, mientras le decía a María que unirse a un hombre al que se amaba era más de lo que jamás podría haber soñado.

Pero Juliana había elegido a su marido. Lo había arriesgado todo por él, ya que no era más

que un detective y ella la hermana de un duque. María sabía que ella nunca podría ser lo suficientemente fuerte para hacer lo mismo.

Un pensamiento persistente tiraba de ella, uno sobre cierto médico, hijo de un duque, sí, pero hijo bastardo. Uno a quien solo había conocido un par de veces, pero que había hecho que su corazón latiera más rápido que nunca.

Pero él no era para ella. No, su padre la había prometido a Lord Bradley Dennison, y lo que María había pensado que deseaba ya no era una opción.

Porque ahora era Lady Dennison, y era demasiado tarde para ella.

Todo lo que podía hacer ahora era obedecer.

* * *

—¿Hudson?

Hudson Lewis acababa de terminar de ordenar sus instrumentos después de la visita con su paciente anterior. Como médico, se esperaba que simplemente diagnosticara, pero él prefería adoptar un enfoque más práctico que la mayoría de sus colegas. Para operaciones mayores, remitía a sus pacientes a un cirujano, uno en quien confiaba, pero si era una dolencia pequeña que podía tratar él mismo, lo hacía.

—¿Sí? —respondió a su madre, quien a menudo lo acompañaba en sus visitas, ayudándole según fuera necesario. Ella lo había seguido a casa, ya que solía quedarse hasta que era más probable que él hubiera terminado por el día.

Ella abrió la puerta del pequeño estudio que él usaba como oficina, asomando su cabeza canosa.

—¿Tienes un momento?

—Por supuesto.

Ella se deslizó por la puerta como si estuviera intentando esconderse subrepticiamente de alguien, cerrándola rápidamente detrás de ella antes de apoyarse contra ella.

—Tienes una visita —dijo, con una voz tan baja que casi era un susurro.

—Esa es la naturaleza de mi negocio —no pudo evitar decir con ironía, y ella le lanzó una mirada fulminante—. Y parte de tu función aquí es evaluar quién ha venido a buscarme. ¿Es urgente el caso?

—No es un paciente. Una *visita*.

Hudson la miró con cariñosa irritación.

—¿Te importaría decirme quién es?

—Es uno de *ellos*.

—Supongo por la vehemencia en tu voz que es un miembro de la familia del Duque de Warwick.

—En cierto modo.

Suspiró, a punto de decirle a su madre que o bien le dijera directamente lo que deseaba decir o que se fuera y dejara pasar a su siguiente paciente.

—Es Matthew Archibald.

La voz, sin embargo, no era la de su madre. Venía del otro lado de la puerta y sonaba bastante como el propio Archibald.

—Madre, las paredes de esta casa son delgadas —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho. Las puertas tampoco eran particularmente gruesas.

Sin embargo, su madre tenía razón, en cierto modo. Matthew Archibald puede que no fuera miembro de la familia Remington, pero estaba casado con una de ellos: la hermana del duque.

Su propia media hermana.

Hudson todavía tenía dificultades para creer que estaba emparentado con un duque y su familia, que era hijo de un hombre que había sido uno de los más poderosos del país.

Sin embargo, siempre había sabido que era un bastardo. Eso ciertamente no había cambiado.

—Pasa, Archibald —llamó. El detective no era mala persona y, a pesar de su papel en la investigación de la muerte del duque anterior, lo había arriesgado todo para limpiar el nombre de Hudson cuando este había sido sospechoso de su asesinato.

—Lewis —dijo Archibald, extendiendo la mano para estrechar la suya, que Hudson tomó mientras su madre miraba con desaprobación. Entendía su vacilación en confiar en cualquiera relacionado con la familia Remington (la habían echado años atrás cuando ella, una criada, quedó embarazada del bastardo del duque), pero debía entender que Archibald no cargaba con ninguno de los pecados del duque.

Archibald simplemente había sido contratado para investigar su muerte y, en el proceso, se había enamorado de una de las hijas del hombre.

—¿Es una visita social? —preguntó Lewis, arqueando una ceja. Por mucho que disfrutara de la compañía de Archibald, tenía pacientes que atender.

—Se podría decir eso —dijo Archibald, lanzando una mirada a la madre de Hudson, pero ella permaneció clavada en el sitio, aparentemente sin intención de irse hasta saber qué venía a decir Archibald—. Vengo con una invitación y también un mensaje.

Le extendió una nota a Hudson, quien la tomó de su mano. La examinó rápidamente antes de mirar a Hudson con las cejas levantadas.

—¿La Duquesa de Warwick me invita a un baile?

—Así es —dijo Archibald, ignorando a la madre de Hudson, quien soltó un bufido que no solo no fue disimulado, sino claramente a propósito para que él lo escuchara.

—No, gracias —dijo Hudson, devolviendo la invitación, pero Archibald levantó las manos en el aire.

—Por eso estoy aquí. Con la nota más un mensaje. Emma entiende por qué podrías no querer venir, pero toda la familia quería que supieras que apreciarían mucho tu presencia en el evento. Sé que hubo una circunstancia desafortunada...

—¡Acusaron a mi hijo de asesinato! —interrumpió la madre de Hudson, y Hudson cerró los ojos por un momento y se pellizcó el puente de la nariz.

—Madre —dijo con toda la suavidad que pudo—, tal vez el Sr. Archibald y yo podríamos tener un momento a solas para discutir esto.

—Pero...

—Te prometo que soy perfectamente capaz de hablar por mí mismo.

Ella soltó un "¡humph!", pero finalmente abandonó la habitación, lo que permitió a Hudson suspirar de alivio.

—No tiene la mejor manera de expresarse —dijo Hudson a Archibald—, pero tiene razón. La familia, el duque en particular, me acusó de asesinato. A pesar de las pruebas que indicaban lo contrario.

—Lo sé —dijo Archibald—, pero fueron principalmente las acusaciones del duque.

—Y las de su madre.

—Eso es cierto. Pero Juliana, Emma y Prudence, así como su abuela, Lady Winchester, estuvieron todas muy a tu favor.

—Por lo cual estoy agradecido. Pero dudo que la sociedad acepte voluntariamente mi presencia.

—Eso, lo entiendo —dijo Archibald, levantando su sombrero y pasando una mano por su

cabello liso y castaño claro—. Da la casualidad de que hay un evento en curso hoy al que yo mismo no estoy invitado, siendo detective y todo eso, y no una compañía apropiada.

—¿Ah? —dijo Hudson, aunque sin interés real—. ¿Juliana asistió sin ti?

—Así es —dijo Archibald con un asentimiento, sin emoción en su rostro—. Ella no quería ir, en protesta por mi omisión de la lista de invitados, pero ambos sabíamos cuánto significaba su presencia para Lady María y...

—¿Lady María?

Hudson no pudo contener su reacción cuando su cabeza se alzó de golpe al oír mencionar su nombre.

Las cejas de Archibald se elevaron y Hudson se aclaró la garganta mientras daba la espalda y fingía atender sus instrumentos una vez más.

—Conocí a Lady María hace algún tiempo —dijo Hudson—, y no la he visto en unos meses. Fue muy... educada. Me preguntaba cómo le estaría yendo.

Era consciente de que era demasiada explicación, pero una vez que había comenzado su divagación, no estaba seguro de dónde parar.

—Sí —dijo Archibald, mientras Hudson giraba la cabeza sobre su hombro para mirarlo—. Era su... evento después de todo.

—¿Su evento? —dijo Hudson, fingiendo indiferencia.

—Se podría llamar así —dijo Archibald, haciendo una pausa antes de contarle toda la verdad —. Lady María se casa hoy.

* * *

ENCUENTRA La pista del bastardo brillante en Amazon y en Kindle Unlimited.

OTRAS OBRAS DE ELLIE ST. CLAIR

Los Remington en la Regencia

El misterio del duque de Debonair

El secreto del apuesto detective

La pista del bastardo brillante

En busca del rebelde recluido

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Los escándalos de las inconformistas: Serie Completa

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Rebeldes de la Regencia Serie Completa: Libros 1-4

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Navidad

Su deseo de Navidad

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

ACERCA DE LA AUTORA



A Ellie siempre le ha gustado leer y escribir, y también la historia y las historias. Lleva muchos años escribiendo cuentos cortos, pequeños ensayos y, sobre todo, lo que verdaderamente le apasiona, novelas románticas.

Ha habido romanticismo en todas las épocas de la historia, y a Ellie le encanta explorar distintos periodos, culturas y localizaciones geográficas. Independientemente del lugar y el momento, el amor siempre triunfa. Tiene debilidad por los «chicos malos» y por las heroínas con carácter, por lo que nunca faltan ambos en sus novelas.

No hay nada que guste más a Ellie y a su marido que pasar tiempo en casa con sus dos hijos y el perro cruce de husky que forma parte de la familia. Durante el verano lo más normal es encontrarla paseando cerca del lago, y todo el año empujando el cochecito de bebé por todas partes. Pero lo que nunca le falta es el portátil en el regazo ni un libro entre las manos.

También le encanta escribirse con sus lectoras, así que… ¡ponte en contacto con ella, no te arrepentirás!

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com